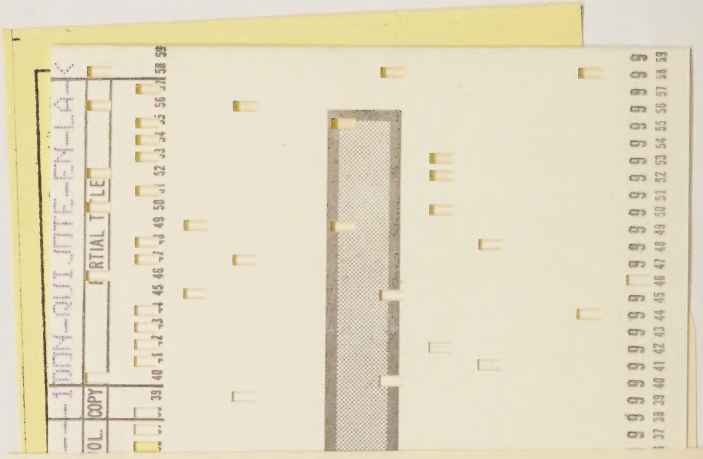


THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

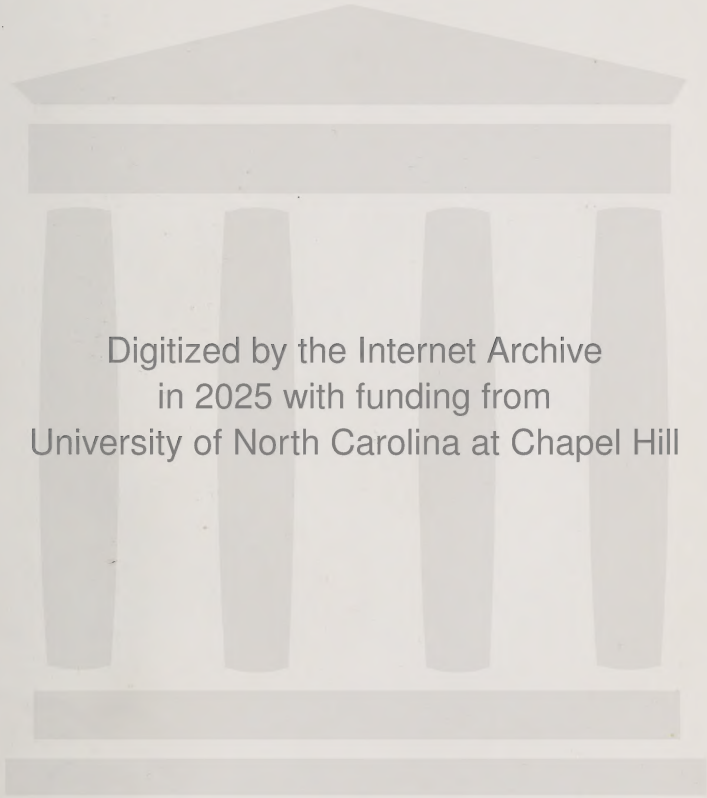
PQ6352
.S4

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00007995547

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
AUG 31 1994			
NOV 10 '95			

Form No. 513,
Rev. 1/84


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/donquijoteenlagl00sevi

CARLOS BOLIVAR SEVILLA

DON QUIJOTE

EN LA

GLORIA

CUENTO FANTASTICO

AMBATO—ECUADOR

Imprenta de L. A. Miño T.
1923

PQ6352
.S4

CARLOS BOLIVAR SEVILLA

DON QUIJOTE

EN LA

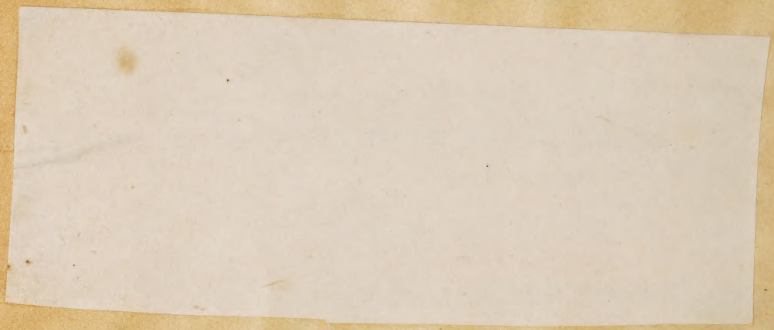
GLORIA

CUENTO FANTASTICO

AMBATO—ECUADOR

Imprenta de L. A. Miño T.
1928

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL



1-25-74

Para [illegible] Uruguayo". — A-
tentamen[illegible]
Carlos B. Sevilla
Ecuador — Ambato, Enero de 19[illegible]
Apartado 75

14

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

8488- 78

Nota del Autor

A pesar del cuidado en las correcciones, después de impresa la presente obrita, hemos notado algunos cambios de palabras felizmente no sustanciales y no pocos errores ortográficos y de puntuación que los lectores ilustrados sabrán suplir.

DON QUIJOTE EN LA GLORIA

I

Un ángel llegado de la tierra llevó la noticia al sexto cielo:–que el INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, hallábase próximo a exalar el postrer suspiro y despedirse de este valle de lágrimas, en donde, tantas y tan famosas fazañas había realizado en favor de los desvalidos y menesterosos, enderesando tuertos,desfaciendo agravios y saliendo abnegado y heroico en favor de los fueros de la justicia.

Los más notables individuos solicitaron por el órgano regular, al Todopoderoso, la muy señalada merced, de que, el alma de tan eminente caballero fuése destinada a morar en esa mansión de bienaventurados. El Padre Eterno negóse a conceder la gracia solicitada, manifestando que el gran caballero DE LA TRISTE FIGURA estaba, en justo premio a sus hermosas virtudes, destinado al séptimo cielo, capital y metrópoli de todos los demás, en el cual reside el Padre Celestial con sus más virtuosos elegidos. Pero fueron tales las súplicas y ruegos de los del sexto cielo, que el Ser Supremo hubo de ablandarse y ceder a sus deseos.

Concedida la gracia con tanto afán soli-

citada, los celestiales nombraron al príncipe Akiriel comisionado y enviado extraordinario para que se trasladara al mundo a recoger el alma del Caballero Andante, a la cual tomó por su cuenta en cuanto hubo expirado, y con una rapidez mil veces mayor que la del rayo, condújole a Sierra Morena. Ahí tomó el príncipe Akiriel forma corpórea y materializando también a Don Quijote con su poder sobrenatural, se le presentó en forma de un arrogante y hermosísimo mancebo.

Al verlo nuestro buen caballero, como si despertara de un sueño, todo él turbado, se expresó así:—Vive Dios misericordioso; ¿qué es lo que ha pasado en mi humanidad? Recuerdo como un sueño confuso que yo me hallaba de muerte en mi casa, a la cual tuve que retirarme a cumplir como caballero puntual y verdadero, la dura penitencia que mi vencedor el CABALLERO DE LA BLANCA LUNA me impusiera: de no tomar armas durante un año. El pesar de haber sido vencido por un caballero sin fama; el dolor y la vergüenza aniquilaron mis fuerzas morales y sucumbí al fin, rodeado del Bachiller, del barbero, del cura, del ama, de mi sobrina y de Sancho mi escudero, que inconsolable me rogaba que no tuviese la idea de morirme. Y en verdad grande gusto hubiera tenido yo de ceder a los ruegos del buen Sancho, si libre hubiera sido de disponer de mi existencia, porque más grandes y famosas aventuras debía aún realizar

en pró de los menesterosos. Mas, en verdad, no comprendo si soy vivo o muerto, pero juraría por mi lanza de Caballero Andante, que estos campos desiertos son de SIERRA MORENA, a donde me retiré con Sancho después de la nunca y jamás soñada aventura con la guardia del Rey, en la cual dí libertad a los galeotes.

Akiriel que escuchó el soliloquio del caballero aventurero, se presentó y le dijo:–No os equivocáis señor Caballero Andante: os encontráis en Sierra Morena y pagado habéis vuestro tributo a la muerte.

Ya lo dije–repuso Don Quijote–que el dolor y la vergüenza de haber sido vencido por el caballero de la BLANCA LUNA, había puesto fín a mi existencia; porque habéis de saber caballero, príncipe o lo que fuéredes, que el pundonoroso y jamás hasta entónces vencido CABALLERO DE LOS LEONES, pues tal es mi mote desde aquella célebre y por mil títulos inimitable aventura, no pudo resistir a tamaña vergüenza, y murió de aquella enfermedad moral, a pesar de los ruegos de mi leal escudero, que me aconsejaba que no cometiese semejante disparate, y másbien nos hiciésemos pastores. Pero perdonad mi indiscreción–continuó–y permitidme que os pregunte: quién sois vos, y por qué virtud o cuyo mandato habéis obedecido para encontraros conmigo en el camino que sin duda alguna, conduce a la eternidad, sea el cielo, el purgatorio o el in-

fierno, a donde el Supremo Hacedor me envía?

El príncipe Akiriel que quiso probar por si mismo el temple de alma de nuestro buen caballero, repuso:–Vuestro destino es a las regiones infernales, señor caballero; pero eso no es de cuidado. . . .

—Acaso tengáis razón apuesto mancebo, pero me atrevo a creer que sufrís una equivocación, porque mi conciencia me dice, que ni tan malo fuí en el mundo ni tan pecador, para merecer tamaño castigo, y mi destino debe ser el purgatorio, de donde, después de algunos miles de años debo salir purificado para entrar en el goce de las glorias celestiales; porque Dios es justo y misericordioso; pero si condenado fuere a los antros terroríficos, no dejaré de bendecir al Creador, porque, será en razón de justicia y habré cometido grandes crímenes sin que de ello me diese cuenta.

—Bastante modesto sois en verdad, señor Caballero Andante, para creeros merecedor del infierno; pues ni al purgatorio iréis, porque de él habéis salido purificado para ir a la gloria, con la cual serán premiadas vuestras hermosas virtudes–repuso el príncipe Akiriel.

—Habéisme dicho que del purgatorio he salido ya; pero no os comprendo, porque en él no he entrado aún, pues es la primera vez que me muero, al menos que yo no recuerde otra, y si no me hacéis el honor de explicar con mayor claridad este fenómeno, por mi

ánima que no os comprenderé.

—El mundo es–repuso Akiriel–el purgatorio de que tanto se habla y se teme en el mundo mismo, porque a él tornan las almas imperfectas para ser encarnadas infinitas veces hasta alcanzar una perfección relativa, expiando las faltas cometidas por su mala índole e inclinaciones hacia el mal, y merecer luego por sus virtudes alguno de los cielos; y vos señor caballero, habéis salido ya purificado para ser premiado con la Suprema Gloria con la cual el Ser Supremo sabe recompenzar a los virtuosos.

—Pero quién sois vos que tal habláis de los misterios inescrutables de la muerte, y por qué arte sabéis que soy el nunca bien ponderado Don Quijote de la Mancha, de cuyos famosos hechos y grandes hazañas se ocupa la historia? Y sobre todo, por qué sabéis que estoy muerto, cuando en este mismo momento, me encuentro, si no me equivoco, en cuerpo y en alma? Y habéis de perdonarme, joven, porque esto me huele a misterio.

—Tenéis razón, ¡oh flor y nata de la discreción–respondió Akiriel–"después de la presentación se establece la conversación".

—Ya veo que sabéis refranes–díjole Don Quijote.

—Tantos como vuestro leal escudero Sancho y su mujer Teresa Cascajo–expuso Akiriel sonriendo.

—Por lo que os escucho, veo que cono-

céis a mi escudero y a su mujer, y me intrigais más; os repito que trascendéis a misterio; y por esta y más razones, os encarezco me digáis, quién sois vos, jóven; por qué os hallaís cerca de mí y habéisme dirigido la palabra?

—Quiero complaceros–respondió Akiriel,–me habéis llamado príncipe y no estáis en ello equivocado. Sabed, pues, señor Caballero Andante, que soy uno de los altos príncipes del reino celestial y enviado he sido en buena hora y con gran contentamiento de mi parte, para que os conduzca al reino de los escogidos por Dios nuestro Padre, en el cual se os aguarda con placer.

Nuestro caballero sufrió una sorpresa, quedóse yerto, pero repuesto a continuación y montando en algo de coraje, porque en broma tomara las palabras de Akiriel y no en serio, repuso:–Pues bien, señor príncipe, demonio, o lo que fuéredes, sabed que Don Quijote de la Mancha, el más valeroso de los caballeros andantes que durante luengos siglos han existido, desprecia vuestros embustes y os reta a singular batalla, si como fidalgo y bien nacido, que sí os creo, no os desdecís de lo que dicho habéisme y expresáis la verdad limpia, y desnuda que a todo caballero conviene y honra. Así, aguardo de la vuestra gentileza, seáis servido en decirme: –¿quién sois y por qué habéis venido a mi encuentro? o soís con migo en batalla. Di-

ciendo esto requirió la lanza, con la vista buscó a Sancho y a Rocinante, mientras el príncipe Akiriel por celestial que fuese y por serio que quisiera mostrarse, divertíase mucho y la risa le retozaba en todo el cuerpo, encontrando a nuestro caballero, tan gracioso en su figura como en sus expresiones y temas, holgándose grandemente de haber sido comisionado para acompañar a semejante alhaja.

—No os inmutéis, Señor Caballero,–respondióle–no son embustes los que yo os he manifestado, y os repito, que mi comisión, con la cual muy honrado me encuentro, es conduciros al sexto reino celestial.

—Pero decidme al menos–repuso el loco–si soís en verdad ángel, en dónde están las preciosísimas alas que esas celestiales criaturas tienen, y los vivísimos resplandores de luz divina que derraman? Porque fuera de vuestra fermosura con la cual suele aparecerse también el demonio, según se crée y asegura, no veo yo otras señales y pruebas que convencerme pudieran.

—El ángel sonrió otra vez y repuso:–Como es bastante platicar en este desierto, os invito a que continuemos el viaje.

Diciendo esto Akiriel y Don Quijote principiaron a elevarse por el espacio, visto lo cual y comprobado el poder sobrenatural de que su compañero dispusiera díjole el caballero:–Aguardad un instante, señor prínci-

pe; bien comprendo agòra que poseéis el poder sobrenatural, y que mi valor y audacia de nada serviríanme; pero os ruego me dispenséis la muy señalada merced, de que nuestro viaje lo emprendamos masbién a caballo, como cuadra y conviene a mi honrosa profesión de Caballero Andante.

—Como cumple a vuestro talante se hará–repuso Akiriel–puesto que la consigna que he recibido de mi Divino Soberano, es en todo complaceros y guardaros todo género de comedimientos. A lo que Don Quijote suspiró y dijo:–Quién me trujera a Rocinante, el más abnegado, valiente, y como el viento ligero, de todos los caballos que existido han y habrán de existir, en las pretéritas, presentes y futuras edades.

Pero no bien hubo el caballero DE LA TRISTE FIGURA expresádose así, como brotados de la tierra presentáronse dos caballos; el uno flaco como un espectro que era el mismo Rocinante, y el otro un hermosísimo de color blanco, como un cisne. Inútil es repetir que nuestro Don Quijote reconoció al punto, al fiel y paciente compañero de sus inmortales aventuras, y como si leyese su propia historia, comenzó a recordar todos sus grandes hechos de armas, entre suspiros que invocaban las felices memorias de un glorioso pasado de singulares aventuras y batallas. Inmenso fué, por consiguiente, el júbilo que tuvo cuando reconoció al fiel Rocinante, al cual abrazó con

ternura como si a un amigo y no al caballo abrazara, expresándose de esta suerte:–¡Oh tú, noble y desinteresado Rocinante, amigo fiel y compañero de mi gloriosa vida de Caballero Andante, testigo de mis infortunios y de mis triunfos; tú héroe y como vuestro amo austero, habéiste a mi presentado para acompañarme hasta el reino de los cielos en donde a Don Quijote de la Mancha se le reclama. Y aún grandemente se conmovería mi alma, si Sancho, mi fiel escudero, hallárase aquí presente, aun cuando me mareara con el interminable saco de sus refranes y con sus quejas, motivadas las más de las veces, en razón de su único vicio, el de la bucólica; porque habéis de saber, ¡oh noble dignatario del cielo, que Sancho, no adolesció de otros defectos que no fuesen su interminable charla envuelta en un océano de refranes y su amor a la gula, pues, el solo olor de los manjares enloquecíanlo el juicio. Por lo demás, bendito mil veces sea el más fiel y constante de los escuderos, que caballeros andantes hayan tenido o tuvieren.

II

Con tales expresiones terminó su discurso nuestro caballero, y el enviado celeste que le escuchaba divertido, díjole:–Confiad señor caballero de la TRISTE FIGURA, que en el

reino celestial se os prepara una apoteosis tan gloriosa que envidiarían los más altos personajes de la tierra. Ahora montad en Rocinante y caminemos.

Don Quijote montó sobre el fiel Rocinante y el príncipe sobre el hermosísimo caballo blanco y comenzaron a beber los infinitos espacios, con una velocidad mil veces mayor de la que la luz camina.

—Perdonad, señor príncipe, que os diga unas cuantas razones–dijo Don Quijote a su compañero y guía.

—Hablad cuanto querráis, señor hidalgo, pues en ello me daréis mucho placer–respondióle Akiriel.

—Don Quijote se expresó así:–Quería suplicaros, Señor Caballero príncipe, me hicieséis la merced, si no os causa molestia, de darme noticias acerca de algunos grandes hombres que en el mundo ejercieron como yo, la noble aunque ingrata profesión de caballeros andantes, en razón de que los admiro y los venero grandemente por sus fazañas y virtudes en favor de los menesterosos y desvalidos.

—Hablad, señor caballero, y yo os responderé complacido–respondió el ángel con finura.

No otra cosa quiso el de la TRISTE FIGURA y comenzó de esta guisa:–Mora en el reino celestial el sin par don Amadís de Gaula, flor y espejo de caballeros andantes?

—Ahí mora Don Amadís, muy bien quisto y considerado–respondióle.

—Y Don Esplandián, y Don Amadís de Grecia, ambos valientes y temerarios caballeros?

—Ahí moran–respondió Akiriel.

—Y el famoso y nunca bien ponderado Don Olivante de Laura?

—Todos los buenos y famosos caballeros, grandes por sus virtudes y hechos: los Olivantes, los Florimartes, todos los Amadises, los grandes historiadores, Carpios y Turpines, los Palmerines, etc, etc, ahí los encontraréis –se anticipó en responderle el príncipe Akiriel, que sabía que Don Quijote continuaría interrogándole por la existencia de cada uno de cuantos en su magín teníalos presentes. Ese número de caballeros famosos vá ahora a aumentar-añadió–el siempre vencedor y jamás vencido Don Quijote de la Mancha, honra de la humanidad y gloria de la andante caballería.

—Soís un cumplido caballero, señor príncipe–respondióle Don Quijote–por lo que me habéis dicho deduzco, que el cielo debe ser muy buen país, y admiro y bendigo la sabiduría y justicia del Eterno Padre, cuando todo lo florido del mundo en sus varias edades: caballeros andantes, historiadores y poetas encuéntranse allí.

Entretenidos en tan sabrosas pláticas, llegaron a un paraje tan delicioso, jamás vis-

to ni soñado por persona humana, nada que fuese semejante, ni en una milésima parte siquiera se le aproximase, y nuestro caballero extasiado ante el primoroso panorama que ante su vista tenía, y conociéndolo tan extraño y diferente a cuanto en la tierra había visto, todo él embargado de admiración, habló así:–Permitidme, ¡oh príncipe Akiriel! que os manifieste mi extrañeza,por el portentoso lugar tan ameno, nunca visto ni siquiera imaginado por el humano pensamiento, de que en el mundo pudiese existir lugar tan bello. Dígolo, porque con motivo de mi honrosa profesión, he recorrido todos los puntos de la España, mi país, que según fama es el más bello del Universo: la bella Andalucía de ardiente clima y de encantadores y paradisíacos huertos y parajes; la poética e histórica Granada con sus jardines moriscos que producen ensueños de fantasía y quimeras de voluptuosidad; la espléndida Valencia embalsamada por los perfumes de los limoneros, los naranjos y las más preciadas flores, y os prometo por mi ánima, que a vuestra generosa merced se halla, que esto que con arrobamiento contemplo tiene mi espíritu en tan delicioso éxtasis, que creo estar soñando. Os encarezco seáis servido de explicarme, en qué punto del globo nos encontramos y qué territorio es este que llena de admiración mi alma y al sentir su clima y respirar su ambiente, siento un bienestar indefinible?.

—Esto que veís, ¡oh noble y valiente caballero de las aventuras! es el Paraíso Terrenal, del cual habéis sin duda oído hablar, y no pasaremos adelante antes de que os muestre siquiera una pequeña parte de este tan ameno lugar de delicias.

—Ante todo—repuso Don Quijote—quisiera rogaros me hicieséis la merced de enseñarme aquel manzano de la tentadora fruta, del cual hablan las sagradas escrituras.

—Aquello, si queréis creerme, no es sino una fábula inventada por la humana fantasía, señor de la TRISTE FIGURA, juntamente con lo de la serpiente habladora—respondió el príncipe—porque habéis de saber que el hombre vive engañado por sus propias quimeras. Ahora, si queréis, seguidme a la margen de aquel riachuelo y veréis y experimentaréis cosas sorprendentes.

Don Quijote siguió a su guía y vió, en efecto, lo que la mente humana jamás puede siquiera imaginar: árboles de hermosísimas y extrañas formas lo sombreaban, pero no del color verde monótono que los humanos conocemos, sino matizadas sus hojas de suaves y variados tintes, y sus ramas formando los más caprichosos buquets que ni el arte mismo podría conseguir igualar toda una policromia de colores cuyos aromas dulcísimos y suaves embriagaban los sentidos; palmeras tan variadas y bellas en formas y colores que no era posible compararlas ni confundirlas

con las por los humanos conocidas, de cuyos follajes brotaban flores de formas en sorprendente multiplicidad de belleza inverosímil.

Las aves más lindas de un plumaje variado revoloteaban en sus ramas exhalando una música divina. Don Quijote quiso beber el agua del paraíso y desmontó del caballo, y como por encanto y servido por manos invisibles se le presentó un vaso como de diamante, de pureza resplandeciente, que despedía destellos de purísima luz, conteniendo aquel licor tan puro como el vaso, el cual apuró nuestro caballero, y apenas hubo terminado sintióse poseído de un placer infinito, de un bienestar sin nombre, cual si rejuvenecido hubiere en ese mismo instante.

Miró el lecho del riachuelo y vió que las aguas corrían sobre guijarros de esmeraldas, de rubíes, de topacios y amatistas; fijóse en sus arenas y notó que eran oro purísimo.—¡Por el poderoso Dios! exclamó—os aseguro, oh príncipe, que me siento otro hombre, un hombre nuevo, cual si estuviese amasado con flores de placer y de dicha.

—Tenéis razón, gentil Caballero Andante—repuso Akiriel-es que habéis bebido de las sagradas aguas que rejuvenecen al hombre por toda una eternidad y le mantienen dichoso y ageno a todo género de preocupaciones; pero cuyo admirable fenómeno obrará su eficaz efecto cuando llegado que hayamos a la entrada de la gloria nos demos el baño pu-

rificador. Ahora si queréis ver cosas más sorprendentes, seguidme.

Hízolo así Don Quijote y montó sobre Rocinante, el cual había tomado como su amo, tal aspecto de juventud, tanto placer y bríos, y retozaba y relinchaba ufano. En un milésimo de segundo se trasladaron a una alameda que al verla Don Quijote, llena de tan extrañas maravillas y sintiéndose bajo la influencia de su ambiente, con mayor suma de dicha y bienestar, convencido quedóse que aquella era la gloria misma, y que al término de su viaje habían llegado.

III

Desde allí divisaron compactas multitudes de indivíduos que por el espacio infinito caminaban con velocidad inexplicable: eran las almas de aquellos que en los diversos mundos fallecen y con destino a varios misteriosos lugares dirigíanse por disposición divina.

El ángel Akiriel, con el poder que el Todopoderoso le concediera, hízoles aparecer ante los pasmados ojos de Don Quijote, con sus formas materiales, para que el caballero las viese. En efecto él que ya poseía el maravilloso poder de mirar y distinguir el más pequeño objeto a muchas leguas de distancia, pudo entre tantos millares de indivíduos co-

nocer a Sancho su escudero, que su destino llevaba. Alborozado con tan preciosa casualidad que su buenaventura le deparara y todo él emocionado, dudando aún de lo que tan claramente veía, suplicó al príncipe Akiriel que atrajera a Sancho a su lado. El enviado celestial no se hizo repetir la súplica, y con el poder misterioso que tenía, atrajo a Sancho, a donde ellos se encontraban, y materializado y caballero en su propio rucio presentóle a Don Quijote, quien absorto y atónito de admiración, creyó estar soñando. Repuesto de tan grande como extraña sorpresa, el caballero andante, exclamó:–es alucinación de mis sentidos o el cielo piadoso ha querido depararme esta tan grande merced, de darme aún en la eternidad a mi fiel escudero Sancho por compañero? Bendito sea Dios muchísimos millones de millones de veces, porque esto que mis ojos están viendo, sólo puede suceder por un especial favor del Altísimo, a su tan indigno siervo. ¡Oh Sancho! amigo-el más constante y fiel, testigo de mis gloriosos hechos, modelo de andantes escuderos y como vuestro amo amoroso y tierno, nata y flor de sinceridad y afecto, díme, eres tu mismo en cuerpo y en alma quien os halláis en mi presencia, o es que yo sueño?

—Señor y amo mío–respondió Sancho lleno de turbación, corriendo a abrazar a Don Quijote que con los brazos abiertos le aguardaba:–soy Sancho, el mismísimo San-

cho, el fiel escudero de vuestra merced, que ignoro por qué arte, encantamento o poder me encuentro aquí.–Y amo y criado se entregaron a los dulces transportes de la ternura y derramaron muchas lágrimas de placer emocionados con tal inesperado suceso.

—Oh Sancho amigo, Sancho fiel, Sancho ejemplar–continuó el caballero andante–nunca podré dar las gracias suficientes al Padre Celestial, por tantas bondades. El conoció mi grande afecto hacia tí y no ha querido privarme de tu grata compañía, y agradecerle debemos rendidamente por tan señalado beneficio obrado en favor de los dos, por intermedio de su dignísimo siervo el príncipe Akiriel, a quién tienes aquí presente. Oh Sancho, mi corazón me dice, que vos espíritu sensible y criado singular como no los hubo, ni los hay ni los habrá, habéis muerto según colijo y firmemente creo, del pesar que la muerte de tu amo te causara, y con tan palmarias pruebas de adhesión, mi gratitud es tan grande, tan profunda que nunca recompensarte sabré debidamente, en cuanto valen; y yo, aquilatándolas las estimo,–concluyó enternecido, Don Quijote.

—Perdone, señor mío–repuso Sancho–vuestra merced me habla de eternidad y de muerte pero me parece que ahora mismo estoy soñando y que no vuelvo de mi pesadilla, aunque para ser tal es ya demasiado, y algo interior y extraño que yo siento, y por lo que

mis ojos están mirando en este instante, me dice, que en esto hay algo de encantamiento y misterio. Lo que puedo asegurar a vuestra merced es, que el día que le sepultamos me recogí lleno de pena y dolor a mi casa; pero por grande y profunda que sea la pesadumbre que yo tuviera, el buen apetito nunca me abandonó y antes bien se aumentó, por aquello que dicen: "que las penas con pan son buenas" y "a Dios rogando y con el maso dando"; de Dios vienen los males y el remedio". Y diciendo todos estos refranes que ignoro, cuándo, ni a quién los aprendí; pues me parece y tal creo, que nacieron conmigo en mi mollera, en mi casa comí mucho de coles y calabazas con la añadidura de una olla podrida que es para lo que mi mujer se pinta en preparar, y recuerdo, que lo mucho que comí para satisfacer la necesidad de mi estómago, prodújome un cólico miserere, según aseguró el curandero, de la más alta categoría en calidad y rapidez, que apenas tuvo tiempo el cura para absolverme, sin que yo pudiera decir, acúsome. En cuánto a si soy vivo o muerto, no sé en verdad qué decille, porque si bien recuerdo que el cólico me mató, en cambio, ahora mismo, y según me veo y siento, como vivo me considero, y nada puedo asegurar yo que sea o no sea; porque asegurar lo uno o lo otro sería pecar de embustero, vicio por el cual, vuesa merced me reprendió severamente, como muy bien debe recordar. Y nada más.

—Pues quiero hacerte saber amigo Sancho, que muertos y bien muertos somos los dos, y conducidos vamos a la eternidad por el caballero Akiriel, que tenéis aquí presente; y acaso nuestras culpas y pecados nos hagan merecedores al infierno,–díjole Don Quijote en tono de broma.

—Oír Sancho a su amo, que muerto era en realidad, y que al infierno pudiera irse, y ponérsele los pelos de punta, fué obra del momento, y rompiendo en dolorosas exclamaciones, dijo:–¡Oh Dios mío, misericordioso! qué he hecho, infeliz de mí, para merecer la eterna condenación!; más cuando el cura de mi pueblo hubo de absolverme de todos mis pecados y aún de cuántos cometer pudiere? Señor mío, digo a vuesa merced, con toda franqueza, que yo no quiero ir al infierno, y suplíque, y alcance del caballero que nos guía, que a buen seguro debe ser el demonio, aunque por su grande fermosura más parece ser ángel, que me dé pasaporte sellado para irme al cielo; porque téngolo de seguro, que mejor estaré allí y más me cuadra ser ángel que demonio. El ángel que presenciando estaba aquel divertido diálogo entre amo y criado, quiso también embromar a Sancho y díjole:–Nada temáis de malo, buen Sancho, y abrigad la confianza, de que el infierno, aún cuando la palabra sea aterradora, no es mal mundo, antes bien al contrario, mucho habrás de enseñarte y bastante de

bueno encontraréis. Allá se conocen y alaban las gloriosas hazañas de tu señor Don Quijote, el mejor, más leal y valiente de todos los caballeros andantes, y la gracia y donaires de su fiel escudero, cuyas hermosas e inimitables virtudes pregona la fama. Ahí, en el hermoso reino infernal gozaréis de placeres y consideraciones nunca por tí soñados.

—Placeres . . . ;consideraciones . . !– interrumpió Sancho despechado–para mi abuela, que cuentan las crónicas de familia, que fué la misma simplicidad. Placeres . . . continuó–freírle a uno querráis que no querráis, en la paila de cuatro orejas, no sé si en aceite como a pescado, o en pez como a ciertos Santos. Consideraciones . . . hacerle bailar en una cuerda templada sobre hogueras a uno que no es equilibrista, y si caigo, como téngolo de seguro que yo he de caer, puesto que nunca he andado sino sobre el santo suelo cuidando de no tropezar en ningún guijarro, me recibirán los demonios en unos trinches descomunales y me arrojarán al fuego para que me ase. Por mi ánima, señor caballero Laurel, que tales placeres y consideraciones no me agradan; y repito mi súplica: que me haga la señalada y muy distinguida merced de mandarme a dejar en el cielo.

—Ante todo, Sancho, Akiriel has de nombrar al caballero príncipe y no Laurel– interrumpió Don Quijote–porque no es árbol que produce las aceitunas. Y en buena hora

podéis continuar.

—Así lo nombraré en adelante–repuso Sancho, y continuó:–porque ya que en la tierra no fuí emperador, ni rey, ni siquiera obispo, como mi señor y amo me tuvo ofrecido hacer y muy apenas alcancé a Gobernador de la Insula Barataria, en la cual el hambre íbame matando, por lo menos, modestamente y sin mayores pretensiones, allá en el cielo me conformo con ser ángel o serafín, la cual no es una aspiración por demás para un pobre escudero de caballero andante, que si algo tiene que ostentar, es la fidelidad y la tolerancia, como bien puede acreditar mi amo el señor Don Quijote, espejo de caballeros andantes.

—Este discurso de Sancho hízoles desternillar de risa al príncipe Akiriel y a Don Quijote, pues ninguno de los dos pudieron mantener su gravedad.

—Corto y por demás modesto soís en vuestras pretensiones, Sancho amigo, díjole Don Quijote:–ángel o serafín queréis que os haga Dios con ese cuerpecito que parece un cuadrilátero . . . ; y con esa fisonomía . . . ; y ese amor a la gula . . . ya que de ese feo vicio habéis dejado de existir por no corregirte . . .

—Gula . . . gula . . . –repitió el escudero mortificado–siempre ha vivido incriminándome vuestra merced del vicio de la gula, acusándome de que yo he comido con demasía; y al parecer no se olvida ni después de muerto; y aun creo que de encontrarnos los

dos friéndonos en la paila del infierno, que Dios no lo consienta así, todavía se preocupara vuesa merced, de mi glotonería, y de corregirme si digo mal algun voquiblis.

—Permite Sancho, un paréntesis,–interrumpióle Don Quijote:–quejaos en buena hora, pero para en otra, recriminándome habéis de decir y nó incriminándome; y vocablo quisiste decir y habéis dicho voquiblis. I proseguid en buena hora.

—Sea así–repuso Sancho, y continuó:–decía, señor mío, que siempre vuesa merced vivió acriminándome de gula, pero por mi ánima y la memoria de mi mujer Teresa Cascajo, a quien quise bien, y que buena y feliz conservación haya, que ni glotón he sido, a Dios gracias, ni bebedor empedernido; sino que, yo me he llevado del dicho que dice: "tripas llevan pies y no pies tripas" y Dios sabe que comía porque tenía buen apetito y el apetito no es gula.

—Entónces qué es, Sancho, aquello de comerte cuatro pavos? Por Dios, o por el demonio, que no puedo dar yo otro nombre.

—Perdone vuestra merced un paréntesis antes de continuar–interrumpió el escudero:–está nombrando la soga en casa del ahorcado . . . .

—Ciertamente, tienes razón, amigo; pero esto no te dé cuidado: demonio he dicho y dije bien, porque me agrada llamar las cosas por sus nombres; pues no infiero agravio al

príncipe Akiriel, como tú crees, y él muy bien que lo sabe. Agora volviendo a lo que antes tratábamos: no es gula, repito, el servirte cuatro pavos gordos como han debido de hallarse aquellos pájaros de boda; algunos gansos, varias liebres, gallinas y corderos, inclusive la médula de los huesos, en las bodas de Camacho el rico, como tú muy bien debéis de acordarte? . . . Y en casa del marqués . . . Dígote, Sancho, que mejor es no meneallo . . . .

Basta, señor mío,–respondió Sancho, un tanto amostazado:–he de decille que lo que vuesa merced llama gula y glotonería, en mí, no era en realidad, sino imperiosa necesidad del estómago, porque cada uno tenemos nuestra constitución: vuestra merced, en verdad, comía bien poquita cosa, y debido a ese poco comer es apergaminado y flaco; o como cierta vez díjole el Bachiller riéndose a espaldas vueltas de vuestra merced, un esqueleto de cigueña. En cambio yo comía bien, sin ascos ni melindres, y gordo y rollizo me hallo, sin que por eso hubiese pecado de gula; pues a mi comer, el cura de mi pueblo, cierta vez que me vió con el placer y gusto que cumplía con aquella necesidad, devorando un puchero, no llamó sino buen poder digestivo. Y esto que el cura no era ningún melindroso.

I V

Picado quedó Don Quijote con lo que Sancho le dijera acerca del apodo puesto por el Bachiller, y dijo al escudero:–Habéisme dicho, Sancho, que el Bachiller, a espaldas vueltas, me llamó esqueleto de cigueña: de ser esto verdad, por qué no me dijiste? Entonces hubieras tú visto, de que manera el Caballero de Los Leones hubiera corregido el atrevimiento de ese rábula, porque, has de saber, que no hay hidalguía en insultar a espaldas vueltas, al amigo, menos a los caballeros andantes cuya alta misión es corregir los desaguisados y ser sacerdotes de la justicia, como yo fuí; y tan alta misión que desinteresadamente han tomado a pechos, merece veneración y respeto. Pero asísteme una curiosidad y es saber: y tú, qué le digiste, me defendiste, te inmutaste, Sancho?

—Si le he de ser franco, señor Don Quijote, porque vuesa merced me ha dicho una y mil veces que la mentira es vicio detestable, yo no hice sino reírme, porque el apodo me cayó en gracia.

—Te reíste.... luego apoyaste y me insultaste por complicidad, y mal obraste en tal caso; porque habéis de saber, que quién apoya a los necios, necio es, Sancho. Además, habéis pecado de inconsecuente con vuestro señor, protector y amigo: esto he

de probarte por más de una razón, otra vez que no agora.

—Vamos a lo segundo: algo puedo yo concederte en aquello de las diferencias de la potencialidad orgánica; pero he de decirte, puesto que viene como de molde, que yo figuréme y aún convencido hallábame cuando viniste, que tú habías muerto a consecuencia del profundo dolor que mi muerte te causara, sin poder resistir a tan hondo pesar; pero grande es el desencanto que he sufrido cuando hubísteme manifestado con tanta llaneza, que no te mató el sentimiento del afecto y la gratitud que me debías y has debido tenerme, sino un cólico miserere, proveniente de gula intemperante, y héme desengañado.

—Señor mío, hayga yo muerto de tal o cual mal, de algo morimos y muerto soy, según vuesa merced lo asegura. Y no sostengo lo contrario . . . .

—Permite, Sancho, interrumpióle Don Quljote;—ante todo haya debéis de decir y no hayga; porque aun cuando nos hallemos camino del infierno, o donde quiera que fuese nuestro destino, ese tu vocabulario hiere mis oídos.

—Sea así, repuso Sancho:—héle dicho a vuesa merced, que he muerto de cólico miserere y he hablado la verdad limpia y desnuda, y mi conciencia no me reprocha; porque decirle que he muerto de dolor por

la muerte de vuesa merced, hubiera sido faltar a la verdad y ser embustero, vicios que siempre háme aconsejado los odiase. Grande fué mi dolor, mi padecimiento inmenso; más, cuando ví fallida mi ilusión de que ya no podíamos hacernos pastores, profesión que animaba a vuesa merced, la ejerciéramos para vivir en paz y en gracia, sin dar ni recibir palos ni lanzadas. Pero ese dolor, aun cuando vuesa merced me reproche y afée, no fué tanto hasta el extremo de sucumbir; porque, como dice el refrán que no me dejará mentir: "ande yo caliente y ríase la gente"; y este otro: "nadie se muere por nadie", y otros más que yo me sé pero me callo; porque, aseguro a vuesa merced, que dejar mujer e hijos en abandono muriéndose uno de pesar, porque otro muriese no se le ocurre ni al inventor del sentimiento. Llorar . . . . eso sí, y vuesa merced me crea que muchas lágrimas derramé sin fricción; pero morirme . . . si el cólico no me acometiera, ni una mala idea que tuve. Y perdone mi franqueza que honradamente y sin asomo de embuste le digo.

—Bien está así, Sancho; con lo que de expresar acabas sinceramente, has atenuado tu falta, y creces en mis consideraciones— repuso Don Quijote; porque, franqueza y sinceridad hacen al hombre cabal, y más quiero verte Sancho verdadero que adulador y zalamero. Pero fricción digiste, amigo, en

lugar de ficción y eso sí, no te perdono.

—Yo me corregiré repuso Sancho-Pero permítame que le diga antes de olvidarme: "la adulación y la zalamería, vicios detestables son". Y sobre todo "el octavo no mentir" rezan los mandamientos de Dios; y "alábate coles que hay navos en la olla"; y "más pronto se coje al mentiroso que al ladrón"; y otros más que por agora no recuerdo. Pero este sí: "alabanza en boca propia es vituperio".

—Por Dios y por tu eterna salvación, Sancho-interrumpió el caballero andante,-basta ya de refranes; ¿quieres hacerme loco? Caminemos más bien a nuestro destino porque me mareas y me pondrás de muy mal humor. Feliz me sentiría yo si pudiera quitarte este vicio.

Akiriel sentía placer escuchando el diálogo de amo y criado, y habría retardado de buen grado el viaje hacia el cielo, si antes no hubiera comunicado con el pensamiento, su llegada y recibido de igual suerte, noticias del contento con que a caballero y escudero allá se les aguardaba, y en cuyo honor preparábanse espléndidas fiestas, tan suntuosas, al extremo, que las fiestas reales de la coronación de los reyes de Inglaterra, resultarían mesquinas fiestas de aldea.

Pero el momento mismo de partir, Sancho palideció, y lleno de espanto postróse a los pies de Akiriel y díjole así:-séame per-

mitido, señor diablo, imploraros la merced muy señalada, de permitir que este cuitado que en nada os ha ofendido, ni pecado contra Dios ni contra los santos, ni hecho mal a nadie, ni cometido otra falta que la de gula, como bien confieso y reconozco, porque tal asegura mi señor Don Quijote, vaya al reino celestial, el cual es de su gusto, y no le forcéis como a los galeotes del rey, llevados a galeras, a ir a otro reino por bueno que sea, pero que no le cuadra ni acomoda.

Akiriel manteniendo aún la broma que al buen Sancho hiciera, de acuerdo con Don Quijote, respondióle:—¡Oh buen Sancho, habíate creído, como refiere la historia gloriosa de Don Quijote, fidelísimo compañero de vuestro amo, pero ya veo que las historias, no siempre son verídicas y sí, casi todas apasionadas; quieres abandonar al mejor y más valiente de los caballeros andantes, al más generoso y leal de los adalides que la justicia humana ha tenido como su defensor? Dígote, Sancho, que semejante sinrazón e ingratitud, no esperaba de tí, tenido como habéis sido, como modelo de lealtad y abnegación. Vuestro amo está convencido de que el reino infernal es un reino magnífico y no vacila en creér en la verdad de mi palabra, y allá se vá, ya no con desconfianza, sino con placer; porque en ese reino magnífico se le prepara la gran apoteosis a la cual su renombre y fama, por sus grandes hechos consumados en favor

de la humanidad, hánle hecho merecedor. Orgullo, por consiguiente, debéis de tener, en servir y acompañar a caballero tan virtuoso y leal, a donde quiera que fuere.

Así terminó el príncipe Akiriel el discurso, continuando la broma que de acuerdo con Don Quijote, a Sancho hiciera; pues aún a los celestiales, según se expresó el caballero de la TRISTE FIGURA, es lícito embromar y divertirse, con tal que las bromas no perjudiquen. Por el contrario, lo que Akiriel y Don Quijote habíanse propuesto era llenar de alegría el alma con razón aterrorizada del escudero, cuando llegando a la realidad supiera, que era a la gloria a la cual el Creador habíale destinado, y no al infierno.

—Señor diablo,–repuso Sancho, con despecho:–cada cual es dueño de su gusto y almendrío . . . . Iba el escudero a continuar, pero Don Quijote que no le dejaba pasar una palabra mal expresada, interrumpióle para corregirle:–decid albedrío, y en paz. I continuar podéis, Sancho, vuestro discurso, con tal que discurráis racionalmente y no habléis necedades

Entonces, el escudero, continuó de esta suerte:—Decía que cada uno es dueño de su gusto y albedrío y lo sostengo: mi amo quiere ir al infierno, pues que se vaya; quiere arder en el fuego eterno como gran pecador, pues que arda, a naidis se le quita el gusto: quiere que le envuelvan culebras y serpientes

y le devoren vestiglos, como yo mismo he visto en los cuadros de la iglesia de mi pueblo, derecho tiene para ello, y cada cual tenemos en preferir lo que más nos cuadra y acomoda; pero, por qué razón quiéresele obligar a Sancho que ya no es su escudero y si apenas prójimo–porque con la muerte ha terminado la obligación contraída–para que le siga a fuer de leal y obediente para ser quemado en los quintos y apurados infiernos, y martirizado de diez mil maneras, por otros tantos demonios, sin que le quede al ofendido ni siquiera el derecho de desquite? Que se condene el que quiere, vá de gustos; pero por el ánima de mi padre, que fué un labrador honrado, juro mil veces mil, que no tengo ninguna gana de condenarme, y mándeseme al cielo, en donde, ya lo he dicho, quiero ser ángel o serafín o desempeñar cualquier otro cargo, porque ignoro las metarquías celestiales.

—Gerarquías querráis decir, Sancho. A cada instante me hieres los oídos con tus sandeces: hace un minuto y no más, dijiste naidis en vez de nadie–corrigióle Don Quijote.

—Válgame Dios, señor mío, vuesa merced, al fin, me volverá loco con su dracmática y no me dejará libertad para expresarme y decir las expresiones que me salen de la cabeza.

—De esa cabeza! . . . Pues exprésalas sin empacho y aunque hables barbaridades y digas dracmática en lugar de gramática, no te

corregiré; pues Dios sabe que por tu bien lo hago

—Con la venia de vuesa merced, prosigo –manifestó Sancho–y continuó:–de vivo serví con lealtad y celo a vuesa merced, soportando hambres, desnudez,palos y manteadas, solo por cariño y afición que le tuve, sin retribución ni salario; pero aún después de muerto, todavía he de continuar sirviéndole de cuenta de leal y fiel, y he de seguirle para ser quemado en los infiernos? Yo quiero ser ángel y el que quiera ser demonio allá se las haya, que yo no quito ni pongo rey.

—Indigno de mi cariño eres Sancho, zafio y tonto al remate–díjole Don Quijote con indignación–quéjaste de no haber recibido la recompensa a tus servicios prestados en mi honrosa profesión, y todo lo olvidas voluntaria y maliciosamente, por ingratitud y perfidia: ¿el borrico que os dí tomado en buena guerra, era pelo de cerdo, bribón?; el que te regalé de mi cuadra valía una hoja de bledo, malagradecido?; y la bolsa encontrada en Sierra Morena con cien escudos de buena ley, cedidos en tu exclusivo favor y provecho, ingrato y desleal?; y más que todo, el entrañable cariño para tí, que siempre te he profesado, como de un padre para su hijo, no es recompensa que vale ni un maravedí, mercader de servicios? Todo para tí es cáscara de huevo, gruñón empedernido y contumáz; ándate mala hora, vil

criatura, a donde quisiéredes y no vuelvas a acordarte de tu señor, porque me ofenderás.

El príncipe Akiriel tenía placer de escuchar los agrios diálogos que tan a menudo sostenían entre caballero y escudero, a quienes luego veíales reconciliados como si altercado alguno no hubiese mediado entre los dos, y dijo a Sancho :–pero qué imagináis, Sancho, que es el infierno?

—Qué he de imaginarme, señor Akiriel –repuso el escudero–acaso ignoro lo que es? Yo mismo he visto en los cuadros que en el templo de mi pueblo existen: hay fuego en el cual tuestan a los condenados; hay pailas en las cuales les fríen; cuerdas templadas del grosor de mi dedo en las cuales les obligan a bailar; hay sierpes de diez cabezas, dragones, vestiglos y mil y mil géneros de alimañas, de mónsturos que todos muerden, atormentan y se ensañan contra las almas de los condenados. Otras veces les dan a beber plomo derritido, vitriol y otras cosas . . . .

Iba a continuar, Sancho, pero Don Quijote interrumpióle diciendo:–Vitriol dan a los que comen y beben por gula, Sancho. Eso muy bien lo sé yo.

—Indirecta es esa contra mí, señor mío –respondióle Sancho; pero bien sabe Dios que nos vé y nos oye, que comía por pura necesidad de mi estómago, como recuer-

do haberle dicho. Además, perdone vuesa merced, que no crea yo en ese pecado, porque el tener hambre y sed, me dice el entendimiento que no es culpa de la creatura.

—Criatura querráis decir, Sancho. I continuad refiriendo qué más hay en el infierno, que tan bien y como vuestra propia casa conoces-expresó Don Quijote.

Sancho refirió largamente cuánto creía que de fijo y seguro existe en el infierno, según los cuadros de condenados que él había conocido, pero nos privamos de contentar al lector con la larga relación que hiciera.

—Díme, Sancho, continuó Don Quijote:-¿Amas a tus hijos? Respóndeme como lo sientes y piensas, categóricamente.

—Vuesa merced sabe muy bien, señor y amo mío, que daría mi alma por el amor que les tengo, y los sacrificios y trabajos que en su compañía he sobrellevado sin quejarme, por ellos los he soportado, con la esperanza de su bienestar y ventura. Vuesa merced me saque verdadero de lo que digo.

—Otra más, Sancho, respóndeme:-Cuando alguna vez habéisles castigado por alguna faltilla, desobediencia o lo que hubiese sido, lo habéis hecho con prevención, con saña, con venganza, y tanta irritación habéis tenido, hasta el punto de cerrar tu espíritu a la conmiseración, a la lástima,

al dolor de padre, sin que te conmuevan sus ayes?

—Señor Don Quijote, Dios es testigo que para mí ha sido un dolor verme en el caso forzozo de castigar a mis hijos, aún cuando hubiese sido levemente, y nunca lo he hecho con dureza, porque su llanto y pesar caían en mi propio corazón–respondió el escudero.

—He aquí, Sancho, lo que quería escuchar de tus propios labios: satisfecho estoy de tu respuesta. Ahora bién; sabed, amigo Panza, que Dios nuestro Señor y Padre, ama a todos sus hijos infinitamente más, que no cabe poner límite a tanto amor; y cómo creér podremos por la misma razón, que los castigue con furor, con venganza, con saña y se goce en verlos arder en el fuego eterno, ora en los espantosos suplicios que los demonios les hacen padecer por su determinación, según comentan ciertas religiones? Dios no es malo ni en él cabe la venganza, sino que, como padre se resiente que sus hijos no sepamos corresponder a sus beneficios y al anhelo que tiene de que le comprendamos y amemos. Así, su amor es infinito, inmensa su bondad y su piedad y misericordia no tienen límite, y no hemos de creer, por la misma causa, que sus castigos sean tan duros, tan crueles y por toda una eternidad, y que por toda una eternidad quiera gozarse en los

dolores de sus hijos.

La superstición, el fanatismo y el engaño juntamente, han deformado al Ser Supremo y lo han calumniado, presentándolo a los ojos de los hombres, como un ser vengativo, irritable, y que, difícil casi en lo absoluto es, que el hombre alcance la salvación; pero dígote en verdad, que tales creencias y suposiciones son errores crasos que hacen que los hombres le tengamos terror y no confianza como a nuestro padre. A Dios hémosle de temer, hémosle de amar y debemos depositar en El toda nuestra esperanza; porque es clemente, y tan grande el amor que nos tiene,que el infinito resulta pequeño, pues en él no cabría tanta ternura.

Verdad es, Sancho, que hay locos entre los hombres, que en su pequeñez dudan de su existencia o lo niegan, sin comprender que de tantas maravillas que a la vista tenemos, que nos admiran grandemente, nada ha hecho o podido hacer la casualidad; pero todo cuanto no podemos penetrar, obra es de su poder, obra es y hechura de ese Ser Superior, formidable, inmenso, único: los mismos astros que en el espacio infinito giran ordenadamente sobre sus ejes y dentro de sus órbitas, para su infinito poder, sabiduría y grandeza, son apenas átomos miserables. A Dios lo sentimos dentro de nosotros mismos: la conciencia, el remor-

dimiento, que los hombres tenemos; aquel malestar que nos inquieta cuando hemos obrado malas acciones con los semejantes, aún con los animales, es el reproche de Dios que nos corrige. El relámpago que anuncia el estruendo formidable del rayo que rasga las negras nubes, nos intimida y aterra, es la voz de Dios que se hace presente. El mar que ruge furioso con sus olas embravecidas que se levantan como montañas y parece amenazáran en su furia, tragarse el mismo planeta, es Dios; la tempestad desencadenada que hincha los mares, es Dios; su voz es el rugido de los volcanes que aterra; la brisa que suavemente acaricia y vivifica, conduciendo en sus alígeras alas, los perfumes robados a las plantas, es el resuello de Dios; el símoun que azuela con su furia es Dios que nos advierte su existencia; los rayos del sol que bañan la superficie de la tierra, fecundizan las plantas y nos comunican el calor de la vida, es luz de sus ojos; el espanto que estremece a los tiranos y malhechores, es reproche de Dios por las injusticias obradas en contra de sus semejantes: es un castigo.

Dios está en todas partes, se le vé, se le escucha y adivina: su obra es el espacio, infinito con todas sus maravillas: ¡la inmensidad!; su imágen, el hombre a quien concedió inteligencia, inspiración, sentimientos. A Dios se le comprende desde lo más

grande hasta lo más mínimo: obra suya son los astros que en el espacio giran y es el pequeño insectito no más grande que el punto que una aguja proyecta, pero que está dotado de organismo, de instinto, acaso de inteligencia, y vé, oye, se mueve, ama y como todos los seres se reproduce cumpliendo con un misterioso destino en el concierto de la creación. Pero esa miserable pequeñez: el insecto, la larva, el vacilo, que el hombre no se detiene a considerar, todo ese conjunto, insignificante al parecer por pequeño mismo es grande. Dios es un enigma, el enigma se llama misterio, pero existe; porque nada ha podido crear la casualidad. Existe una fuerza creadora, un poder sobrenatural, una voluntad poderosa, una sabiduría incomprensible, una omnipotencia; y esa fuerza, ese poder, esa voluntad, esa sabiduría, esa omnipotencia son Dios. Ese Dios, Sancho, es bueno, misericordioso, clemente, amoroso, tierno, y por consiguiente, confianza suma debéis de tener en su bondad y no temor. Comprended así a Dios, Sancho, y no lo ofendáis dudando de su misericordia.

Así terminó Don Quijote su discurso y escuchándolo, Sancho, adquirió la confianza que lejos estaba de poseer.

—Entónces añadió Akiriel:—Verdad es Sancho, todo cuanto a vuestro señor habéis escuchado, venid sin cuidado y os

convenceréis, que ni el infierno es malo ni el diablo tan feo como lo pintan.

—Por lo visto . . .–repuso el escudero–si en realidad soís el mismísimo diablo, señor Akiriel; a fé de Sancho Panza, que persona más bien parecida y de mejor talante y buena crianza, no he conocido en el mundo.

—Pues bien, Sancho–animóle el príncipe, venid sin temor y si el reino infernal no encontrares acomodado a vuestro gusto y contento, os empeño mi palabra, de mandar que os conduzcan al cielo con especial recomendación de mi Soberano. Pero seguro estoy, y esto me lo sé yo, que allá estaréis con tanto gusto y placer que no pretenderéis ser ángel; con más, que cuando y siempre que quisieres ir a pasar una temporadita, como de paseo al reino celestial, libre seréis de hacerlo sin que nadie se oponga.

V

Sancho escuchó con atención este discurso y llegándose al oído de Don Quijote con quién se había reconciliado ya, como siempre solía acontecer, le dijo:–mi señor y amo: ruego a vuesa merced sea servido satisfacerme esta curiosidad, porque me queda duda: suelen los demonios tener pala-

bra de honor?

—Mira, Sancho—respondióle—estoy con muchas ganas de creer que el diablo es muy buena persona.

—Siendo así—repuso el escudero—la confianza se me vá entrando por todos los poros del cuerpo, y he de ir al infierno. Ese señor diablo es persona muy simpática y le voy cobrando cariño.

Akiriel que adivinaba lo que Sancho decía, divertíase entre sí y continuaron el camino bebiendo los espacios infinitos a una velocidad un millón de veces más que la del rayo, aún cuando Don Quijote y Sancho creían que por la tierra iban al paso de las cabalgaduras.

Sancho que en realidad había cobrado cariño y simpatía por el príncipe Akiriel a quien creía el demonio, suplicóle le diese noticias acerca del infierno.

—Básteme deciros, Sancho—contestóle, que allí viviréis siempre de banquetes superiores a las bodas de Camacho el rico, y a todo cuanto tu imaginación alcance en asuntos de paladar, estaréis tan bien servido que no tendréis sino ordenar con el pensamiento todo cuanto quisiéres para quedar satisfecho.

—Seáis vos servido decirme otra cosa, señor caballero príncipe, y considerad que esto lo hago por ser cuestión de escrúpulo.

Don Quijote que le escuchaba atenta-

mente, corrigióle:–escrúpulo querrás decir, amigo. Corregíos, por Dios de ese vocabulario bárbaro, porque a cualquier lugar a dónde fuéredes herirás los oídos de los que te escucharen y te tendrán por persona de muy poco valer. Por mí sabré decirte, que cada barbaridad que sueltas me produce un efecto horrible, y nunca, por más que te escuche podré acostumbrarme.

Sancho se alzó de hombros en esta vez, refunfuñó algo entre sí, pero nada respondió a su señor.

—Preguntadme, Sancho, cuanto querráis y yo sabré satisfacer vuestra curiosidad– respondióle Akiriel.

Sancho continuó:

—Como Teresa Cascajo, mi mujer, quedó viuda por mi muerte y resucitado como creo estoy en este otro mundo, sería me lícito contraer allá segundas *naucias*, y en tal caso, se me adjudicará un solar con una casita en donde vivir y tierras de pan sembrar para mantener a mi mujer y a miprole?

El príncipe íbale a contestar, pero el caballero andante se le anticipó, y dijo a Sancho:–veinte veces bárbaro, Sancho, naucias habéis dicho en vez de nupcias; comprended una vez por todas, hombre empedernido, destrozador cruel del rico idioma castellano, que nauciar es la acción de arrojar lo que habéis comido. I basta.

Otra vez el escudero usó de prudencia, se calló, y Akiriel repuso:

—Todo cuanto querráis y se os antoje, tendréis allá, Sancho, con solo ordenar.

—Ordenar yo....¡mi alma! Entonces, según comprendo, ¿yo voy destinado para príncipe, o por lo menos para gobernador?

—Allá lo veredes–díjole Akiriel.

Sancho prosiguió:–I me casaré con una princesa, y tendré palacios y fincas, y no agacharé en adelante los lomos para labrar la tierra? De ser verdad tanta hermosura, por vida de Teresa, que no envidiaré al ángel más pintado, que aseguran los doctores de la iglesia, se pasan la vida cantando.

Y sintiéndose regocijado en sumo grado con lo que el príncipe Akiriel le dijera, continuó:–Aún más he de preguntaros, señor Akiriel, si no lo tomáis a impertinencia.

Decid, Sancho, lo que más quisiéres.

Es mi curiosidad, saber, si en el infierno hay oro, plata y piedras preciosas señor príncipe.

—En el infierno abundan tanto esos materiales, Sancho, que no de otra cosa están pavimentadas las calles y construídas las casas; pero ahí ningún valor efectivo tienen; porque, habéis de saber, que los indivíduos no necesitan de dinero ni de fortuna, pues todo lo tienen de sobra, y ni el oro, ni la plata, ni siquiera las piedras preciosas representan el valor de un mara-

vedí. Siendo de esta suerte, que no hay riquezas, intereses ni valores, todos los habitantes se aman como hermanos, aunque he de decirte, que en el mundo, los más de los hermanos suelen odiarse, casi siempre por cuestión de intereses, y entre los prójimos, tengo experimentado, que casi todos se se odian cordialmente, aún cuando los más aparentan amarse. Repetirte quiero, además, Sancho, que en el infierno solo hay amor y no domina ninguna pasión, menos el odio; porque no media el interés que es el disociador y sembrador de rencores, de envidias y egoísmos.

Como unas pascuas quedó Sancho de contento y no pensó en otra cosa sino en la regalada vida de abundancia y honores, que de seguro pasaría en el reino infernal, a donde tan persuadido estaba que iba, siendo ahí príncipe y casándose con una real princesa de extraordinaria belleza y singulares méritos como se imaginaba.

Mientras el príncipe Akiriel y Sancho dialogaban de tal suerte, Don Quijote por su parte, soliloquiaba pensando en la suerte que en el cielo le cabría:—misterios profundísimos e inescrutables son, decíase, que la pobre razón humana no alcanza a penetrar; y cuán pequeños y miserables somos los hombres, gusanos insignificantes, pero tan henchidos de orgullo y soberbia, que hasta tenemos la loca pretensión de reprochar los

sabios designios del Todopoderoso, y dudamos de su gran sabiduría, atribuyendo sus obras a la casualidad.

Don Quijote tenía admirables momentos de cordura, en medio de su demencia. Luego pensó en su hermosa y sin par señora Dña. Dulcinea, y todo él se convirtió en suspiros, y dirigiéndose al príncipe Akiriel, díjole:—oh gran príncipe, sin duda alguna debéis de ocupar en vuestro reino, uno de los más altos y preferidos puestos, por vuestro saber y merecimientos, así como supongo, tendréis las consideraciones del Soberano Poderoso que gobierna; permitidme que os pida de antemano una grande y única merced, que vuestro servidor Don Quijote, sabrá pagaros con su eterna y nunca jamás desmentida gratitud.

—Pedid, señor caballero, y os prometo de buen grado otorgaros cualquiera que fuese la merced que solicitar quisiéres, porque serviros es mi deseo.

—Si tan amable y cumplido os mostráis, sin que yo lo merezca, quiero, señor príncipe Akiriel, que sepáis:—como cuadra a mi honrosa profesión de Caballero Andante, y como mandan las sabias y justas leyes de la andante caballería, yo tenía en el mundo una dama de mi devoción, de quien fuí sumiso y rendido caballero. Por élla he dado sima a mis grandiosas y famosas aventuras, justa y lealmente alabadas por la historia;

la muy fermosa y sin par señora Dña. Dulcinea del Toboso, dueña de mis pensamientos y albedrío, influyó grande y eficazmente, para que este Caballero Andante, triunfe y salga victorioso de sus más peligrosas aventuras empeñadas contra los jayanes y malandrines de mis enemigos que insultaban la justicia en el mundo. Gigantes descomunales y ejércitos de follones y salteadores de reinos, cayeron vencidos y deshechos por el poder de mi fuerte brazo; pero sabéis, ¡oh príncipe, por qué vencí? Porque mi señora Dña. Dulcinea de felice memoria, con su encantador y poderoso influjo, comunicó valor a mi corazón, luz a mi pensamiento, ánimo a mi espíritu y vigor a mis músculos, para vencer de los más poderosos jayanes y sabios encancantadores, con quienes en desagravio de la justicia y de la razón, he tenido que habérmelas en desiguales y singulares batallas.

—Nada exageráis, señor caballero de la TRISTE FIGURA–respondióle Akiriel, siguiéndole el hilo–de la grandeza y esplendor de vuestras nobles hazañas; pues, he de repetiros, que yo conozco hasta los detalles de vuestra singular y gloriosa historia, y todos en el reino, de igual suerte, como yo la conocen y os admiran; y grandemente honroso será para mí concederos la merced que queréis que os sea otorgada. Hablad, pues, señor TRISTE FIGURA.

—Llamadme más bien, CABALLERO DE LOS LEONES, señor Akiriel, y me daréis mayor placer; pues habéis de saber, que al principio de mis célebres aventuras díme a conocer con ese nombre pero después, y téngolo a honra manifestaros: desde que vencí a los leones, que no fueron otros sino mis enemigos que para intimidarme tomaron la forma, fuerza y fiereza de esos animales, díme a conocer, con este pomposo y merecido mote.

Después de tan justa como juiciosa advertencia, nuestro caballero, poseído de tristeza y entre un sinnúmero de suspiros que se le escaparon, continuó y habló de esta suerte:-Oh noble y magnánimo caballero Akiriel: la muy sencible dama de mis pensamientos, modelo de lealtad y recato, espejo de discreción, no podrá como yo lo creo y aún afirmo, resistir al inmenso pesar que mi muerte la habrá causado, y no tardará el dolor y la melancolía de haberme perdido en matarla; porque tan delicada y amorosa fué con su caballero, que no lo pongo en duda, y esto será pronto, según mi corazón leal lo presiente; os ruego, pues, rendidamente, que alcancéis de vuestra augusta, poderosa y magnánima Majestad, la señalada merced, de que, como yo he sido conducido al reino celestial ,sea de igual suerte traída, con idénticos honores, mi nunca bien sentida y amada, señora doña Dulcinea del To-

boso, dueña única de mi gratitud, de mi pensamiento y mis acciones; y con semejante favor que rendido y sumiso os imploro, me daréis grandísimo contento.

—Oh noble y fiel caballero, espejo de lealtad, nata de sinceridad y de afecto-respondióle Akiriel-con cuánto mayor placer os será concedida la merced tan justamente solicitada, siendo como es obra de gratitud y fidelidad que guardáis para la vuestra fermosa dama. Así, contad con que se os hará de buen talante, tan justa y merecida merced.

Mas, es menester advertir, que muy bien se cuidó Don Quijote, de poner de testigo a Sancho, acerca de la fermosura de su dama, temiendo con sobrada razón, que el imprudente escudero, con ribetes de bellaco y puntas de malicioso, trujese a cuento, de como hubo encontrado a la hermosa Doña Dulcinea, "ahechando trigo en el corral y aparejando el grano en el asno para llevar al mercado".

Entretenidos con tales graciosas y divertidas pláticas, llegaron los viajeros a cierto lugar, desde el cual divisábase uno como incendio formidable de tan enormes proporciones, que no otra cosa parecía sino una hoguera de leguas y leguas, a cuya vista, el ánimo resuelto de nuestro famoso caballero Don Quijote, pareció desfallecer, y Sancho, pintados en su semblante, el espanto y la angustia, hubo de exclamar:-Infeliz de mí pecador, condenado soy sin remedio al infierno.

Pero qué he hecho yo cuitado escudero, para merecer tamaño castigo? Oh Dios mío, misericordioso, apiádate de este desdichado, teniendo en cuenta, que el cura de mi pueblo me absolvió de mis pecados, que no creo fueron muchos, diciéndome: "por inocente y sencillo, tenéis asegurada la entrada al reino de los cielos". Y aún recuerdo que me llamó "pobre de espíritu". Señor, y soy el mismo Sancho que el cura absolvió: ¡misericordia te pido en este horroroso trance!.

Don Quijote tampoco las tenía todas consigo, pero haciendo, como suele decirse, "de tripas corazón" y sacando fuerzas de flaquezas, se expresó así:-Sancho amigo, repórtate, vuelve a tu serenidad y no te desesperes, porque de ser verdad aquello que nuestros ojos divisan, es el infierno y a el fuésemos condenados, por los altos e inescrutables designios de Dios, talvez por nuestros grandes pecados, que sin darnos cuenta hubiésemos cometido, de condenarnos debemos con dignidad, como corresponde a nuestra alta y distinguida profesión; y si en verdad, horrendos tormentos nos esperan, encarézcote, oh Sancho amigo, que de tu pecho no se desprenda una sola queja, ni siquiera un suspiro, que poner pudiera en duda tu valentía y el denodado valor de tu corazón de escudero.

Tal aconsejó el caballero andante a su criado; pero el mismo Don Quijote, al ver aquello que en realidad horrendas hogueras

parecían, notadas a la distancia, la entereza de su carácter, el temple de su alma de guerrero, sintió flaquear, cediendo el puesto al terror; pero su altivez sobrepúsose al espanto e hizo por disimular, dirigiendo por segunda vez a Sancho, este discurso, aunque sus labios al pronunciarlo temblaban:—más he de decirte, oh Sancho; pues de suceder tal cosa, quedará comprobado una vez más, que mi valer y virtudes hasta en el mismo infierno me han creado enemigos y envidiosos, que no siendo capaces de vencerme en noble lid, los demonios, enemigos de mis grandes fazañas, se han valido de felonías para aprisionarme en los infiernos, de acuerdo con los encantadores, usando de su poder y maleficios para que yo muriese. Qué fué sino aquello de haber sido yo vencido por el caballero desconocido y sin fama, llamándose el de LA BLANCA LUNA? Maleficio fué, Sancho, obra de traición de los encantadores mis enemigos; pero os aseguro, y ten presente en tu memoria: en el mismo antro terrorífico, he de salir vencedor de las injusticias y desaguisados que inferírseme quisiéren, dado el caso poco probable, por supuesto, de que los dos juntamente fuésemos víctimas de una atroz e incalificable felonía de parte del caballero Akiriel, lo cual lejos estoy de creer, porque su buen parecer y talante garantizan mi confianza.

V I

Pero Sancho ante semejante espectáculo, hallábase aterrorizado creyendo realmente que lo que veía eran las hogueras del infierno y comenzó a recriminar a su amo, en esta forma:–señor mío: por más discursos que vuesa merced me dirija, no conseguirá que me reporte; tengo el ánimo abatido en vista de la desgracia que me espera; pues, o soy el maestro mayor de los simples para dudar de cuanto mis ojos tan claramente están mirando, o mucha confianza he de tener para creer que esas hogueras no son para nosotros. Al infierno soy condenado y de esta no escapo, si la grande misericordia de Dios nuestro Señor, y del patrono de mi pueblo, de quien soy ferviente devoto, no vienen en mi auxilio.

Todas mis desgracias pasadas en vida: hambres, fatigas, intemperies, palos y manteadas, las debo a vuesa merced. Para remate de tantas maravillas, agora tengo, delante de mis propios ojos mi eterna condenación. Yo fuí muy buen cristiano; católico ferviente me criaron mis padres; rezar supe como buen devoto; encomendarme a Dios al levantarme y al acostarme; pero agora que vuestra merced se va a condenar por haber ejercido esa caballería andante, que maldita sea, yo, por lo que veo, me voy a condenar por complicidad;

porque, vamos, señor mío, como recuerdo haberle dicho ya en el mundo y aconsejádole sanamente:—a qué ese empeño de andar con todos a lanzadas; entremeterse en los asuntos de cualquier prójimo, expuestos a que un día sí, y otro nó, nos dejen cual digan dueñas, como tantas veces aconteció? A qué eso de acometer a la guardia del rey nuestro amo, y a viva fuerza dar libertad a los galeotes que por su real orden iban a galeras? A qué meterse, dirélo de una vez, a desfacer agravios y enderezar entuertos, con peligro de nuestras costillas?

Si vuestra merced hubiera escuchado mis propios consejos, que los daba por bien de los dos, a fé de Sancho Panza, hijo legítimo y bien nacido de mis padres, que no nos hubiéramos hallado camino del infierno, como no dudo nos hallamos, sino del cielo; porque recordará vuestra merced, que muchas veces de buena fé y grande voluntad, habíale propuesto que mejor nos hiciéramos santos, en vez de andar en pos de malandrines, de gigantes, de endriagos y encantadores a quienes acometer, buscando aventuras, y con las aventuras, palos; de princesas despojadas a quienes devolver reinos; porque aunque craso campesino, un poco simple como yo bien me conozco, y bastante ignorante, puesto que ni leer ni escribir sé; con todo, se me alcan-

za, que fué locura andarnos entremetiéndonos en asuntos ajenos, olvidando el propio bienestar. Yo sé que muy bien podía ser santo en vez de escudero, y a buen seguro no me hallaría agora en estos conflictos, teniendo por delante el infierno en que vuesa merced y yo nos vamos a quemar, y a esta misma horita me estuvieran recibiendo en el santo cielo, con palmas y en la tierra se me venerára como al patrono de mi pueblo, y fiestas me hicieran.

Sancho iba a continuar; pues en ese angustioso momento la elocuencia le salía no sabemos decir si del espanto y las angustias; pero Don Quijote no le permitió, e interrumpiéndole en su discurso, con la mostaza en las narices, díjole con ira:–¡ Santo vos, alma de alcornoque y aunque simple, maldiciente, bribón y malintencionado; demonio debéis de ser, monstruo de ingratitud y mal escudero! ¡Santo vos . . . . Zafio, glotón cabeza de calabaza vacía sin gota de entendimiento. No sabes, boca de palangana, que los santos se han hecho por sus muchas virtudes y penitencias; por la caridad que obraron, por los sacrificios que hicieron, alimentándose con raíces del monte y agua cristalina; mientras que para vos, imagen perfecta de la gula, cuatro pavos, dos gansos, media docena de gallinas, algunas liebres y no de las pequeñas, y un guapísimo pellejo de vino, eran apenas una ligera colación...

¿Santo vos . . . .

Iba a continuar Don Quijote su tremenda filípica, pero el príncipe Akiriel que hasta entonces no había hecho sino divertirse con tan gracioso como interesante diálogo de los dos locos, intervino y manifestándose ofendido dijo:–Perdonad, señor caballero andante, que os diga:–nunca me pasó por las mientes, que con vuestra hidalguía y buen criterio, cualidades por las cuales tanto aplaude y alaba la historia de vuestros famosos hechos, llegáseis a dudar ni por asomo, de la palabra por mi empeñada, menos aún que habíais de concebir tamaña desconfianza. Sabed, oh noble y valiente Caballero Andante, que no uso de felonías con vosotros, antes bien he de probaros todo lo contrario, después de corto momento: aquello que véis, no es hoguera, aún cuando así parezca a la distancia.

—Entonces, por vida de vuestra madre, dignaos decir, señor príncipe Akiriel, aquello que están viendo mis propios ojos, qué puede ser?, interrumpió Sancho.

—Sancho tiene razón, añadió Don Quijote–por lo visto hoguera es y de las buenas; pero habéis de perdonar, señor príncipe Akiriel, nuestra justa desconfianza, en razón de lo que ven nuestros propios ojos. Os lo confieso, con la franqueza que cumple a mi caballerosidad; pero vuestra pulcritud garantízanos lo contrario, y si así no fuese,

de ninguna manera creo, que Don Quijote y su escudero sean merecedores de tan duro castigo; por cuanto, y cábeme esta confianza: quienes hemos ejercido la muy alta y noble profesión de caballeros andantes en beneficio de la humanidad doliente y desvalida, exentos habremos de hallarnos de la eterna condenación; porque si grandes hubieran sido nuestros pecados, estos, seguramente tendrían la atenuante de las virtudes obradas, que muy bien creo, y de ello estoy convencido. Mas, aún cuando dudar no puedo de cuanto me habéis asegurado y prometido, de que Sancho y yo somos destinados al sexto cielo,

—Señor Caballero–repuso Akiriel–hacedme la merced de creer: no es fuego aquello que véis, sino una cosa muy distinta que os causará maravilla el contemplar, por lo hermosa y linda que encontraréis al mirarla de cerca, lo cual no quiero anticiparme en decíros cual es aquel fénomeno, para que la sorpresa de verlo sea de mayor efecto para vos y vuestro escudero.

Grande fué el contento que el escudero experimentara escuchando las palabras del príncipe Akiriel, y mayor aún cuando oyó decir a su amo Don Quijote, que aquel habíale asegurado que caballero y escudero estaban destinados al sexto cielo. Agradeciendo con las palabras más humildes, se expresó así:–Loado por los siglos de los si-

glos, y bendecido sea Dios nuestro Padre y Señor, que vuelve la tranquilidad a mi espíritu agobiado de espanto y pesadumbre, al saber por lo que mi amo, señor Don Quijote, acaba de decir, que el príncipe hále manifestado seriamente, que somos destinados al sexto cielo, y por lo que de escuchar acabo en este mismo momento, vengo en conocimiento que ese fuego no es fuego, sino una cosa linda y maravillosa. Pero sea vuestra merced servido decirme, señor príncipe Akiriel, no es malo nombrar a Dios muy a menudo como yo lo hago?; porque cábeme este *escrófulo* y reprimirme quiero, si esto no es cristiano ni católico.

Entonces Don Quijote que no podía tolerar que su escudero trocase las palabras o las pronunciara mal, corrigióle:–perdonarte puedo, Sancho, tu miedo, tus simplezas y hasta los refranes que sin ton ni son hilvanas, pero nunca podré permitirte que cambies las expresiones y desfigures los vocablos: escrúpulo quisiste decir sin duda, y habéis dicho escrófulo, cosa tan distinta en el sentido que expresar quisiste.

Akiriel añadió:–bendecid al Ser Supremo, hermano Sancho, y siempre que lo hiciéres por amor y temor a él, no te canses de nombrarlo; porque aquello no es malo; pero evita de nombrarle a menudo para jurar en su nombre, por cualquier insignificante motivo; porque tened entendido,

que esto sí es malo; mas, si se trata de admirar sus obras, las maravillas que él ha creado y reconocer su inmensa grandeza y sabiduría infinita, nómbralo cuánto quisiéres y mereceréis su gracia; porque nombrarlo de tal suerte es ensalzarlo.

Sancho iba, no ya solamente curado de sus preocupaciones de condenación eterna, sino lleno de gozo, y dijo a Akiriel:–habéisme dicho, señor caballero Akiriel, que en el reino infernal, a dónde sin duda de broma habíame dicho vuestra merced que íbamos, me sería permitido casarme con una princesa y se me adjudicaría tierras de labor y otras ventajas que grandemente me contentaron; pero agora que nuestro destino es al sexto cielo, quisiera saber y yo suplico me digáis, si las mismas gangas tendré allá. Además, si en ese cielo existen otros reinos que mi señor Don Quijote pudiera conquistar con su fuerte brazo, a fin de que cumpla en darme el que me tiene prometido, o por lo menos una ínsula, en pago de mis servicios y fidelidad.

Pero Don Quijote no dejó tiempo para que el príncipe Akiriel contestáse a Sancho, y díjole:–eres demasiado ambicioso y pertinaz, Sancho, y pecas por simple; ¿qué reinos quieres tú que existan en el cielo capaces de apropiármelos y entregártelos a tí para que satisfagas tu ambición y codicia, si la gloria a donde la bondad y cle-

mencia del buen Dios nos lleva, está gobernada por El mismo?

—Dígolo, señor y amo mío, que bien pudiera haber allá malandrines y follones a quienes castigar, reinas viudas y desamparadas a quienes defender y devolver reinos, que los encantadores y gigantes les hubiesen despojado, y que Dios nuestro Señor permita, pero no solamente permita, sino aún mas, le encarezca y ruegue, que vuestra merced ejerza allá la profesión andante, y de igual manera que hizo en la tierra, desfaga agravios y enderece tuertos en el cielo.

—Pues allá veremos, Sancho,—respondióle Don Quijote, casi con despecho,—y sea como mande y disponga mi Dios y Señor; pero hacedme la merced de no marearnos con tus interminables discursos que sólo se reducen a ambición y codicia de reinos, tierras y riquezas, y no llenes de antemano tu pensamiento de ilusiones, que si bien pudiera ser se cumplan, también fallar pudieren; y sobre todo, has de abstenerte de molestar al caballero príncipe con tus repetidas impertinencias y falta de respeto a tan alta persona. Qué reino pudiera yo darte que tú gobernar pudieres, si la Insula Barataria de la cual te hizo gobernador el Duque, no la supiste gobernar a pesar de mis sabios y prudentes consejos? Acordarte debieras, Sancho, que conociendo tu necedad te anuncié que darías con la ínsula patas arri-

ba, y no me equivoqué.

—Señor–replicó Sancho–así mesmo debe vuestra merced acordarse, que entre otras razones discretas que le dije con motivo de ese gobierno, parecióle tan buena esta: "Si vuestra merced se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno". De suerte que, escuchándola, alabó vuestra merced mi cordura y dijo: "por Dios, Sancho, que por solo estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas". I qué dice agora vuestra merced, que tan pronto lo dice como lo olvida?. Pero si callar me manda, callado quedaré, y el señor príncipe me perdone las impertinencias, en razón de mi ignorancia. Aquí viene como de molde aquello que dicen, "la ignorancia es atrevida"; "dále la mano y se agarrará del codo". I ....

Iba a continuar el escudero ensartando refranes de suerte que principiando no tuviera cuando acabar y temiendo aquello Don Quijote, interrumpióle diciendo:–Por Dios o por la memoria de Teresa tu mujer, que buena vida haya, no nos marées, Sancho, con tus refranes y cuídate de decillos en el cielo, porque cairás en odiosidad y te tendrán por impertinente y necio; pues has de tener en cuenta, que a hombre tonto y charlatán, no hay quien le soporte por pacien-

te que sea la persona; y recomiéndote tengas esto presente, con el ítem más, que pocas frases bien dichas con cordura y prudencia, encierran cien veces más condimento y sustancia que un discurso de luengas dimenciones.

—Así prometo hacer en adelante–repuso Sancho–pero antes ha de permitirme vuestra merced–añadió con socarronería–decirle una mala expresión.

—Dí en buena hora, Sancho, con tal que sea corta y abreviada.

—Pues yo creí, señor mío, y de ello estuve firmemente convencido, que siquiera después de muertos dejaría vuestra merced de reprenderme, y héme equivocado. Ahora se me alcanza creer, que si al infierno fuésemos condenados los dos, si tal quisiese nuestra mala ventura, al punto de hallarnos hirviendo en pez o en aceite, que eso no sabré decirle, no dejaría de atormentar a esta cuitada criatura:–Sancho, no digas eso; Sancho, no pronuncies aquello; no ensartes refranes, Sancho, que me mareas y llegarás a hacerme perder el juicio; sin tener en cuenta que soy un rústico campesino que ni leído soy ni escribido: tal me conoció vuestra merced, cuando a su servicio me tomó, y no letrado ni fino. I digo más sin inferir ofensa: ¿no sería mejor que cada quisque diga como puede y sabe expresarse, y no martirizarme con re-

prensiones bramaticales y sofocarse porque encajo refranes siempre que vienen de molde?

Esto es lo que quise decir a vuestra merced, señor mío, antes de coser mis labios como resuelto estoy a hacerlo, en cuanto al cielo lleguemos y se me proporcione aguja y hilo, aunque mejor y más acertado creo, rogar a Dios nuestro Señor, que El con su poder, me haga sordo-mudo; pues así no podré decir refranes aunque quisiese, y hablaré solo en señas.

Don Quijote escuchó el discurso de Sancho sin inmutarse, cosa en él extraña; antes bien con una sonrisa al parecer divertida, pero rara en su carácter de natural irritable, respondióle:—He ahí Sancho; asegurarte he, que has pensado como un filósofo, y antes que reproche de mi parte, aplauso y apoyo merece tu sabia resolución, de hacerte sordo-mudo, o coserte los labios como ya lo hizo cierto santo que se llamaba Ramón Nonato. Yo mismo suplicaré de mi parte a Dios, te conceda esta gracia, y así viviremos en paz. Pero antes quiero decirte, que no vuelvas a decir bramaticales; porque debéis de saber que no es bramática sino gramática. I agora puedes hacerte lo que quisiéres, que yo me felicitaré por tan prudente acontecimiento.

VII

Abstraídos en semejantes donosas y no raras pláticas, llegaron sin caer en la cuenta, muy cerca de un lugar en el cual elevábase una enorme cordillera, de la cual desprendíanse reflejos tan poderosos, más que los del mismo sol, a los cuales fuéles imposible a Don Quijote y Sancho, resistir, quedando los dos como cegados al contemplar tan rara maravilla. Entonces, Don Quijote, dirigiéndose a su escudero, exclamó:–bendito sea por toda la eternidad, oh Sancho el bueno y poderosísimo Dios, autor de tantas sublimes maravillas, y que tan señalados favores derrama sobre nosotros con liberal munificencia. Albricias doíte y tú dármelas debieras por la distinción que con nosotros ha querido hacer, mandando a este gallardo y noble príncipe, para que nos conduzca a la eterna Gloria. Ten de seguro, amigo, que esta luz resplandeciente que ciega nuestros ojos, se desprende de los del Ser Supremo. Díme, no te parece a tí lo mismo?

A lo cual respondió Sancho:–conforme al parecer de vuestra merced, es el mío, y fúndome, en que el caballero Akiriel por su calidad y buen parecer, no puede engañar a nadie, menos a un poderoso Caballero Andante. Ha dicho, que al cielo somos destinados y vivir en él no nos pesará.

I pláceme ir al cielo.

—I agora tienes confianza, Sancho?–interrogóle Akiriel.

—Qué me sobra–contestó el escudero–porque en ese otro mundo seré lo que nunca pude ni jamás podría aún viviendo mil años, ser en la tierra.

Don Quijote, al contrario, púsose cabiloso y desconfiado, y dijo:–si no es molestaros en demasía, caballero Akiriel, ruégoos seáis servido decirme, si en realidad vamos al cielo o habéis usado de una broma; pues, en caso contrario, irme he con satisfacción y contento, cualquiera que fuese el lugar que se nos señale a mí y a mi escudero, sea el purgatorio o el mismo infierno.

—No tardaréis en convenceros de la verdad de mis palabras,–repuso Akiriel:–Aquí en esta cordillera que véis principian los vastísimos dominios del sexto cielo, y holgárame grandemente que os fijáseis en los materiales que forman aquella enorme y colosal mole que se extiende por billones de billones de leguas, rodeando el inmenso planeta.

—Planeta habéis dicho, señor Akiriel?–interrogó Don Quijote. De tal suerte que el cielo es un planeta?.

—Un planeta es–repuso Akiriel, pero de tan grandes dimensiones, que bajo su bóveda giran todos los demás mundos en el infinito espacio, cuyo número se calcula en

billones, siendo tan grandes, que el mismo sol que es uno de los más conocidos y admirados en la tierra, apenas parecería un granito de mostaza, comparado con la inmensidad de otros. Figuráos, pues, por lo que os digo, cuál será la extención del cielo, teniendo además en consideración, que de un astro a otro media muchos millones de leguas; de tal suerte que, de la tierra para llegar a alguno de aquellos mundos, no bastarían cuatrocientos mil años con la velocidad con que la luz camina.

En ese momento, ya sea por arte de prodigio o por una ley natural, aquellos resplandores de vivísima luz que a los viajeros cegaba, atenuóse tanto, cuanto que, les fué posible poder contemplar y apreciar el material de que aquellas enormes cordilleras estaban formadas.

—¡Oh Sancho, oro puro y muy puro con incrustaciones de diamantes, esmeraldas, zafiros, topacios y todo género de piedras preciosas, es el material de que esta inmensidad está formada. Maravillado y atónito me tenéis, ¡oh príncipe, de tan sublime maravilla! Oh poder inmenso de Dios, cómo ensalzar podremos tu sabiduría y grandeza! I tú, Sancho, habéiste figurado, pero no digo figurado, porque tú no eres para figuraciones, por vuestros cortísimos alcances; digo, habéis soñado en vuestra codicia, en montañas de oro y pedrería tan grandes como

millones de millones más que nuestro planeta terrestre?

Extático y como anonadado encontrábase el escudero en aquel momento, y respondió:–la verdad desnuda he de decirle, señor Don Quijote, sin añadidura ni embuste: cierta noche que me acosté con hambre y bien molido por el cansancio del trabajo, soñé que era yo un fidalgo con hacienda y casa, que de sobra tenía para los menesteres de la vida; que descansado y sobradamente vivía, pero cuando recordé de tan lindo sueño grande fué mi pesar al acordarme que nada teníamos que mandar al estómago, mi mujer Teresa, mis hijos y yo, y que no quedaba otro recurso que correr al mercado para vender el hilo que ella había hilado, o el rucio. Nada más he soñado, y vuestras mercedes me perdonen.

—Ni el príncipe Akiriel, ni Don Quijote pudieron contener la risa, al oír a Sancho con su simpleza característica, pedir perdón por no haber soñado cosa de más bulto. Don Quijote preguntóle con hilaridad:– y cuál de las dos mercaderías vendiste, amigo Sancho?

—Se me hizo doloroso vender el rucio que era como mi compañero y amigo, y decidí baratear el hilo y comimos. Después Dios proveyó, y seguimos tirando la vida, unas veces hartos y otras a medias.

Luego volviéndose hacia el príncipe Aki-

riel suplicóle:—Oh gran príncipe: pediros quiero un favor, si no lo tuviéres a mal; y es que, en cuanto podáis, me hagáis la merced de hacer trasladar al mundo unos pedazos de estas rocas, encomendadas para Teresa mi mujer, diciendo que le envía su esposo Sancho; porque entonces, con tal riqueza, Sanchica mi hija podrá elegir por esposo al más grande de los reyes, si así lo quisiere, y lucir en las cortes sus donaires y fermosura. I si fuere de vuestra voluntad enviar en mi propio nombre otras remesas encomendadas para el cura, el Bachiller y el barbero, doble gratitud tendría vuestra merced de mi parte; pues sabrían ellos que Sancho tiene en este otro mundo, oro y piedras preciosas para mandar a obsequiar. I dirigiéndose a Don Quijote, añadió:—vuestra merced, señor mío, por qué no solicita la misma gracia para mi señora Dña. Dulcinea del Toboso?

—Simple eres en verdad, Sancho, y no sólo simple sino que en tí encuentro inclinaciones para tonto; cómo te figuras, infeliz, que la señora de mi pensamiento, la sin par Doña Dulcinea, necesite de tesoros, cuando los muchos que ella posée, debidos a su alta alcurnia y linaje, todos los desprecia y los dejará en breves días, en razón de que su dolor y sentimiento, por la inesperada muerte de su caballero, no le permitirán a su delicadeza sobrevivirme? Esto previsto por

mí de antemano, es que he rogado al señor príncipe, me haga la muy señalada gracia, de alcanzar del Padre Celestial, que envíe una comisión, para que en triunfo sea conducida, con los honores que la digna emperatriz de la Mancha se merece, a dó more su rendido y fidelísimo Caballero de los LEONES; y postrarme he ante mi bueno y clemente Dios y de cuantos arcángeles, querubines y santos influyentes hubieren en el cielo, para alcanzar esta merced. Y alcáncela yo, porque sin ella, por más altos y gloriosos que fueren los honores que a la grandeza y fama de mis hechos me tributaren, nunca podrán dar plàcer a mi espíritu contristado, por la ausencia de la señora de mi albedrío; antes bien se me alcanza, téngolo de seguro, que este Caballero Andante perdería todo su carácter, bríos y energías; porque he de repetiros, oh príncipe, para que vos y el mismo cielo lo sepan, que mi señora y dueña constituye la vida misma, de este nunca jamás bien alabado Caballero Andante; porque su valor temerario, su fuerza, su talento despejado y su mucho juicio y cordura, perdido habrá si perdida fuere para él su fermosa y fiel señora.

El príncipe Akiriel que le escuchó divertido, repuso:-tal como es vuestro noble deseo, se hará, SEÑOR DE LA TRISTE FIGURA, si como habéis manifestado, vuestra sin par

señora Doña Dulcinea, modelo de discreción y flor de delicadeza, no pudiese por su mucho dolor y aflicción, soportar vuestra muerte; pero al fín, como no se debe fíar en lo absoluto en la lealtad, de las mujeres, y vuestra señora quizás dominar pudiese su pesadumbre y no muriere tan pronto como lo esperáis, lo que Sancho os aconseja se hará, si tal lo quisieres, enviando en vuestro nombre a tan alta emperatriz, hasta cien carros o más, cargados de oro, piedras preciosas y otros primores y maravillas nunca vistas ni conocidas en el planeta terrestre.

—Eso no–respondió Don Quijote–que por notables y extrañas que sean las joyas por su finura, y extraordinarias las riquezas que se enviasen, conocidas y no raras serán para ella; porque quiero que sepáis, señor Akiriel, que la señora mía juega y se entretiene en sus momentos de solaz y pasatiempo, con perlas y diamantes del mejor y más puro oriente. Su capricho es tal, que a las rarísimas y bellas aves que por diversión y entretenimiento conserva, obsequios valiosísimos de príncipes poderosos de todas las regiones del universo, suele alimentarlas con perlas finisímas y escogidas. Pero si tal no fuese, tampoco consentiría en enviarle, porque las demasiadas riquezas y boato, perjudican de varias maneras, y el oro suele las más de las veces servir de dogal al bienestar de quienes lo poséen en demasía. De

este sentir soy yo y no me apearé aún cuando Sancho porfíe, porque, más quiero que la señora mía posea tesoros de virtudes, discreción y talento, que añadir a sus muchas riquezas otras mayores que de nada le servirían. Así, os ruego, generoso príncipe, que declinéis la merced en obsequio de mi señora y obréis solamente en favor de Sancho, que aspira a que Sanchica su hija, sea reina.

Sancho añadió:–Yo digo y no creo ir muy errado, que hasta Teresa llegaríase a casar con un duque o por lo menos con un conde; y si tal sucediese, que buen provecho le haga, y cásese en buena hora, cien veces y otras ciento, que a Dios gracias, ni celos me dá y ni Teresa los tenga de mí si supiere que en el cielo he contraído segundas nupcias con una princesa de las más altas y bellas; y cada cual viva feliz por su lado, que yo por mi parte oro tendré a montones para mi gasto, y ni de placeres me privaré ni haré melindres, puesto que harto de privaciones corporales he vivido en ese planeta que llaman tierra, mundo o lo que fuérede, del cual, quiera Dios no vuelva a acordarme después de enviada la remesa que obsequiar deseo por sentimientos filiales, para que no se diga allá, que Sancho es ingrato; que en la grandeza de su nueva posición y prosperidad olvida a la mujer que le dió la

iglesia y a los hijos que engendró.

—Eres sandio, Sancho, y más que sandio vil; dígote, porque en todos tus decires expones tus menguados sentimientos de villano y muestras tu alma grosera de plebeyo. Aún estoy por añadir que, si por un acaso llegares a ocupar en el cielo alta posición superior a la de vuestro amo y señor, de temer tendría yo, según esa tu moral y proyectos que sin reboso habéis manifestado, que olvidáseis lo que a mí me debes, me hicieséis ofensa y aún me dieses un puntapié en las posaderas; porque habéis de saber, que, gente conozco yo de tal condición e índole, que de tal suerte han procedido con sus protectores y amigos,a quienes su exaltación han debido y no me maravillaría que tal tú hicieses. Hágote saber, amigo, que me descorazonas y aflijes con esas tus tendencias que revelan torcidos sentimientos; pues, tengo para mí, que si amorosa y tierna fué tu mujer, si fiel te fué Teresa y no te faltó ni ofendió, blanda y amorosamente deberías acordarte de ella y hacer memoria. Cosa igual y aún mayor digo de tus hijos, que amándote nunca te ofendieron. Esto y no otra cosa cabe en un corazón noble y leal de esposo y padre.

—Sea en buena hora como vuestra merced me reprende y aconseja, repuso Sancho y así lo prometo hacer en adelante;

pero qué quiere que haga, pecador de mí, si ante tantas maravillas que mis ojos contemplan, con la idea de tener a mis alcances tanto oro que tomar pudiere a mi voluntad; tantos goces y placeres que el caballero Akiriel asegura haber para nuestro regalo, en el cielo a donde nos lleva, hánme debilitado los sentidos, se me ha revuelto el seso y las palabras se han escapado en tal forma que vuestra merced reprueba y corrige? Si a todo esto se aumenta los recuerdos de las hambres que padecí, los palos y las manteadas sufridas; que bastante roto, descocido y piojoso anduve en el mundo por amor a vuestra merced, como hijo de la mala ventura? Con todo, prométole enmendarme en mis palabras, enternecer mis cariños y reverdecer mis recuerdos para mi mujer y mis hijos.

—Ocasiones tienes, Sancho, de tal lucidez en tus discursos, que no tengo por menos que admirar tu discreción y racionalidad; muy bien te has producido agora, y enmendadas tus expresiones, enmendado has tus sentimientos. Así lo hagas en adelante, hijo Sancho, y Dios te bendiga para que las pasiones de la codicia, del fausto, de la soberbia, y acaso también otras ambiciones, no se apoderen de tí, y que, si muchas mercedes se te hicieren, gobernar sepas tu vida con modestia sin osten-

tación ni orgullo.

Durante estas entretenidas pláticas de caballero y escudero, el príncipe Akiriel no hacía sino callar y divertirse grandemente para no interrumpir tan sabrosos discursos y mucho contento y satisfacción hubiera tenido de retardar el viaje, por días y aún semanas, si en el cielo no se aguardara su llegada en compañía del caballero y del escudero, a quienes desde los mismos ángeles ansiaban conocer. Empero, Sancho, no quiso continuar sin antes imponerse por medio del príncipe Akiriel, cuál sería la distancia que del mundo les separaba, y disimuladamente lo quiso saber, expresándose así:—Creo y calculo, mi señor y amo—dijo dirigiéndose a Don Quijote—que en veinte largas horas que yo calculo desde que mi alma salió del cuerpo para morirme y que me entierren, como de fijo habrá sucedido, y me reuní con vuestra merced, y tomando en cuenta las demoras, con motivo de las pláticas, apenas habremos caminado unas veinte leguas. Sea servido decirme si vuestra merced calcula lo mismo.

—Don Quijote que fuera de los humos de la caballería que le hacían loco al remate, tenía mucho de cuerdo y prudente y no gustaba aventurar su opinión cuando de alguna cosa dudara, quedóse en silencio, pero el príncipe Akiriel que conoció a donde iba a parar Sancho con tal indirecta

pregunta, no pudo reprimir la risa por más que procuraba, y contestóle:–decid doscientos mil billones de leguas, Sancho, y todavía andaréis corto.

—¡Mi Dios!–exclamó el escudero–por tan luenga distancia hállome separado de mi pueblo, de Teresa y de mis hijos?. Pero por mi ánima que nunca conté más de ciento, y aún esto lo hacía en granos con grandes dificultades, y a buen seguro no se me alcanza cuántos pueden ser esos billones.

Entonces añadió Don Quijote:–una cosa monstruosa es, Sancho el número que el príncipe ha expresado; y válgame el Padre Eterno, caballero Akiriel, una distancia tan enorme habremos recorrido en tan corto tiempo por obra sobrenatural?; porque cabalgando hemos venido los dos en caballos, y Sancho en su rucio, y más bien a paso corto que no largo ni forzado.

—Como decís es la verdad, señor caballero:–es por la voluntad y poder de Dios; porque una distancia tal, ni montados en el mismo rayo, no la anduviéramos en muchos billones de siglos, y hemos atravezado los espacios infinitos, para llegar al cielo a donde ya vamos a penetrar.

—Si os es permitido, señor Akiriel, decidme, si en verdad el infierno se halla en el interior de la tierra.

Tal creencia o suposición de ciertas religiones que en la tierra existen, equivale

a suponer que el planeta tierra pudiera caber en un cascarón de nuez; porque si infierno existiere, de seguro que no sería tan pequeña cosa. I nada más puedo deciros por ahora-contestó Akiriel.

VIII.

Sancho a quien nada importaba ni los astros, ni el infinito espacio, y ya ni el infierno, y por sus cortos alcances no entendía gran cosa, sin poner atención a la plática que Akiriel y Don Quijote sostenían, dióse a la tarea de llenar en las alforjas de su cabalgadura, en los bolsillos de su traje y hasta en el seno de la camisa, el oro en polvo que en tal abundancia encontrara; y si cordeles hubiese tenido a la mano, en bolsas hubiera convertido las mangas y piernas de su vestido, sin embargo recogido y depositado que hubo todo cuanto pudo caber en aquellos depósitos, quedó como el lector puede suponer, tan ancho como largo, un cuadrilátero, contraecho y ridículo, mucho más que de natural era, y con el peso del metal, él y el rucio incapacitados quedaron de moverse. Verlo Akiriel y desternillarse de risa, todo fué uno. Verdaderamente a risa provocaba el buen Sancho, no tan sólo por el empeño que en tal diligencia pusiera, pues capaz era de ata-

carse el oro hasta en la boca, que a tal punto su codicia llegara. Pero no sólo Akiriel, sino nuestro caballero Don Quijote, no encontrándose fuerte para mantener la gravedad de su genio, rió estrepitosamente y haciendo superiores esfuerzos para dominar su hilaridad, díjole:

—Oh Sancho incorregible; siempre vivirás divorciado de la austeridad, virtud muy preciada y digna que hace grandes no sólo a los indivíduos sino a las naciones me maravilla esa tu condición inteperante, esa tu ansia loca y desmedida de bienes terrenos; eres incapaz de moderarte y restringir aquella funesta pasión que te domina, sin que te sirva para tu enmienda el ejemplo de tu señor. Sabed, amigo, y esta es la milésima vez que te repito, que, noble, desinteresada, liberal y ajena de hartazgos y vil avaricia es la caballería andante que tu tratas de afrentar en cualquier ocasión; porque, qué concepto formarán de tí que eres mi escudero, y con la fama que la historia pregona nuestros hechos inmortales al verte asomar al mismo cielo con esta traza tan ridícula, preñados tus vestidos de oro, de ese metal, que si es verdad, que gran valor tiene entre los humanos, también pudiera ser, créolo así, que en el cielo no valdría para maldita la cosa?

—Perdone vuestra merced, señor mío; que le diga- respondió Sancho-y aún le ase-

gure, que el oro siempre es oro en cualquier mundo a donde fuéremos, y en el mismo cielo, debe tener su valor y aprecio; y mucho podrá servirnos en casos apurados; más cuando mis padres me aconsejaron que "hombre prevenido vale por dos": "quien busca halla"; "gallina que escarba halla que comer"; "la diligencia es madre de la buena ventura"; y "quien tenga enemigos no duerma".

—Ahora despecharme querrás con tus refranes que ni vienen al caso–reprendióle Don Quijote–si por lo menos guardaran alguna relación con lo que tratamos; pero qué relación puede tener aquello de, quien tenga enemigos no duerma?. Por Cristo, que venga el mismo inventor de los disparates y ni él lo entenderá.

—Pues no lo diré más, señor mío, y amén–respondió Sancho. *Respeto* al oro, si lo quieren lo dejo; pero no se arrepienta, vuestra merced si en casos apurados ...

—Ante todo respecto has de decir–Sancho, y no respeto, porque son dos vocablos que tienen sentido muy diferente entre sí y carecen de analogía.

—Pues sea respecto–dijo, Sancho, acentuando la palabra; y como dice el dicho: "ande yo caliente y ríase la gente". I este otro: "a quien barbas le faltan recursos le sobran"; y, "quien con lobos se junta a aullar se enseña".

—Majadero, gritó inmutado Don Quijote-a qué viene eso de lobos . . . ; querrás ahora, infeliz desagradecido escudero, sustentarme en mis propias barbas, que todas tus sandeces y malas mañas con que me tienes trastornado los sesos, de mí has aprendido, y no buenos ejemplos de cultura, de cortesía y de buen decir, como he venido enseñándote?.

—Perdone vuestra merced, y no tome el rábano por las hojas; porque ignorante y todo como soy, de cuyo pecado bien sabe Dios que me arrepiento, a veces sé muy bien lo que digo, y así he de asegurarle que no fué mi ánimo ofendelle; sino qué, como me crié en el campo y tuve por compañeros y amigos a rústicos campesinos como yo mesmo, y no gente de calidad de quien aprender, y de esto no me desorno, a aquellos y no a vuestra merced aludí.

—Bien explicado está, Sancho; pero ten presente, hijo, que no es desorno sino deshonro; porque los panaderos deshornan el pan y los calumniadores con su corazón depravado y sus lenguas venenosas de víboras, deshonran, sin poder contener la vil pasión de la envidia, el egoísmo y el odio. Pero volviendo a lo que tratamos, insistes aún en llevarte ese oro metido en las alforjas de la albarda, y en todo tu traje, sin comprender que allá en el cielo es un metal inútil, y quieres presentarte cuadrado

como un mamarracho, dando motivo para que se rían de tí y de mí como de dos personas ridículas? Y digo de mí, porque con razón creerán que por órden de tu amo lo llevas y me tendrán por codicioso y avaro.

Después de mucho divertirse con lo que pasaba entre amo y escudero, intervino Akiriel y dijo:

—Verdad es Sancho cuanto tu amo ha dicho, porque de nada sirve el oro en el cielo; pues todo lo tendrás en tal abundancia que nada habrás de envidiar a los más poderosos que en el mundo conociste, y antes tenerles has compasión; porque parecerán unos pobres en relación a la abundancia que disfrutaréis.

—Con tal advertencia, Sancho se desembarazó del oro que llevar quería como elemento indispensable para las necesidades de la vida celestial, de lo cual no tuvo que arrepentirse allá; porque cosas asombrosas y jamás vistas ni oídas, habían de probarle de la inutilidad del metal preciososo en la gloria, como más adelante verá el lector.

Libre ya el escudero, de aquel enorme peso que sin movimiento le tenía; después de vaciar las alforjas de su cabalgadura y los bolsillos de sus vestidos con no poco sentimiento y suspiros, que por su codicia sufría, anduvieron hacia uno de los flancos

de la cordillera, por el el espacio de un segundo avanzaron algunos millones de leguas, hasta que, con indescriptible asombro halláronse en la gran puerta, del cielo ante la cual, caballero y escudero lanzaron una exclamación de sorpresa y quedáronse extáticos a la vista de las maravillas que contemplaron. La puerta hallábase practicada en la cordillera que hemos descrito, tenía de ancho unos cien metros por unos ciento cincuenta de alto, con dos hojas de oro purísimo, de un arte tan espléndido como obra de la misma divinidad, y llena de enormes emblemas tan primorosos y significativos, combinados entre oro y plata de diferentes tonos, y guarnecidas de piedras preciosas, tan puras y tan grandes. que una sola de aquellas podría valer lo que el mundo todo, inclusive la riqueza de sus mares: cinceladuras, altos y bajos relieves de un acabado artístico jamás por la mente humana concebida, ni aún en las fantasías del sueño. Sobre el ancho capitel de la portada, una estatua enorme como de unos mil metros de altura representando al Dios único y poderoso, con tres caras diferentes, se destacaba entre poderosos destellos de luces de polícromos colores emanados por las piedras que las guarnecen simulando lámparas conducidas por millares de ángeles, rodeaban la estatua del Todopoderoso.

La cara del frente representaba la de un joven hermosísimo de piadoso continente, de

cuyo pecho desprendíanse vivísimos fulgores de una luz suave y divina significando el amor ardiente que para todos los hombres y las cosas tiene con los brazos extendidos en actitud de abrazar todo lo creado. La de un extremo representaba un hombre como de treinta y dos años con la hermosa y dulce fisonomía de Jesús, de suma bondad, amor y misericordia, y la del otro extremo la de un anciano grave con la mirada fija en el infinito espacio y las manos en actitud de dirigir y hacer girar los astros y planetas, es decir el movimiento de todo lo creado; significando las tres caras de la estatua en conjunto: que Dios es siempre nuevo y es eterno; que su amor y misericordia alcanza a todos los seres; que su bondad es infinita; su poder absoluto, su sabiduría única y eterna; y al pié de la enormísima estatua, grabada esta inscripción con letras de rubíes de unos cuarenta metros de tamaño: ETERNO, SABIO, PODEROSO, AUTOR UNICO DE TODO LO CREADO.

Ya comprenderéis que hemos llegado a la puerta del cielo-díjoles Akiriel-Ahora venid y contemplad el espacio infinito. Don Quijote y Sancho, dotados ya de una poderosísima retina en sus ojos, cien mil veces más potente que un telescopio de los mejores, contemplaron el espacio a sus pies en todo el movimiento rotatorio de los planetas, astros y estrellas en sus órbitas en número de billones, entre los cuales veían estupefactos,

millares de soles infinitamente más grandes que el que a la tierra alumbra, y millares de lunas. Don Quijote quizo que Akiriel le enseñase la tierra y encarecióle le hiciese aquella merced.

—Ved, le dijo el príncipe celestial:-ahí está el mundo de donde habéis venido. Don Quijote miró y no pudo contener esta exclamación:-¡Oh dulce señora y dueña mía; ¡oh fermosa emperatriz del Toboso, ejemplo de recato, discresión y prudencia; quién me diera poder para volar por los espacios y conduciros hácia esta gloria para felicidad y contento de vuestro tan rendido y sumiso caballero. ¡Oh ingrata señora mía, quiera el cielo que el dolor de perderme os traiga presto a esta mansión, en donde vuestro caballero goza de justa y merecida fama por sus imponderables hechos. Venid, venid pronto, señora mía.

Sancho por su parte, suplicó también a Akiriel, no ya tan sólo que le enseñase el mundo sino más aún, que le hiciese ver su pueblo, a Teresa su mujer, a Sanchica y sus demás hijos y al cura, al Bachiller y al barbero.

—Mucho es lo que pedís, hermano Sancho, contestóle el príncipe-y siento no tener ese poder para complaceros.

Akiriel postróse ante la inmensa estatua que a Dios representaba y los dos le imitaron, y elevó esta plegaria que ellos repitieron:-ETERNO, SABIO, PODEROSO, BUENO, JUSTO,

MISERICORDIOSO, AUTOR DE TODO CUANTO EXISTE Y EXISTIRA POR LOS INFINITOS SIGLOS; ANTE VOS NOS POSTRAMOS HUMILDES Y RENDIDOS. BENDECIDNOS, SEÑOR, DIOS UNICO, INCOMPRENSIBLE Y ETERNO.

Don Quijote improvisó una oración que muy bella y propia de su inteligencia en sus momentos de lucidez cuando no estaba poseído de la influencia loca de la caballería andante ha debido de ser; y luego dirigiéndose a Sancho' díjole: ¡Oh Sancho, tu también eleva tu plegaria por propia cuenta al Dios único y bondadoso.

—Señor,-contestó el escudero-pero qué podré decir, infeliz de mí, yo, pobre rústico campesino, al mismo Dios que nos vé y nos escucha? Si vuestra merced no me dicta, el mismo Dios se reirá de mi simpleza y ignorancia.

—Pues dí, Sancho, lo que te dicte tu corazón, o lo que buenamente decir pudieres, pero que salga de tí mismo.

Entónces, Sancho postróse a su vez y exclamó:-Señor Dios mío, amparad y acorred a Teresa mi mujer y a mis hijos, y acorredme a mí, perdonándome los pecados de glotonería y ingratitud y sandez de los cuales mi señor Don Quijote me acusa, amén.

—Muy bien dicho está, Sancho: cuatro palabras dictadas por el amor y el temor a Dios y nacidas de la fé y la confianza en su misericordia, plegaria es magnífica que Dios

escucha complacido y la acepta.

IX.

Las enormes y poderosas puertas abriéronse como por encanto y nuestros viajeros entraron en una calle del mismo ancho y alto de la puerta, de unos dos kilómetros de longitud, embellecida por infinidad de árboles y palmeras que vegetaban en vasos enormes de oro macizo, formando la extensa avenida que conducía al cielo. El suelo hallábase cubierto de polvo de oro finísimo. Sobre las palmeras, los arbustos y los árboles que ostentaban rarísimas y lindas flores, revoloteaban infinidad de aves de formas tan primorosas y bellísimo plumaje y con sus cantos armoniosos formaban una encantadora orquesta de suaves y sentidas notas. En el centro, equidistnte unas de otras, espléndidos surtidores de esmeraldas, rubíes, topacios, y otras piedras preciosas, elevaban formando lindos y vistosos juegos, a gran altura sus aguas, como líquido diamante de pureza deslumbradora, y en las fuentes jugueteaban lindos pececillos de colores y brillo metálicos.

Al llegar a la primera fuente, díjoles Akiriel:–aquí tenemos que darnos el baño purificador para que penetrar podamos en la gloria eterna–. Así lo hicieron, y Don Quijote y Sancho, sintieron un placer tan grande tan

extraño y divino, que parecía que la misma dicha había en ellos penetrado. Saltaban de contento con la inocente travesura de niños, y de fijo, habrían quedado perfectamente rejuvenecidos y vueltos a su juicio y lucidez, si el propósito de Akiriel, no hubiera sido el de presentarles con sus indumentarias, edades y trazas características, tales como en el mundo fueron, caballero y escudero, cabalgando en el Rocinante, el rucio y armados con el traje que la curiosa y verídica historia cuenta, en el ejercicio de su profesión: Don Quijote con la lanza, la espada mohosa al cinto, la adarga, el yelmo de Mambrino y más ingeniosidades de su desequilibrado caletre.

Hemos dicho que Don Quijote y Sancho saltaban poseídos de un placer extraordinario después del baño purificador, cosa que dió mucho contento y motivo de que reír al príncipe Akiriel, que contemplaba divertido a aquellos dos hombres de figuras tan opuestas haciendo cabriolas: flaco el uno, apergaminado, alto y esbelto como un junco; rechoncho, el otro y de bajo cuerpo, con su fisonomía de simple campesino, eran entre sí una antítesis poseídos ambos del genio del placer.

El caballero de la TRISTE FIGURA, que entonces y mejor cabíale tal mote, hallándose como se hallaba en cueros, no quiso perder ocasión de pronunciar un discurso que en su

pensamiento danzaba, y se expresó de esta manera:—

Admirado, y más que admirado, maravillado estoy, señor caballero, del nunca por mi esperado placer que estas portentosas aguas producen, que han dado a mi espíritu singular alegría y parece he vuelto a mi niñez, aún siendo viejo como soy, y no obstante mis achaques y pesadumbres, devolviendo a mi cuerpo elasticidad, a mis miembros soltura y al alma y al corazón alegrías tales, que la tristeza háme abandonado como por obra de encanto. Tan extraño cambio experimento en mi humanidad, que no puedo sino atribuír al baño, puesto que Sancho y yo hemos experimentado idénticos efectos, y muchas ganas nos dá de hacer cabriolas como en la dichosa edad de la niñez, tiempo ha pasada. Seáis servido de decirme señor príncipe, son éstas las aguas de Loteo? Habeisme dicho que es el baño purificador, pero a fe de quien soy, os aseguro, que no sólo me encuentro purificado sino rejuvenecido, limpio de todo mal, ajeno a toda tristeza y lleno mi espíritu de un bienestar que mis pocos alcances no aciertan a definir este grande prodigio. Decidme, Sancho, habéis tú experimentado lo mismo?

—Por mí sé decir, respondió el escudero, deseo me dá de saltar y como vuestra merced ha dicho, de continuar haciendo cabriolas y piruetas; porque tal es la alegría de

que estoy poseído y la agilidad y contento, que me siento mozo. Quiero volver a sumergirme en estas santas aguas que según entiendo y siento, no sólo purifican sino que lo tornan niño y dan tanto placer, que en mi alma ya no cabe el gozo. Diciendo esto, Sancho, tornó nuevamente a sumergirse en la fuente purificadora; imitóle Don Quijote al punto, con tanto placer, que realmente por su agilidad y travesura los dos parecían niños.

—Habéis, señor caballero, experimentado los maravillosos efectos que estas aguas producen, y en verdad rejuvenecen y vuelven el placer al espíritu, y yo complázcome de esto grandemente, porque ya iréis comprendiendo lo felices que seréis en el sexto cielo, puesto que esto no es sino el principio de una dicha sin nombre reservada para los buenos.

—Dios Nuestro Señor, con su inagotable piedad y misericordia, perdone nuestras culpas, y aunque pecadores, derrame sobre nosotros sus bondades-repuso Don Quijote.

Yo digo lo que mi amo dice, añadió Sancho; con el ítem más de que, si pecador he sido, mis pecados fueron pocos y no otros que la gula con que mi amo me afea siempre que conmigo se impacienta; aunque estoy por creer que ni por tal he pecado; porque si es verdad que bastante

y con harta satisfacción solía comer, eso debía ser, porque mi estómago bien lo necesitaba y no por glotón; pero si realmente fuere pecado, Dios me perdone, porque enmendarme prometo en adelante. También un poco embustero y bellaco, y creo que lo he sido, porque mi señor Don Quijote, así me moteja y alguna razón debe de tener; pero en cambio, no he robado, no he matado, no he levantado testimonio y Dios me bendiga y perdone, porque purificado soy ya y enmendarme prometo para gozar en el cielo de la eterna felicidad; porque, como dice el dicho: "quien bien principia bien acaba"; " quien te llama no te engaña"; "a quien se humilla Dios le ensalza"; "a Dios rogando y con el mazo dando"; "quien vientos siembra tempestades cosecha", y otro más; "quien bien te quiera te hará llorar" .....

—Sancho, Sancho, por Dios, detén ese frenesí de refranes que te hace desbarrar y decir dislates que rayan en tonterías.

—Dicen, señor, que la lengua no tiene hueso y estando en un lugar tan húmedo como está, y más con el placer que siento por el baño purificador del Teteo como vuestra merced lo dijo, se resbala, sin que yo se la mande ni permita, y no es mía la culpa si ella se siente feliz hablando, y amén.

—No he dicho Teteo sino Loteo y aquello no fué sino una pregunta, Sancho.

Luego continuaron el camino encontrándose en menos de lo que dura un suspiro en el comienzo de la gran ciudad del cielo, ante cuya belleza y esplendor, caballero y escudero quedáronse abismados, no solamente por lo primorosa de ella, sino más aún, por el aparato de fiesta que presentaba, el júbilo y contento de sus moradores y las exclamaciones repetidas de simpatía con que acogieron a Don Quijote y Sancho, y en la traza y figura con que se presentaron: Don Quijote caballero en Rocinante, armado de su larga lanza, adarga y peto y lo que es más la vacía de barbero que él creía ser legitimamente el yelmo de Mambrino y Sancho caballero en el rucio, gordo y rechoncho de carnes, barbado y con su cara de simple campesino.

Akiriel que vió el aturdimiento en que Don Quijote se encontraba, díjole:

—He aquí la gran apoteosis con que el cielo quiso obsequiar a la nata y flor de los caballeros andantes el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, llamado al principio EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, y después conocido con el mote de CABALLERO DE LOS LEONES, por haber triunfado de aquellas fieras, mediante su singular valor y la pujanza de su fuerte brazo. Su caballerosidad y heroísmo y el perfecto conocimiento de su singular historia, de sus grandiosas hazañas, su hidalguía y el espíritu de justicia puesto en práctica en defensa de los menesterosos y

desvalidos, han llenado de admiración este reino celestial, en el cual no hay individuo que no lo admire y ame.

Mayor fué el aturdimiento de nuestro caballero al escuchar este discurso, y profirió estas exclamaciones:

—Loado y mil veces bendecido, sea mi Señor y Dios, que de tal suerte ha querido recompensar las fazañas y fechos caballerescos del más humilde de sus servidores, permitiendo que aquí en el sexto cielo, se le aplauda y glorifique, por haber ejercido la más grande, noble y virtuosísima profesión de Caballero Andante, tal como lo ejercieron con celo irreprochable, Don Amadís de Gaula el insigne, Don Amadís de Grecia, Don Palmerín de Inglaterra y muchos otros espejos de caballeros andantes, por su valor y justicia nunca jamás desmentidas. Humillado y contrito, he de pedirle a mi buen Dios la grande merced, que espero alcanzar de tan Suma Bondad, que revista mi espíritu de grandes virtudes y fortaleza para no ensoberbecerme con tan altas manifestaciones en mi honor hechas; que tan lisonjeros tributos no tuersan mi modestia, y la vanidad y el orgullo no me avasallen; porque tan alta gloria, nunca en jamás de los jamases se me hizo en el mundo, durante el noble ejercicio de mi profesión, que pusieran a prueba mi discresión.

Sancho que no perdía ocasión de meter

basa en todo, embargado de entusiasmo por la manifestación que a su señor se hiciera, añadió dando gritos:

Al contrario, solo palos y maltratos ha recibido mi señor y amo, y habérsele tenido como loco, en recompensa de tantos favores obrados, enderezando tuertos y desfaciendo agravios y desaguisados. Y la sobrina y el ama fueron las primeras en afirmar que mi señor se hallaba loco y perdido del juicio, y después el cura, el Bachiller y el barbero. Y agora viene como de molde el dicho que dice:—"la deshonra sale de la propia casa"; y este otro que no me dejará mentir:—"para que la cuña sea buena ha de ser del mismo palo".

—Si, Sancho,—repuso Don Quijote—solamente palos y maltratos; pero habéis de saber, oh discreto escudero, que aquellos son los gajes de mi noble y humanitaria profesión, y que sin el por qué de tales pesares y sufrimientos de abnegación y desinterés, no cabe mérito, inmortalidad ni gloria. Muchas afrentas y escarnios padeció nuestro señor Jesucristo, de parte de la humanidad a la cual quizo redimir, y aún la muerte, pero el género humano que le abofeteó y escarneció, hoy le glorifica y bendice, como a su salvador y Dios; porque dígote, Sancho, y tenlo por verdadero: "que no hay redentor sin calvario", y que a tales pruebas estamos condenados aquellos que tomamos a pechos las buenas

causas en favor de la humanidad, como enemigos de la sinrazón y sacerdotes de la justicia.

Después de este discurso, caballero y escudero precedidos por muchos carros de triunfo alados por cáurigas de hermosísimos caballos de tamaños, figuras y colores extraordinarios, acompañados siempre del príncipe Akiriel, continuaron paseando las calles en las cuales se habían levantado arcos de magnificencia tal, que el oro, la plata y la fina pedrería eran el material en ellos empleados; pero de tales proporciones en sus tamaños, que no cabe encarecer, pues ellos correspondían a la anchura de las calles las cuales eran de unos doscientos cincuenta metros, y a la altura de las casas que excedían de mil, cuyos edificios destacábanse soberbios; de los balcones y galerías presenciaban la feliz llegada de nuestro caballero Don Quijote, millones de millones de habitantes celestes. Bandas invisibles de divina música festejaban la llegada, y millones de ángeles cerníanse en el espacio entonando cánticos en su honor; y Don Quijote, caballero en su flaco y como él apergaminado Rocinante, con su gravedad acostumbrada, el yelmo de Mambrino en la cabeza, la adarga y la lanza y toda su graciosa indumentaria de armado caballero, saludaba cortesmente con venias de agradecimiento las demostraciones de simpatía hacia su persona hechas.

Sancho imitaba a su señor de la misma manera. Una luz vivísima más que la del sol, pero suave y azulina bañaba la ciudad; el ambiente tibio estaba embalsamado de perfumes embriagadores que comunicaban un placer infinito al espíritu. Legiones numerosas de ángeles y serafines resplandecientes con sus alas de diamante, de rubí y más piedras preciosas asomábanse con sus cabecitas rubias como el oro, gritando: "Bien venido sea el sin par y valeroso Caballero Andante Don Quijote de la Mancha, representante de la justicia en la tierra, y su fiel escudero Sancho."

En la primera esquina detúvose el desfile y tomó la palabra Demóstenes en representación de los oradores griegos, desde el espléndido carro en que iban, encomiando las bellísimas virtudes del caballero Andante, y la fidelidad y abnegación de su escudero. En la siguiente esquina habló Cicerón en representación de los oradores romanos. Luego en el carro de los filósofos púsose en pie Platón y habló largamente enalteciendo los méritos, virtudes y gran filosofía de Don Quijote. En el mismo carro iban también Aristóteles. En otro carro los escultores y pintores griegos y romanos, Praxiteles, Pánfilo, Apeles, Fidias, Miguel Angel, Rafael, Policletes, Zuexis, y otros muchos y tomó la palabra Praxiteles. Otro carro conducía a los más grandes guerreros y en él iban Alcibíades, Milciades, Aquiles, Temístocles, Arís-

tides, los Gracos y tomó la palabra Alejandro Magno. Homero y Píndaro improvisaron cántos épicos admirables, desde el carro de los poetas. Solón llevó la palabra en representación de los legisladores. En el carro de los reyes habló Constantino, en el de las poetisas, Safo; en el de los gobernantes sabios y justos Foción.

A Don Quijote le extrañó no ver entre tantos hombres notables al divino Sócrates; preguntó por él y le respondieron que Sócrates era el Ministro favorito de Jesús quien regía el reino del sexto cielo y que a los dos los vería después.

Luego condujeron a nuestro Caballero Andante a los Campos Eliceos en donde se le tenía preparado un banquete de muchos millones de cubiertos, entre las hermosísimas avenidas y habló entonces larga y sabiamente agradeciendo los admirables honores y agasajos con que había sido recibido. Muy sesudo ha debido ser el discurso de Don Quijote cuando fué aplaudido por tantos sabios y filósofos.

En el banquete se sirvieron manjares tan deliciosos y bebidas nunca en el mundo conocidas, pero que tenían la virtud de dar gusto al paladar, placer al alma y sin ocupar campo en el estómago se disipaban inmediatamente como el éter. Eran servidos por manos invisibles.

Pero lo que más admiración y placer

causó a nuestro Caballero Andante, fué, que en todo el cielo no se hablaba otro idioma que el castellano. Comunicó su admiración al filósofo Platón a cuyo lado se encontraba honrado, Don Quijote, y éste respondió: el idioma castellano es el del cielo y el Creador ha hecho merced a España y sobre todo a Castilla haciendo que se hablase el celestial idioma que es todo elocuencia, música y poesía.

El contento que tuvo fué extraordinario al saber que el idioma de su patria era el dulce y fluído que los ángeles y los elegidos por el Todopoderoso lo hablan, y tuvo un motivo más para extenderse en su discurso y las consideraciones que en él hiciera acerca de ese punto fueron muy hermosas. En efecto, habló Don Quijote con tal discreción, sabiduría y elegancia de tantas materias, que ya no parecía un loco, sino un filósofo muy cuerdo y profundo; y tal era cuando el tema de la andante caballería no iba a nublar y descomponer su entendimiento.

En efecto, se descompuso al tratar del tópico de la justicia y entusiasmado el caballero Don Quijote, elevó la voz, sus expresiones fueron más vibrantes y ardiendo en indignación contra los follones y los malandrines que tuercen la justicia, insultan la equidad y convierten en derecho la fuerza, principió a hablar de viudas despojadas de sus reinos y haberes, de huérfanos inermes, de las edades de

oro y de la andante caballería: y ahí fué lo de nombrar al famoso Don Amadís de Gaula que resplandeció por su valor y justicia; al discreto y nunca bien encomiado Don Palmerín de Inglaterra; al muy cuerdo, acomodado y manual Tirante el Blanco; al más galán y comedido Don Lisuarte de Grecia; al más acuchillador y acuchillado, Don Bellanís; al más intrépito entre todos los caballeros andantes y por andar Don Perión de Gaula; al espejo de los acometedores en peligros, Don Félix Marte de Hircania; al espejo de los más sinceros caballeros, Don Esplandián; a la flor y nata de los intrépidos y arrojados, Don Cirongilio de Tracia; al bravo de los bravos, Don Rodamonte; al muy prudente y discreto, el rey Sobrino; a Don Reinaldos el atrevido; al invencible Don Roldán; al más gallardo y cortés Don Rugero, y una interminable letanía de andantes que en su memoria los tenía presentes como gloria y espejo de caballeros. Luego dió por nombrar a los gigantes sin escapar a Goliat; al gigante Morgante y otra caterva; a los doce pares de la Francia y los nueve de la fama; a los encantadores y poetas; a las damas de los caballeros andantes, hasta terminar con Angélica la bella y Doña Dulcinea del Toboso la dulce tirana de su pensamiento y albedrío. I aún se extendió a la santa y noble obligación que incumbía a los caballeros andantes, de enderezar tuertos; de amparar a las viudas, desagraviar a las doncellas ofendidas en su

honor y recato y un sin fin de obligaciones y derechos de tan alta y noble profesión.

X

Tal discurso con semejantes razonamientos confirmaron en el cielo, que Don Quijote era un loco extraordinario, pero que aquel género de locura provenía sin duda alguna, de su gran espíritu de equidad y justicia, del amor grande y entrañable que tenía por los desgraciados y desvalidos; y que el deseo ardiente de ser útil a la humanidad, le hizo perder el juicio y considerarse armipotente, capaz de habérselas en batalla con todos los jayanes de la tierra; con malandrines y bellacos; con follones y gigantes, todo con el noble y generoso fin de castigar desaguisados, enderezar tuertos, poner rectas las cosas y pesarlas en la balanza de la justicia. Cuando en sus ratos de lucidez desaparecía su locura, quedaba el hombre virtuoso, el sabio, el bueno, el humanitario sin resquicio de pasiones, recto, valeroso, heróico, constante en el amor casto, amante de la virtud y la belleza, pero parco, y a carta cabal, el caballero más cumplido y el hombre de bien sin tacha.

Platón que a su lado se hallaba, le escuchó con entusiasmo, admiró la finura de sus sentimientos, aplaudió su lógica y quitándole la parte ridícula del Caballero Andante, com-

prendió en Don Quijote, a uno de sus más grandes discípulos e imprimió un beso en la noble frente de nuestro caballero.

Don Quijote continuaba loco, y Sancho simple y sandio como en el mundo fueron, y los dos vestían su propia indumentaria que divertía a los habitantes del reino celestial, y reían de tan extraño género de locura, pero amaban en él al hombre de sentimientos y virtudes modelo.

Una cosa más extraordinaria aún le esperaba presenciar a Don Quijote, preparada para honrarle, y fué que viese representadas fielmente sus propias aventuras, por medio de un ingenioso aparato, desde la primera salida que de su casa hiciera hasta el final de su gloriosa historia o sea hasta su muerte: era un cinéfono que reproducía con la más acabada exactitud su propia persona y la de su escudero, sus mismas expresiones y voces juntamente con los lugares y paisajes por donde anduvieron. Al darse principio a la proyección, nuestro caballero, quedó aturdido al reconocer su propia casa y reconocerse en ella él mismo, a su sobrina y al ama: él entregado en cuerpo y alma a la lectura de sus muchos libros de caballería, soliloquiando y razonando sobre tal tema, y a la sobrina y al ama entregadas a los quehaceres domésticos.

—Oh Sancho, exclamó al reconocerse en la pantalla—o yo estoy en estos momen-

tos soñando, o ha sido trasladada a este cielo mi propia casa con todos sus moradores, enseres y animales? Ahí estoy yo, limpiando mis propias armas para mi primera salida; aquella voz es la mía propia; ahí está mi sobrina y aquella es el ama.

—Yo como vuestra merced, creo estar soñando– respondió el escudero, y no sé qué pensar de esta maravilla, sino es obra de encantamento.

—Tal creo también yo, o mucho me engaño, Sancho.

Continuó la proyección, y cada vez más asombrado Don Quijote, contempló su propia aventura con los mercaderes, reconociose en élla él mismo y escuchó su voz, cuando les dijo: "todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha." En cuya aventura vióse molido a palos por el mozo de mulas a consecuencia de la caída de Rocinante.

Luego presenció el escrutinio de sus libros de caballería, los diálogos sostenidos entre el cura, el barbero la sobrina y el ama, y la hoguera a la que fueron condenados en el corral y entonces se convenció que su aposento no fué llevado por los aíres por ningún encantador, como su sobrina le había asegurado, sino que mudaron la entrada, de cuya acciones se indignó nuestro caballero, diciendo a Sancho:–Has tú visto, Sancho, tan criminal

felonía? Convencido me hallaba, oh amigo, que en verdad el encantador Frestón fué quién por quererme mal, por envidia de mi gloria hizo desaparecer el aposento con los libros de caballería; pero mira y cerciórate que los encantadores no fueron sino el cura, el barbero, el ama y la sobrina. Ved con qué interés y anhelo se previenen destruyendo las obras de tantos y tan grandes sabios, autores de tan verídicas historias. ¡Oh profanos!

Viendo estoy, señor mío, y todavía no me convenzo de la verdad, o la historia que presenciando estamos, miente-repuso Sancho.

No miente la historia repuso Don Quijote-sino que aquí se cumple una vez más el refrán aquel que dice: "cría cuervos y te sacarán los ojos". Ved cual engañaron a vuestro señor, Sancho; pero asegúrote que si en el mundo hubiera comprendido y sabido este crimen de lesa caballería, cura, barbero, ama y aún la misma sobrina, caro habían de pagarme, tal desaguisado. I no te digo más

Don Quijote presenciaba su propia historia, lealmente reproducida en sus mejores detalles, viéndose él mismo y escuchando su propia voz y la de Sancho, y fué mayor el asombro que los dos tuvieron al reconocer a los personajes con quienes entraron en batalla,y escucharon reproducidos los razonamientos que de contínuo sostenían, sin que faltara ni una sóla palabra de los discursos que en oportunos momentos pronunciara nues

tro buen caballero con la elocuencia propia de un gran orador.

I no son para descritos los que pronunciara ahí en el cielo, explicando el por qué, de cada aventura, sobre todo, cuanto él salía molido, aporreado y maltrecho atribuyéndolo todo a la maldad de los encantadores sus enemigos.

Proyectose la AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO:- Oh noble, grande y santo pueblo celestial, exclamó -nuestro caballero que se hallaba talvez más que en el mundo con la razón perdida:- esta singular aventura es, para que sepáis, una de las más famosas de mi vida de Andante Caballero. Verdad es que en ella salí maltrecho y peor ferido, como muy bien habéis presto de ver; pero quiero que vengais en conocimiento,que, obra fué de aquel sabio encantador Frestón que bastante ojeriza me tuvo y quizo quitarme la gloria de mi vencimiento, por proteger a un mal caballero aliado y amigo suyo, sabiendo de antemano que buena cuenta hubiera yo dado con mi fuerte brazo y mi invicta lanza,de los descomunales gigantes que ostentando sus larguísimos brazos me provocaban a singular batalla.

Aquel sabio mi enemigo, puso en juego sus malas artes, y por medios tan vedados y nada hidalgos, convirtió los gigantes en molinos para arrebatarme la gloria del vencimiento y evitar que mi lanza matase a su protegido. Pero tales son los ardides de la guerra, y

peores aún para los caballeros andantes, que estamos sujetos a la envidia y ojeriza gratuita de los sabios y encantadores, las cuales se resuelven en jugarnos tales chascos; pero que felizmente, en nada mengua nuestro honor, gloria y fama de caballeros andantes.

Sancho que no podía dominar el deseo de meter pico cuando su amo hablaba, añadió:

En tal aventura quedóme la satisfacción de advertir a mi señor Don Quijote, que aquellos que creía gigantes no eran otra cosa que molinos de viento; pero como yo ignoraba hasta entonces, aquello de encantamentos, porfió mi amo, y ya ven como salió de ésta aventura, tan mal trecho, que no le conociera la madre que le parió; y si las leyes de la andante caballería no lo prohibiesen, de quejarse habría justa y naturalmente, porque caballero más aporreado y tan mal ferido, no habían mis ojos hasta entonces visto; y todo, como mi amo cuenta a causa de ese sabio encantador, Crestón.

Válame Dios, Sancho,–repuso Don Quijote– no podrás prescindir jamás ni en estos solemnísimos momentos, y estando en donde estamos, de soltar barbaridades y sandeces: Frestón fué el sabio aquel y no Crestón, como tú dices; porque en verdad ignoro si tendría cresta para llamarse tal.

Estas o parecidas graciosas pláticas, sostenían entre caballero y escudero, a oídos de millones de millones de habitantes ce-

lestiales que divertidos los escuchaban; pues debemos advertir para mejor inteligencia del lector, que los celestiales están dotados de oído tan fino que cualquier palabra, por quedo que fuése pronunciada, la oyen a muchísimas leguas; y de igual suerte, la retina de sus ojos es tal, que, también a distancia de muchas leguas, pueden ver las cosas más pequeñas como si vieran a media vara.

Grande fué el regocijo que produjo en los celestiales, aquella tan extraña aventura, más aún cuando en voces altas iba diciendo Don Quijote:-"no fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete; pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briaireo, me lo habéis de pagar". Y envistió al primer molino a todo el galope de Rocinante. Pero más que la misma aventura dió que reír el diálogo que caballero y escudero sostuvieron, los cuales hízoles mucha gracia, aun a los mismos filósofos.

A continuación se proyectó en la pantalla, la nunca vista ni jamás esperada aventura que Don Quijote tuvo con el viscaíno que escoltaba a las damas del coche, tomándolos a los frailes benitos que seguían el mismo camino, como encantadores que a furto llevaban a alguna princesa, y quizo deshacer aquel tuerto. El cinéfono reprodujo fielmente las palabras, y la voz de Sancho, que a su amo decía: "peor será esto que los

molinos de viento: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe".

Luego se produjo la voz de nuestro caballero, que dijo a Sancho: "Ya te he dicho, Sancho, que sabes poco de achaque de aventuras". Y dirigiéndose a los padres benitos, les dijo en alta voz: "gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que lleváis forzadas; sino, aparejaos a recibir presta muerte por justo castigo a vuestras malas obras". Y arremetió contra el primero con furia y denuedo, como reza la misma historia, "dejándose caer el fraile de la mula para escapar de la muerte; huyendo el segundo espantado por esos campos; Sancho activo y diligente entregado a la tarea de desnudar de sus hábitos al fraile caído, como despojos de la batalla que su amo había ganado, etc. etc", resusultando de aquella famosísima aventura, Sancho molido a golpes y a coces y Don Quijote con media oreja descolgada. Pero nuestro famoso caballero que en su locura consideraba aquella aventura como una de las más gloriosas, y contemplándose el mismo en el cinéfono, el denuedo con que al viscaíno acometía, lleno de entusiasmo, dijo a Sancho: "Acuérdaste, Sancho, de esta famosa aventura? . . . . "

Iba Don Quijote a continuar, pero la voz

del cinéfono interrumpióle y el Don Quijote de la pantalla dijo lo que el auténtico quizo decir: "acuérdaste, Sancho, de esta tan famosa aventura? Has tú visto más valeroso caballero en todo lo descubierto de la tierra? Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido, más brío en acometar, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?" Y continuó el cinéfono reproduciendo los graciosos razonamientos de caballero y escudero, que los dos escuchaban admirados viéndose fielmente reproducidos en la pantalla, justamente con sus mismas voces y expresiones que tan ingenioso aparato reproducía. Y el contento de los celestiales era tal que el cielo entero se convirtió en risas y aplausos; porque la extraña locura del caballero de la TRISTE FIGURA era tan graciosa que el mismo Dios ríera.

Pasemos por alto algunos capítulos y con ellos la historia de la pastora Marcela y del pastor Crisóstomo y saltemos a la desgraciada aventura que el caballero y el escudero andantes tuvieron con los yangüeses, motivada por los bríos amorosos de Rocinante, en cuya defensa y desagravio entraron en desigual batalla. Al verse maltratados a estacazos y perfectamente molidos y vencidos, cual se estaban viendo en la pantalla, caballero y escudero quedáronse mohinos y un tanto avergonzados de tan desgra-

ciado suceso, cosa que dió algo que reír a los espectadores celestiales. El caballero de la TRISTE FIGURA que entonces, mejor le cabía este mote, creyó muy prudente disculparse y explicar el por qué de aquel mal suceso. En efecto, lo hizo de esta manera, pidiendo la merced de que, mientras se explicase, se suspendiera la proyección.

Oh bien aventurados habitantes celestiales dijo: quiero que sepais que mucha razón tuvo de resultar fatal la aventura que estais presenciando, porque yo la merecí y tal declaro en honor de la verdad y en abono de mi fama; y haya sido en buena hora, por haber contravenido, impulsado por mis naturales ímpetuos, a las leyes de la andante caballería, arremetiendo con mi victoriosa espada, contra malandrines que no fueron como yo, armados caballeros. Por tan justa y legítima falta, el Dios de las batallas, envióme aquel castigo porque habéis de saber que, aquella aventura con la canalla con quienes la hubimos, solo correspondía a Sancho castigar y vencer, cosa que no dudo, así hubiera sucedido, si yo no hubiese tomado en ella participación, y por tal imprudencia resultara el castigo para mi enmienda, y ejemplo de otros caballeros andantes.

A tales razones de su amo, Sancho contestó:— No sé si vuestra merced recuerde, señor mío, lo que yo creí del caso respondelle, después que tan mal trechos y feridos quedamos al

terminar la aventura, que no fueron ciertamente caricias las que recibimos sino buenos estacazos repartidos por fuertes brazos, y es a saber: vuestra merced me aconsejó que en agravios de gentes de poco valer, tomara yo el castigo por mi cuenta; porque tal corresponde a los escuderos; pero por sí vuestra merced olvidado lo hubiere, por la memoria que es frágil, tengo gusto de repetirle agora, porque en diciendo delante de testigos bien se dice y a decirle voy: yo soy hombre de natural pacífico y sosegado, manzo de corazón, y disimular sé cualquier injuria, y aun que nos encontramos trasladados a este hermoso reino, en el cual creo fundadamente, como nos ha dicho el caballero príncipe, que no existen sino alegrías y goces y de ninguna manera aventuras, ni chicas, ni grandes ni medianas, ni con jayanes ni malandrines, ni follones con quienes andarnos a lanzadas ni espadazos, digo otra vez, y de esto sírvanme de testigos todos los bienaventurados que me escuchan, que de ningnna manera y como me llamo Sancho Panza, de oficio labrador y esposo legítimo de Teresa Cascajo, que buena vida haya, que de ninguna manera pondré mano a la espada, ni al garrote, ni siquiera usaré de puño limpio, ni contra villano, ni contra caballero, ni contra pobre, ni contra rico; porque en tierra extraña, la estimación de todos es lo que conviene buscar, y no camorras ni contiendas, de las cuales solo se sacan palos,moleduras de espal-

das, y ninguna de esas gangas me cuadran; y antes bien, he de procurar servir a todos como a hermanos, con solicitud y comedimiento, sin nunca inferir agravio ni leve siquiera, para ser por todos bien quisto; pero si a pesar de esto agravio recibiere gratuito, sin dar yo para ello motivo, y palos me dieren y coces y puñadas me propinaren, más bien he de recibirlos sin devolvellos; porque, como buen cristiano que soy, y en obedecimiento a los preceptos divinos, perdonar he las ofensas sin devolver agravio por agravio, porque nuestro Señor Jesucristo, que bien sabía lo que hacía, mandó perdonar las infurias. Esto yo lo sé por el cura de mi pueblo que dice como yo acabo de decir, y amén.

Ante todo injurias has de decir, hi de. . . tal–,exclamó muy amostazado; iba a continuar, Don Quijote, pero el discurso que Sancho pronunciara, cayó en tanta gracia, que los aplausos y risas no dieron lugar para que el caballero continuara.

Y continuó la graciosa y aunque graciosa fatal aventura de la venta en la cual no escasearon para caballero y escudero, ni palos, ni puñadas, ni patadas, ni tirones de pelo, tocándole a Sancho el aditamento de la manteada. Nuestro caballero grandemente entusiasmado al comienzo de la proyeccción, creyendo que iba a presenciar el castillo en el cual se alojaran y contemplar a la famosa doncella, hija del castellano, muriéndose de

amor por él, no poco hubo de apesadumbrarse al conocer la realidad de la aventura, viendo que lo que creyó castillo no era otra cosa que una mala venta, "su dormitorio un camanranchón que antes había servido de pajar"; que la gentil y famosa hija del caballero del castillo, que él de buena fé había creído, no era otra que Maritones "ancha de cara, llena de cogote, del uno ojo tuerta, del otro no muy sana y de nariz roma", que perdida a oscuras del lecho del arriero con quien debía holgar aquella noche, fué a dar a donde reposaba maltrecho y dolorido Don Quijote, motivando aquella tan graciosa como reñida escaramuza nocturna.

Como tal aventura diese tanto por que reír a los espectadores, con más el aditamento del diálogo que con Sancho sostuviera haciéndole jurar que guardaría el secreto hasta después de su muerte, para contarle que la hija del señor del castillo prendada de su gentileza fué a buscarlo;y el efecto que el bálsamo de Fierabrás produjera aumentase el regocijo de los celestiales, Don Quijote quedó de una sola pieza, mohino y avergonzado sin ánimo de sostener que todo fué encantamiento y obra de gigantes envidiosos de su gloria. Luego, Sancho, vió su propia manteada, broma que tanto le espantara y aún la recordaba como una pesadilla, al ver su imagen volando por los aíres suplicando a veces, a veces infiriendo denuestos y amenazas y viéndose las

cabriolas que hacía, no pudo contenerse y dirigiéndose a Don Quijote, se produjo así:

–En vista de esta tremenda aventura, que todavía la recuerdo como una horrible pesadilla, en la que sufrí palos, puñadas y mantas, afírmome, señor mío, en lo que dicho tengo, y es a saber: que en jamás de los jamases, el esposo de Teresa Cascajo buscará camorra a nadie, ni hará uso de su espada en contra de persona alguna, así fuese grande o villano; pues según estamos viendo y nos consta, de todas las aventuras, el fruto que vuestra merced y yo su fiel escudero hemos sacado, son cosas que no saben a mieles, aún que trate de convencerme, señor Don Quijote, que semejantes percances redundan en honra y gloria de nuestra aventurera profesión. Yo de hoy en adelante, quiero decille, pese a mi linaje, que renuncio a esas glorias que no son sino males y dolores para mis pecadoras carnes, que no han menester de semejantes caricias, ni de yangüeses, ni de venteros, ni de mozos de frailes benitos, y que más amo la dulce tranquilidad que la guerra: y "bien se está San Pedro en Roma aunque no coma"; y muérase la gallina con la pepita"; o como decía un compadre de mi abuela: "aventuras solo producen desventuras"; pero mejor este que decía el cura de mi pueblo: "no hagas mal a nadie si no quieres que te hagan a tí" Y también esta otra que viene como de molde:

"no des a nadie puñada, por que te darán estocada" Y finalmente, "cada uno viva por su lado tranquilo, en paz y gracia de Dios.

Don Quijote escuchó el discurso de Sancho, el cual produjole tal efecto como si sintiera la picadura del alacrán, y aguardando que cesaran las risas del auditorio y el alegre bullicio a que diera lugar el escudero con tan graciosos razonamientos, díjole con indignación, olvidándose sin duda que en el cielo estaban:—hideputa, solamente palos y maltratos has recibido, escudero ingrato y mal intencionado; solamente puñadas y mantas han habido para tí, soez, hijo predilecto de la ingratitud y la inconsecuencia, plebeyo y mal nacido. . .Todas las pequeñas mortificaciones y desgracias las recuerdas detalladamente sin que nada se te escape, para mortificarme y darme en cara, pero callas los beneficios recibidos o los olvidas voluntariamente. . . Díme sino, ponzoña, reptil o lo que fuéredes; los capones y los pavos, los gansos y las gallinas, los conejos y las liebres con que te hartaste y mataste tu gula nunca jamás satisfecha, tonel sin fondo de la glotonería, y a la vista de tanta abundancia te ponías hasta elocuente, decidor de arengas, endemoniado Barrabás? Y los cien escudos del hallazgo en la maleta encontrada en Sierra Morena, felón? Y los beneficios de las cuentas no rendidas, dejadas a tu favor en mi generoso testamento, en perjuicio del haber de mi sobrina,

Iscariote? Viénente a la memoria tan solo los males padecidos en tan honrosa carrera, y olvidas los beneficios de cualquier género recibidos, y no se te dá una higa, ni siquiera un comino, el gusto y placer del vencimiento al enemigo, en pro de la humanidad doliente, que requiere defensa y justicia, a cuyos afanes se encamina la honrosa profesión de la caballería andante, alma bronca,sin caer en la cuenta, jumento empedernido, que por tales razones es que se ha escrito mi gloriosa historia de la cual participas también tú, indigno, sin merecerlo, por cuyos hechos estamos siendo objeto de la magna apoteosis que en este hermoso y magnífico reino se nos está tributando en honor de tan singulares fazañas...Por seguro lo tengo, mónstruo, que al fin tu bellaquería, tu ingratitud y tus villanías, me matarán de vergüenza y desesperación, pese a mi prudencia y paciencia, bellaco de uno en quintal.

Con tal reprimenda que mucho tenía de amarga para el escudero, éste quedó mohino y sin deseo de replicar a su señor, tan encolerizado ya en su ánimo, y más aún, porque las razones de Don Quijote, merecieran aplausos, por lo graciosas.

En esto, la pantalla anunció la continuación de la graciosa, divertida y nunca bien celebrada aventura con las ovejas, que nuestro caballero en su locura, túvoles como ejércitos prestos a entrar en

sin igual batalla, y en su fantasía, creyó que el uno era el del emperador Alifanfarón de la isla de Trapobana y el otro el del rey de los garamantas, Pentapolín del arremangado brazo; y todo el cielo y hasta los ángeles que en el espacio circulaban, recibieron con aplausos el anuncio y pusieron especial atención al desarrollo de tan sabrosa escena. Y la alegría y la risa fué general, al ver que Don Quijote, en su fantasía reconocía en los contendores "AL VALEROSO LAUCARCO, SEÑOR DE LA FUENTE DE PLATA; AL TEMIDO MICOLENGO, GRAN DUQUE DE QUIRONCIA; AL DE BRAZOS DE GIGANTE EL NUNCA MEDROSO BRANDABARBARAN DE BOLICHE, SEÑOR DE LAS TRES ARABIAS, que tenía por escudo una puerta de las que derribó Sansón; a Timonel de Carcajona, príncipe de Viscaya, que llevaba en el escudo un gato con la inscripción que decía MIAU, principio del nombre de su dama, que era la sin par Miaulina, hija del duque Alfeniquén de Algabe; al noble caballero Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; al poderoso duque de Nervia, Estapafilardo del Bosque; distinguiendo con gran seguridad y explicando a Sancho, a las naciones y pueblos que los ejércitos pertenecían, con su gran memoria, inventiva y fecundidad asombrosas, de tal suerte, que el escudero quedara maravillado de los profundos conocimientos y vasta ilustración de su señor, hasta que convencido por simple que fuese, que tales ejércitos

no eran ejércitos, sino manadas de ovejas y carneros, desgañitábase gritando a su señor: "voto a Dios, señor Don Quijote, que son carneros y ovejas los que vá a embestir; vuélvase, desdichado del padre que me engendró; qué locura es esta."

Las escenas representábanse con tanta fidelidad y perfección hasta en los útimos detalles y movimientos, en el colorido de los paisajes, igualmente en los ruídos y voces, de suerte que la graciosa aventura fué una de las que más gustó de las tantas consignadas en la verídica historia del ingenioso hidalgo.

Terminado que fué este capítulo para dar principio a otro, Don Quijote creyó necesario hacer una explicación, para poner en claro las astucias de sus mortales enemigos, y se expresó de esta manera:

Dignísimos y bienaventurados moradores de este reino: por lo que habéis visto, muy sobrada razón tendréis de creer y pensar y aun de hallaros convencidos, que esta aventura fué obra de locura y fantasía de este caballero, en arremeter a carneros y ovejas, tomando a aquellos mansos animales como a dos grandes ejércitos que a devorarse iban con ira y encono; pero para quienes no están en los secretos y mudanzas de la andante caballería, cuya alta y desinteresada profesión héla yo ejercido, creo que por voluntad divina, para enderezar tuertos y poner en el mundo, recta la justicia y los derechos de los débi-

les y desvalidos, he de deciros que, esos animales que Sancho creyó ver con sus ojos profanos y también vosotros acabáis de ver tales, en la historia que en mi honor y fama se está representando tan vivamente, no fueron realmente ovejas y carneros, sino ejércitos aguerridos y enconados por tremenda venganza que frente a frente se pusieron para aniquilarse; pues los sabios encantadores, mis enemigos mortales, que por envidia a mis gloriosos hechos me persiguen, quisieron hacer aparecer tales a los ojos de los profanos, para arrebatarme la gloria; pero su poder no fué capaz de engañarme a mí, cuyas artimañas conozco y no pudieron evitar que mi fuerte brazo tomara parte en aquella brava y sangrienta contienda. Porque, como es natural, y así lo mandan y ordenan las sabias y justas leyes de la andante caballería, yo debía y tal hice de ponerme de parte del más débil y de quien la razón y la justicia tenían en tan desigual batalla; y fué como bien debéis de saber, el rey Pentapolín de las Garamantas llamado el del ARREMANGADO BRAZO, "porque su terrible enemigo el emperador de la isla Trapovana, Alifanfarón, enamorado perdidamente de su hija que es una muy fermosa y agraciada señora, es critiana, y su padre en razón y justicia no se la quiere entregar al pagano, sino deja la Ley de su profeta Mahoma." Con esto queda explicado por qué a los ojos de Sancho mi escudero aparecieron aquellos ejércitos como si

fueran manadas de ovejas.

Calló Don Quijote, y Sancho que no perdía ocasión de hablar y contradecir a su señor, aun en los momentos más solemnes, y mejor que todos los circunstantes estaba pendiente de sus palabras, alentado con las manifestaciones de simpatía que del auditorio recibiera, se atrevió a hablar y en efecto, se expresó de esta manera:

—Como yo, pecador, no viera ni divisara, por más diligencias que por ver hiciera, ni los caballeros que mi amo nombraba, menos los ejércitos poderosos, ni los "escuadrones de la felice Arabia", ni numidas, ni partos, ni medos ni del dorado Tajo, ni de los jerezanos prados, y conociendo a la legua que mi señor, con el deseo de batallar había perdido el juicio, traté de contenerle en sus impetuosidades, como otras veces, asegurándole que no había tales caballeros, ni ejércitos, ni escuadrones, ni cosa semejante, sino manadas de ovejas que pacían; pero como mi amo aseguró que escuchaba hasta "los relinchos de los corceles, el tocar de los clarines y el ruido de los tambores", mientras el nieto de mi abuela no percibía sino el balido de esos inocentes animales, y convencido de esto díle voces diciéndole que se detuviera, "que eran carneros y ovejas los que iba a acometer", advirtiéndole una

tras otra vez que no parecían por ahí ni gigantes, ni caballeros, ni escudos con gatos que decían MIAU.....

Sancho no llevaba trazas de terminar su discurso, pero Don Quijote que con él estaba ya irritado, díjole:–Dígote, Sancho, que tus sandeces mezcladas con socarronería y malicia, apuran ya mi paciencia; y la culpa la tengo yo mismo, que te he dado la mano hasta que te permitas agarrarte del codo; porque de malicioso y atrevido estás agora más de lo que fuíste en el mundo, y pidiendo perdón a todo el reino que nos vé y nos escucha, tentado estoy a darte una corrección que te deje memoria eterna del respeto y consideraciones que débes a tu señor. Díme sandio y mal intencionado escudero; las ovejas hubieron de inferirme aquellos golpes tremendos que me sacaron dientes y muelas, que hasta entonces los tuve buenos y flamantes como los de un adolescente, dejándome solo dos de mi sana y completa dentadura que una hermosa doncella la hubiera deseado para sí? Las ovejas me apearon del caballo tan violenta e inusitadamente dejándome en tierra tendido sin conocimiento, cuando iba yo a la cabeza del ejército de Pentapolín del arremangado brazo, destruyendo el de su mortal enemigo, bellaco irreductible y truán por los cuatro costados?.

–No se agravie vuesa merced, señor mío–

respondió Sancho, medroso, "no fueron las ovejas, pero sí los pastores que al mirar que de tal suerte lanceaba a su ganado, comenzaron a lanzarle peladillas con certero brazo y dieron en tierra con vuesa merced" apeándole de Rocinante, contra su voluntad, maltrecho y sin muelas ni dientes que era una verdadera lástima el verle; a no ser que, como vuesa merced asegura, cosa que no pongo yo en duda, a los profanos a la caballería, no se nos alcanza mirar las cosas de la misma manera, por arte de los encantadores, y amén

—Pues repítote que ejércitos fueron, y que con ellos me batí en sin igual contienda, aunque a tus ojos asomaron como manadas de ovejas y carneros; porque tal suele acontecer en la caballería andante, en la cual tercian encantadores y gigantes malignos. Y ténganlo todos por sabida esta verdad repuso Don Quijote.

Con semejantes sabrosísimas disputas para los espectadores, concluyó de proyectar el cinéfono el entretenido capítulo de la AVENTURA más gloriosa de nuestro caballero, continuando sus demás fazañas y fechos, cada cual más divertido y singular.

La aventura de los Batanes continuó proyectándose: aquella aventura famosísima, y como tal, muy bien debe de recordar el lector que hubiere leído tan singular como interesante historia, fué una de las pocas y acaso la

única que un poco hubo de intimidar y poner un tantico medroso al intrépido Caballero Andante. Esta fué la que más alegró a los habitantes del celestial reino que tan divertidas y originales encontraban las costumbres de la humanidad; pero en extremo graciosísimas, las aventuras de Don Quijote y de su simple escudero. Aun más, les hacía reír los razonamientos de caballero y escudero y las pláticas que entre los dos a menudo sostenían las más de las veces un poco agrias. Respecto a Sancho, muy sabido es, que desde la noche anterior que escucharon los ruídos siniestros del agua y los mazos de batanar, "no tuvo el alma en su almario", porque cosas del otro mundo creyó que fueron y no nada humanas.

Por fín la película llegó a la parte aquella en que al despuntar el alba, vió Don Quijote que se hallaban entre un bosque de castaños y el endemoniado golpear no cesaba por más que el día se pronunciara, y sin más pensar ni esperar determinó ir en pos de aquella nueva y como crevó, la más peligrosa y famosa de todas sus aventuras, de la cual el mismo tan optimista por la confianza que tenía en su fuerte brazo y en sus singulares bríos no pensó salir con vida y tornó a despedirse tiernamente de Sancho, ordenándole le aguardase en aquel lugar solamente tres días, y si al cabo de ellos no volviese, "tuviese por cierto y sabido, que Dios había determinado

se le acabasen sus días en aquella peligrosísima aventura", mandándole "volviese a la aldea y pidiéndole le hiciese la merced de ir al Toboso y llevarle la noticia a la incomparable señora Doña Dulcinea: QUE SU CAUTIVO CABALLERO MURIO POR ACOMETER COSAS QUE LE HICIESEN DIGNO DE LLAMARSE SUYO".

Las risas fueron hasta la locura y Don Quijote quedó aturdido al ver reproducida la escena de la pantalla mientras todos holgaban de contento. Nuestro caballero, queriendo aparentar lo contrario fingía reír, pero no era la risa natural y espontánea de quien se expande, sino la risita aquella de quien queda mohino y picado con alguna broma. Inútil es decir que Sancho el socarrón, volvió entonces a reír con la misma gana, al ver reproducida la escena con el chasco de Don Quijote, sin temer ya seguramente, que por hallarse en el cielo no sería castigado su atrevimiento; pero a una manifestación elocuente de enojo de su señor, desapareció su tan imprudente risa

Entonces el de LA TRISTE FIGURA, creyó oportuno tomar la palabra, para manifestar al pueblo celestial, cuan fiel y verídica era la historia que de sus grandes hechos se estaba representando, tomada en sus más mínimos detalles, por el sabio historiador, y se expresó de esta suerte:

Maravillado estoy, oh bienaventurados caballeros de este tan felice reino, por la nunca vista ni jamás por mí imaginada manifesta-

ción que en honor a mis fazañas habéisme fecho, con tanta pompa y magnificencia preparada, enalteciendo de tal suerte, la noble y humanitaria profesión que en dichoso día para mí, el cielo permitió la tomase, para bien de la humanidad, alivio de menesterosos, socorro de desvalidos, huérfanos y viudas, defensor de reinas despojadas, enderezador de tuertos y desaguisados, enemigo acérrimo de cuantas sinrazones en el mundo se cometiesen, azote de malandrines y bellacos y sacerdote de la justicia.

Todos estos grandes honores que tributado habéisme, y el entusiasmo y admiración que este grande pueblo demuéstrame, pruébanme con evidencia, oh altos señores míos, cuan grande y magnífico fué el destino para que el cielo me arrojó al mundo haciéndome profesar la orden de caballería andante; porque, no es bien que los hombres poderosos sean enemigos de los débiles; que los fuertes ostilicen y maltraten a los que menos pueden, cuanto más con injusticia y sin razón; pues sabido es, que los reyes más poderosos despojan por la fuerza a los reyes menos fuertes, y no es de derecho y honradez, que el que más puede se convierta en verdugo y usurpador del más pequeño.

Dios sabe muy bien que mi alta misión fué en la tierra, castigar al malo y defender los fueros del bueno con injusticia tratado, devolviéndole con sus bienes arrebatados, su

alma y sosiego. De esta orden soy yo, oh excelsos príncipes del reino; oh santo y noble pueblo celestial que habéisme enaltecido con esta grande apoteosis en honor de mis hechos, como nunca a persona humana se le hizo en el mundo, ni en vida, ni después de muerto. Obligado me tenéis para serviros fiel y lealmente en cuanto atañe a mi noble profesión en pro de la justicia de este excelso reino, si acaso hubiere menester del valor de mi espíritu y la pujanza de mi brazo, para castigar el descomedimiento hecho a doncellas, proteger viudas y poner en su punto, la justicia, por razones de moral, si sucediere que, como en el mundo, existieren tales deformidades; pero téngolo para mí de seguro, que aquí no habrán felones, ni follones, ni maladrines que insulten el honor de doncellas, ni despojen a viudas indefensas, de sus reinos y haberes, ni perjudiquen a inermes huérfanos; ni poderosos reyes que usurpen dominios, ni entren en guerras con los vecinos señores, disputándoles por el ilegítimo derecho de la fuerza, la propiedad de sus tierras.

Dichosísimo debe ser este reino, en el cual, según se me alcanza, el oro no tiene ningún valor, ni los diamantes ni demás piedras preciosas suelen destruír con la codicia de poseerlos, los honrados y tiernos sentimientos de los habitantes; en cuyo caso, la fraternidad y el amor, deben ser las virtudes bajo cuyas sólidas bases descanza

la paz augusta; dígolo: porque en la tierra y bien me comprenderéis, la codicia del oro todo lo destruye: paz, amistad, concordia y patriotismo, sin que quede en pie ni los fueros del amor filial que debieran ser sagrados. Estas pasiones unidas a la ambición y la soberbia, completan la suma de infelicidades que sobre las naciones pesan como tremendos azotes; porque suelen engendrar la tiranía y la iniquidad con todo su espantable cortejo de calamidades.

—De la pasión que el hombre tiene por el oro, con el afán de poseerlo, sin medida ni tasa, se derivan el dolo, la traición a la misma patria, el fraude de los gobernantes, la soberbia, el orgullo y la ingratitud; y todos estos vicios juntos, suelen naturalmente torcer la justicia y convertir en odio el amor que entre los hombres debiera existir, viviendo fraternalmente y amándose los unos a los otros sin procurarse mutuamente su daño. Por esto se instituyó en el mundo la noble y levantada orden de la caballería andante, para remediar en lo posible tantos desaguisados; y si en este cielo a donde la divina misericordia del Todopoderoso ha sido servido enviarme, existiese acaso, algún otro reino en el cual hubiere necesidad de ejercitar mi noble profesión, sabed, oh bienaventurados señores míos, que no tendréis sino ordenar a este humilde caballero, que listo y preparado está a salir

por los fueros de la justicia.

El discurso de Don Quijote fué interrumpido por grandes aplausos de entusiasmo, y en aquel mismo momento principió a proyectarse en el infinito espacio, millones de millones de letreros iluminados de luces de vivísimos colores que decían: AMOR, FRATERNIDAD, IGUALDAD, JUSTICIA; y de la misma suerte legiones infinitas de ángeles y serafines circulando en el espacio, repetían las mismas bellas palabras: AMOR, FRATERNIDAD, IGUALDAD, JUSTICIA. I todos los habitantss del cielo repitieron lo mismo.

A continuación, supendiéndose por un espacio de tiempo la proyección del cinéfono, todos entonaron cánticos compuestos por Píndaro y Homero, que hasta en el mismo cielo eran con admiración aceptados. Luego el chasquido de besos que entre todos los habitantes celestiales, fraternalmente se daban, fué como una música más armoniosa emanada del amor grandioso y puro, como aplauso el más elocuente a las nobles y sublimes ideas cuyo anhelo de hacerlas prácticas trastornaron de tal suerte el juicio de nuestro CABALLERO ANDANTE, locura que el Todopoderoso premiara.

Platón el filósofo y Catón el austero que a su lado le honraban abrazaron a Don Quijote e imprimieron en su noble frente, ósculos de admiración, y los ángeles batieron palmas al representante que la justicia y

la virtud en el mundo tuvieron. En ese instante mil cambiantes de luz se sucediéron, un millón de veces más bella que la aurora boreal que en el mundo de tiempo en tiempo se proyecta, acaso como pálida y ligera muestra de la luz que en el cielo existe y como demostración de la grandeza de Dios.

Despúes de esta pequeña digreción que el lector me perdonará, continúo Don Quijote reanudando el hilo de su discurso, se expresó así:

—Y cómo explicar podré, elevados señores míos, la maravillosa sorpresa de admiración y de júbilo que siento al ver fielmente reproducidos mis grandes fechos y fazañas de andante caballero, con todos sus menores detalles copiados al pié de la letra, por ésta que supongo debe de ser una máquina, cual si algún invisible testigo, seguídome hubiera por doquier, apuntando mis discursos, mis expresiones y los diálogos que Sancho y yo hemos sostenido en nuestra fecunda vida de aventureros, privadamente y sin testigos? I más aún al reconocer los parajes, caminos, villas y aldeas por do andado hubimos en pos de caballerescas aventuras, copiadas con asombrosa fidelidad? A fe de caballero andante, os digo que, muy ingenioso y sabio debe de ser quien esta máquina ha inventado, que tan a la perfección reproduce nuestras voces, palabras, fisonomías y figuras has-

ta con sus más insignificantes gestos; y tened presente, y yo, como recién llegado os lo digo que, si en el mundo tal invento hubiérase hecho, el sabio inventor, juzgado hubiera sido como encantador o brujo por la Santa Inquisición, y la hoguera habría dado fín a sus preciosos días y a su mucho saber y conocimientos científicos, y excomulgados y execrados hubieran sido sus descendientes por algunas generaciones, por el delito de ser hijos de un sabio a quien la ignorancia y el fanatismo calificaran de brujo o demoniaco.

XI

Sancho por su parte era todo ojos y su pensamiento lo tenía metido en un abismo sin fín de consideraciones, dando y cabando cómo podía ser aquello, y muy quedo y en prudente secreto consultó a su amo, de esta manera:

—Señor mío, si vuestra merced se sirviera decirme si es verdad lo que mis ojos pecadores están viendo o si estoy soñando, porque atolondrado y confuso me tiene, y es a saber: vuestra merced y yo nos hallamos aquí, según creo y estoy convencido, en cuerpo y en alma; pero también nos encontramos allí al frente de nosotros mismo ejerciendo nuestra profesión de caballero y escudero andantes y

acometiendo aventuras, sufriendo palos y dando vuestra merced lanzadas. Yo me reconozco y reconozco a vuestra merced, en su voz, palabras y figura. Acaba, vuestra merced, de propinarme los descomunales palos que me propinó después de la aventura de los Batanes, y hasta he sentido el dolor que ellos me causaron, por haber hecho fizga socarronamente de las palabras que me dijo cuando creyó que iba a habérselas con gigantes y jayanes; y creo que no me equivoco o soy un porro. Ruégole señor caballero, me saque de este atolladero: son mi alma y la de vuestra merced las que ahí se encuentran remedándonos todo lo que hemos hecho y dicho, o qué es.?

Si te he de ser franco, respondióle Don Quijote, te diré, Sancho amigo, que yo mismo no comprendo el asunto y como tú estás confundido, lo estoy también yo; Pero dígote, que debe ser alguna máquina de artificio muy ingeniosa, inventada por alguno de los muchos y grandes sabios que en este reino deben existir; pero echo de ver que nosotros en el mundo, no hemos andado solos, sino con algún testigo invisible que recojía nuestras más secretas palabras inclusive tus refranes, de los cuales mucho se habrán holgado; y nuestros hechos más minuciosos, sin que nada se le escape, para escribir la famo-

sa y verídica historia de nuestras aventuras, conocidas ya hasta en el cielo, por lo gloriosas. Mañana u otro día averiguaremos, Sancho, el secreto de este ingenioso fenómeno, al caballero Akiriel, quien podrá satisfacer nuestra justa curiosidad que tanto nos aguijonea a tí como a mí.

La película continuó pasando y la pantalla reproduciendo la vida aventurera de caballero y escudero, regocijándose grandemente los celestiales en cada escena, produciéndose una como locura de risas entre los muchísimos millones que presenciaban la reproducción real y verídica de la historia del INGENIOSO HIDALGO.

Y para qué continuar cansando al lector con lo que él bien lo sabe, leído como habría, sin duda, la famosa historia de Don Quijote? Solo diremos que las fiestas celestiales en su honor y gloria preparadas, como merecido premio a sus FERMOSAS VIRTUDES DE DESFACEDOR DE AGRAVIOS,ENDEREZADOR DE TUERTOS Y REPRESENTANTE DE LA JUSTICIA Y LOS DERECHOS DE LAS DEBILES CRIATURAS, duraron un día entero celestial, advirtiéndo para inteligencia del lector, que cada día en el cielo corresponde a treinta días de los nuestros, los cuales no tienen noches sino cambiantes de luces maravillosas, y tan espléndidas, de suerte que ni por ese lado sea aquella mansión eterna de los escogidos y los justos, de todos los planetas, monótona.

Además, reservámonos otras noticias interesantes que a su tiempo le haremos merced al lector si continuar quisiere nuestro fantástico cuento.

Luego el príncipe Akiriel acompañado del filósofo Platón y de Catón, sirvieron de Cicerones a nuestro Hidalgo, instruyéndole acerca de muchas cosas que con razón ignoraba, y satisfaciendo su curiosidad. Con tal propósito tomáronles por su cuenta a caballero y escudero, siendo su primera diligencia enseñarles el palacio para ellos reservado, el cual no era ni más ni menos en lujo, magnificencia y capacidad que los dedicados a todos los demás habitantes del celestial reino, en el cual hállase establecida la más perfecta igualdad, sin que existiesen categorías de clases ni alcurnias, ni mucho menos la aristocracia preponderante del dinero; porque ninguno es ni rico ni pobre y todos tienen cuanto apetecer pudieren sin motivo para envidiar la pompa y lujo de otro; pues desde Jesucristo que es el Rey que rige aquel cielo, gasta iguales comodidades a las de todos sin ostentar nada demás de lo que los otros gozan. Akiriel y los acompañantes hiciéronles penetrar en el segundo piso del palacio para ellos destinado, que componíase de ciento y más pisos. Entonces, caballero y escudero, quedáronse atónitos y turbados encontrándose en una de aque-

llas viviendas que, para encarecer lo que son, los palacios de los reyes más poderosos de la tierra, parecerían ridículos y pobres. Amo y criado enmudecieron de asombro por varios momentos, y conociéndolo Akiriel y sus acompañantes, el primero se expresó así:- Noto, señor caballero, el asombro que a vos y a vuestro escudero os embarga en este momento, no sé si de admiración por lo que habéis visto, o porque esperado habéis una cosa mejor. Este es el palacio para vosotros destinado, el cual tenéis derecho a ocupar.

En verdad magnífico príncipe, que, por demás pasmado me tenéis con tanta magnificencia y lujo, al cual jamás, desde que al mundo fuí echado, he visto cosa que ni en una mínima parte pudiera aproximarse y menos igualallo. Esto que veo me parece un sueño de aquellos que dicen son inspirados por las hadas que bien nos quieren, o por los genios benéficos que, según dicen, nos favorecen. Holgárame me hiciéseis la grande y señalada merced de decirme: ¿es verdad lo que Sancho y yo estamos viendo, o es una fantasía?; ¿porque, para qué tanto lujo y esplendor para un caballero andante y su escudero, acostumbrados como son a dormir en despoblado sin más techo que la bóveda celeste ni otro lecho que el que los verdes prados proporcionan, ni mejor ca-

becera que una piedra que ciertamente no tiene la suavidad de la pluma.

Sancho nada pudo decir, a pesar de su vicio de hablar, pues de admiración y gozo tenía su pensamiento entregado a mil ideas.

—Señor Don Quijote-respondió Akiriel:-en verdad os digo, que muy equivocado estáis, si creéis que con vos y vuestro escudero se ha hecho una distinción en ofreceros un palacio especial, distinto en lujo, holgura y comodidades a los destinados a la generalidad de los que moran este cielo; pues habéis de saber, que las sabias y justas leyes que aquí rigen, son las de la más estricta igualdad; y tal habéis de notar y convenceros puesto que el bueno y santo Rey que nos gobierna y dirige, que es Jesucristo, no ostenta mejores comodidades que los demás; de suerte que aquí en el sexto cielo, no encontraréis quien goce más que otro ni tenga mejores distinciones ni prerrogativas.

—Oh gran príncipe Akiriel, repuso Don Quijote:-Todavía más me confundís con vuestras palabras, manifestándome que aquí todos los habitantes, desde el sabio santo de los santos, nuestro Señor Jesucristo que rige este reino glorioso gozan por igual, sin distinción la más pequeña, de gracias y bienestar. ¡Oh bondadoso Dios, excelso, grande y justiciero, este es vuestro reino

de delicias con el cual sabéis recompensar y premiar las virtudes; y a vuestras plantas me postro humillado para bendeciros.

Diciendo esto Don Quijote, postróse de rodillas y exclamó:-pero cómo podré daros las gracias, Señor, por el favor que habéis obrado, exaltando hasta vuestro reino, a criaturas tan pecadoras, como somos, Sancho y yo? Dignaos manifestarme príncipe Akiriel, si es verdad lo que nuestros ojos ven, y si de tanta dicha somos merecedores.

—Verdad es lo que véis y no ficción, caballero Don Quijote; pero he de manifestaros que aún hay otro cielo designado para los espíritus más superiores y perfectos; porque aquí, de mucho están privados sus moradores. Figuraos que en este cielo de que os hablo, mora nuestro Dios y Señor Todopoderoso, autor de todo lo creado; más esto lo sabréis después y os causará maravilla. Ahora podéis venir para que os postréis a las plantas del buen Jesús y le rindáis gracias. Pero antes he de rogaros que os fijáseis en lo que esta casa encierra para que apreciar podáis si nuestro Señor Jesucristo tiene algo mejor en la suya; pues tan humilde es, que nada encontraréis que se aventaje a ninguna de las demás

Don Quijote y Sancho, precedidos por el príncipe Akiriel, continuaron conociendo

los primores y maravillas que en la morada para ellos destinada había, encontrándose más llenos de admiración, porque todo era de una riqueza artística, que no cabe describir: parques de una belleza que ni soñada con plantas y flores nunca en el mundo vistas, alegrados por infinidad de aves tan hermosas, como si el plumaje de que estaban vestidas, fueran artísticas combinaciones de oro, zafiros, esmeraldas, rubíes, amatistas y topacios, que formaban orquestas tan lindas, cual si los mismos ángeles, de tal suerte amenizaran la morada destinada a nuestro caballero, Don Quijote. Por doquier encontraban surtidores de variadas y caprichosas formas, cuyos murmullos de las diamantinas aguas parecían cantos de hadas o melodías dulcísimas de sirenas. El ambiente que se respiraba era embriagador como emanaciones de prodigiosos receptáculos de delicadas y finas esencias que ni en el misterioso Oriente respiraran, ni en una milésima parte, los poderosos sultanes, produciendo un arrobamiento de bienestar, dulzura, voluptuosidad y deliquios imposibles de imaginar. Don Quijote que a pesar de hallarse en el cielo, aún estaba loco, porque tal era la voluntad del Altísimo, y a menudo olvidaba el lugar en que se encontraba, figurábase que todo aquello fuese obra de algún sabio encantador, amigo y protector suyo, que quería hacerle merced, sin acordarse que todo cuanto

veía y escuchaba, era obra del mismo Dios, y que en el cielo estaba.

Luego salieron el caballero y el escudero acompañados del príncipe Akiriel, del filosófo Plantón y del sabio Catón, con dirección al palacio de Jesús que a corta distancia del suyo se encontraba, por lo cual fueron caminando a pie, humanizados, y no como espíritus. Entraron, y el príncipe Akiriel y los dos acompañantes acercáronse sin más ceremonia que una reverente inclinación, al Divino Nazareno, encargado ahí de todos los poderes, que sentado hallábase entre la corte de sus ministros en un trono al aíre libre, en derredor del cual revoloteaban infinidad de ángeles y querubines que despedían destellos de vivísima luz. Don Quijote quiso postrarse de rodillas y avanzar en tal forma, pero el Rey celestial, el divino y humilde misericordioso Jesús, de cuyo rostro hermosísimo como un joven apenas de treinta años, emanaba dulzura, piedad y misericordia, le dijo: "levantaos, hijo mío, y venid a mí". Don Quijote avanzó confuso, después de imitar la genuflexión que sus acompañantes hicieran, y se expresó así:

–Oh Dios misericordioso; oh Divino representante de su poder y voluntad, aquí tenéis a vuestro siervo Don Quijote de la Mancha, a vuestros pies postrado, y cuyo ejercicio y profesión es el de Caballero Andante, para rendiros el humilde homenaje de su ado-

ración y daros gracias infinitas por la señalada merced que os habéis dignado hacerle trayéndole a vuestra divina presencia, juntamente con su escudero Sancho, a gozar de vuestro reino celestial. Aquí está para serviros y adoraros el caballero de la TRISTE FIGURA, cuya profesión en la tierra fué, la de desfacer agravios, enderezar tuertos y corregir desaguisados, mediante vuestra divina gracia y voluntad y el poder de su fuerte brazo. Aquí está también mi fiel escudero Sancho, nata y flor de fidelidad.

El Rey hermosísimo, sonrió dulcemente con infinita bondad y puso su mano divina sobre la cabeza de Don Quijote, quien al punto sintióse transformado de loco en cuerdo, vuelto a su razón y en posesión de todos sus sentidos.

–Oh Dios y Señor Todopoderoso, cuya divina misericordia e infinita bondad, palpando estoy de manera evidente, exclamó–cómo agradeceros podré por el bien que a vuestro tan humilde y miserable siervo acabáis de hacer sin que lo merezca? porque loco y perdido de los sentidos encontrábame hasta este instante,y curado de ese mal soy agora, por vuestra divina misericordia y poder. Gracias infinitas os sean dadas, oh Dios Clemente, y dignaos aceptar las bendiciones de vuestro tan humilde siervo que, para gozar en vuestra contemplación y presencia ha sido traído a vuestro hermoso reino de paz y amor.

Dignaos señor misericordioso, devolver también la razón a Sancho, que tan perdida como la mía debe él tener; pues de otra suerte no puedo yo explicarme, cómo este buen hombre ha podido seguirme a mí que fuí un loco, a participar de tan expuestas aventuras. Curadlo, Señor Misericordioso, y sea también para Sancho vuestra piedad infinita.

El buen Sancho poseído de turbación, púsose en cuatro pies y así comenzó a avanzar hacia el Señor. El bondadoso Jesús, díjole con suma dulzura como a su amo: "levantaos hijo mío y venid a mí".

Sancho levantóse e imitando a Don Quijote, hizo una genuflexión bastante ridícula y se prosternó a los pies del bueno y dulcísimo Nazareno. El poderoso y divino Rey, puso la mano en la cabeza del escudero, el cual quedó sano y curado; porque, sino tan loco como su amo, bastante participaba de su enfermedad; y como pudo dió también las gracias al representante del Ser Supremo, quien lleno de bondad dijo a Don Quijote.

—Hijo mío, vuestras virtudes os han hecho digno de la infinita Gloria en la cual mora mi Padre y Dios, a la que van muy pocos que son sus elegidos. Allá está vuestra morada, porque para su reino fuiste elegido y tenéis derecho de ir a su lado cuando quisieréis; porque debéis de saber, que vuestra extraña locura, vuestra singular demencia, las motivaron vuestros her-

mosos sentimientos. El deseo ardiente que tuvistéis de obrar el bien en favor de la humanidad desvalida y sin amparo, en convertiros en sacerdote de la justicia, el Dios justo mi Padre, ha querido premiaros. Si es verdad que vuestra historia es de gracia y de risa, pero cuan nobles y virtuosas fueron vuestras intenciones, sugeridas por la excelsitud de vuestra alma. Id, hijo mío, si queréis porque abiertas están para vos las puertas de la excelsa Gloria.

Don Quijote y Sancho curados de su locura, salieron con sus cicerones después de postrarse por repetidas veces ante Jesús y darle las gracias por los beneficios que acababan de recibir. Caballero y escudero eran ya otros desde el momento en que el Divino Jesús húboles tocado con su mano y vuéltoles al dominio de su razón: Discurrían ya con criterio y comprendían los dos que las aventuras a las cuales habíanse entregado en el mundo, eran locuras y simplicidades solamente.

—Oh Sancho amigo, dijo Don Quijote a su escudero:—Yo fuí un loco, un verdadero loco, pero aquel estado anormal de mis sentidos, aquellas tan extrañas fantasías tuvieron verdaderamente sus causas, las cuales, aún cuando mal haga yo en decirlas, origen fueron del profundo amor que por la humanidad tuve, y el aborrecimiento que desde que supe discernir sentí pronunciarse

en mi ser contra las injusticias que los más fuertes obraban contra los débiles e inermes; porque siempre me pareció un horror aquella sinrazón en el mundo establecida, y exaltarse sentía mi alma de indignación, cuando experimentaba y veía tales despropósitos, como naturales y corrientes, establecidos en las naciones y entre los indivíduos; y aquellos manejos tan contrarios a los humanitarios sentimientos de dignidad, honor y nobleza, enseñáronme a odiar los avances criminales de aquellos que, prevalidos de la fuerza y el poderío aprópianse a fuego y sangre de los débiles estados, sin otro derecho ni razón que les asista, que la ambición, la desmedida codicia y el egoísmo, pasiones nefandas derivadas de la odiosa soberbia de los grandes, bajo cuyas plantas sufre la humanidad horrendo vasallaje.

Sí, Sancho, odié aquellas sinrazones, porque los dolores de los oprimidos, las quejas de los débiles, los ayes de los que padecían y sufrían maltratos y desaguisados, hallaron mi corazón dispuesto en su favor, sensible a la compasión y listo para la defensa, y quería que el derecho de cada uno fuese respetado como cosa sagrada; que la propiedad legítima no fuese atropellada por la brutalidad de la fuerza y que ésta no constituya jamás un derecho contra los débiles.

Y sufría mi alma crisis horribles de

tristeza, en pensar que semejantes vicios impunemente establecidos entre los hombres, eran por desgracia, irreparables.

Entreguéme por pasatiempo a la lectura de los libros de la caballería andante, en los cuales encontré los mentirosos hechos de armas de nobles y esforzados caballeros que, sin más que el amor a la justicia y a la debilidad siempre ultrajadas y escarnecidas, andaban en pos de aventuras caballerescas, para poner las cosas en su punto y castigar la sinrazón y el fraude que obraban los preponderantes y soberbios. Entónces entregado mi pensamiento a tales reflexiones, había perdido la razón, poseído del frenesí de querer que el mundo, las sociedades y los hombres fuesen mejores y más justos, respetándose mutuamente, amándose como hermanos, con desinterés y nobleza y sobre todo, respetando sus libertades y bienes: esto te dirá que amé mucho y odié también bastante: amé a los buenos, a los nobles y generosos de alma, a los justicieros; compadecí a los débiles y desgraciados oprimidos por los soberbios, y odié a éstos, de cuyos nefandos caprichos han dimanado en la tierra, las horrendas y crueles calamidades contra las naciones y los indivíduos. Ese amor, ese odio y el ardiente anhelo de justicia, me hicieron loco al remate; porque los dolores humanos me han enternecido siem-

pre,y la injusticia de los poderosos ha sublevado mi ánimo. Pero díme, Sancho, por qué tú que no fuíste siquiera un hombre capacitado para poner tu pensamiento en cosas tan extrañas a tu condición, ajeno a semejantes nobles ideas, dime mísero ¿por qué tuvistéis la debilidad de seguirme, soportando las impertinencias de un loco desalmado como yo fuí, sufriendo hambres, burlas, desaires, maltratos y hasta castigos? Más loco que lo fuí yo, habéis sido tú, buen amigo mío; y pues, yo te metí en semejantes enredos y azares, haciendo que abandonases mujer e hijos, intereses y tranquilidad, y habéis de perdonarme, los males que sin quererlo ni desearlo, os causó mi falta de razón y extraña locura.

Sancho no replicó, y Don Quijote dirigiéndose a Akiriel,añadió:-el tema de mi extraña y singular locura,quizá constituya entre los humanos, un símbolo de justicia; quizá mi triste historia escrita por aquel ingenioso sabio a la par que sirva de entretenimiento,y mi ridícula figura cause diversión i risa,juntamente con los rarísimos temas de mi falta de juicio, en algo beneficien a la humanidad; porque, al fín,deben resultar hombres genios, que, siendo dueños de una admirable cordura y abrigando grandes ideas y propósitos que rediman y ennoblezcan a la humanidad esclavizada,participen sus almas de una pequeña y saludable dosis del tema que tuve en la tierra,i con abnegación y heroismo y sin reparar en sacrificios por

enormes que fuesen, tomen a pechos la hermosa y santa misión de regenerar a la humanidad, de la opresión impuesta por el despotismo y la barbarie de aquellos que haciendo menos-precio de la justicia y los derechos del hombre, suelen con saña feroz hacerle víctima de oprobios, maltratarlo y vejarlo y aún disponer de su vida, ¡cosa respetable y sagrada que solo a Dios corresponde!.

Tales hombres con un rivete de mi tan rara pero noble locura, podrían ser libertadores de pueblos, y quizá libertadores de la humanidad entera, y al andar de los tiempos, ella padezca menos dolores, y la justicia, la libertad y la fraternidad se establezcan en el mundo, observada que sea la doctrina sublime del sabio y justo Jesús: "amarás al prójimo como a tí mismo". Repito oh sabios y santos príncipes, que mi historia hará reír, pero el sabio que la escribió, con tan singular e inimitable ingenio, ha obrado en provecho de la humanidad, un positivo bien; aún cuando la ridícula figura de quien, cuerdo se llamó Alonso Quijano el bueno, perdure en el libro con el nombre de Don Quijote de la Mancha y con el risible mote de CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, y sea objeto de diversión y de risa. Pero aún ese ridículo eterno que perdurará en el mundo mientras él exista, no me aflije, y al contrario doíle por bien empleado, si el grande y singular ingenio de aquel historiador, proporcionando solaz, en-

seña y corrige. Ojalá así suceda, y yo, respetando los grandes y profundos designios de mi Señor y Dios, no me cansaré de bendecirlo y glorificarlo.

XII

Akiriel y Platón condujéronles a Don Quijote y Sancho a su espléndida morada principiando por instruíles acerca de los secretos celestiales, que como recién llegados ignoraban.–Ya os he dicho, bienaventurado hermano Alonso Quijano el bueno, que vos en recompensa a vuestras grandes virtudes y humanitarios sentimientos, habéis sido destinado al cielo superior en el cual moran los espíritus más sublimes, y nuestro Padre Eterno autor de todo lo creado; pero como todos los elegidos para la infinita gloria, tenéis libertad de turnar si os place, en todos los cielos; pero al buen hermano Sancho,no le está concedida la gracia de trasladarse a la Suprema morada del Altísimo.

–Acato, repuso Sancho, los designios de Dios nuestro Señor, y no me cansaré de bendecirlo por la merced que se ha dignado obrar en favor de tan indigna y pecadora criatura, de colocarme en este sexto cielo, en el cual tan a gusto y feliz me encuentro, porque no a tanta dicha aspira-

ba.

Don Quijote no tuvo palabras para expresar tanto reconocimiento, y solicitó a Akiriel, le dijese qué es lo que tendría que hacer para trasladarse al séptimo cielo, en cuanto tuviese deseo.

Sabed amado hermano Alonso, repuso Akiriel, que los que aquí moran tienen el privilegio de despojarse de la materia, siempre y cuando quisieren, y quedar solamente en espíritus, con solo su voluntad, y vos podréis volar al cielo que os ha sido destinado y quedaros ahí o regresar, o si quisieres, podéis también circular por los espacios infinitos visitando los billones de astros, distrayéndoos a vuestro placer; y de regreso, si tal os place, podéis materializaros o permanecer en espíritu.

–Pero quién soy yo, pecador, para merecer tantos beneficios de parte de mi buen Dios, exclamó Don Quijote.

Akiriel y Platón invitáronles a salir a la extensa galería del palacio, para que desde allí contemplasen la ciudad; a lo que Don Quijote y Sancho quedaron maravillados de su inmensidad, la cual perdíase en el horizonte, a pesar de que la retina de sus ojos tenían el poder de contemplar a un millón de leguas de distancia, como si mirasen a cincuenta metros.

Los dos quisieron saber la superficie que la ciudad tenía; a lo que Akiriel res-

pondióles que tenía muchos miles de billones de leguas cuadradas. Quiso saber Don Quijote qué tiempo gastaría para atravezar una de sus calles de confín a confín, a paso de caballo, y el ciceróne le respondió: "que no bastaría billones de siglos"; pero que, como tenían el poder de despojarse de la materia, y el espíritu camina un millón de veces más rápido que la luz, podrían recorrer en poco tiempo; "más eso lo dejamos para después, añadió". Ahora os invito para que me sigáis revestidos de la materia, y conozcáis los barrios más cercanos y formar podáis ligerísima idea, de su primor y maravilla.

Materializados como se encontraban, salieron de paseo por las calles inmediatas, las cuales tenía una anchura de doscientos cincuenta metros, dispuestas de esta suerte: un canal de cincuenta metros de ancho construído de purísima plata e incrustado de todas las piedras preciosas por nosotros conocidas y de muchísimas otras de colores y belleza extraordinarios, ocupa el medio, por el cual corren mansas y perezosas las claras diamantinas aguas, en las cuales jugetean infinidad de pecesillos de tan varios y delicados colores, que deslumbran la vista, y la fantasía más fecunda no podría imaginar.

En las márgenes del bellísimo canal crecen hileras de árboles de follajes tan

varios y vistosos, cuajados de frutos que al tomarlos producen bienestar y dicha de voluptuosos encantos; poblados de aves tan lindas, cuyos cantos dan al alma arrobamientos y deliquios dulcísimos. Los troncos de los árboles están rodeados de asientos de oro de distintos matices, en los cuales los habitantes pasan el tiempo divertidos, contemplando el canal poblado de góndolas y saboreando los más ricos y espléndidos manjares y bebidas, que con el pensamiento solicitan, siendo servidos por manos invisibles.

Aquellos néctares tienen la virtud de gustar deliciosamente al paladar y comunicar al alma y al organismo una dicha indefinible de placeres jamás entre los humanos conocidos. Los doscientos metros restantes, se dividen de esta manera: los ochenta ocupan las veredas laterales embaldosadas con mosaicos de piedras preciosas, a cuyos bordes se destacan palmeras ideales y trepadoras cuajadas de enormes flores blancas y de suaves colores, como si de porcelana fueran hechas, y de formas bellas y caprichosas; y por fin, los ciento veinte metros restantes forman las calles divididas por el hermoso canal que hemos descrito.

El amor y la fraternidad imperan entre los habitantes, de suerte que hombres y mujeres se aman con amor inmenso, se besan y abrazan sin hipocresía ni fingi-

miento, porque rencores, odios, egoísmos, desconocidos son allí.–Dios ha querido premiar a los buenos y los elegidos, colocándoles en aquel paraíso de eternas delicias, en el cual, tristezas, dolores, contrariedades, no existen, sino únicamente placer y dicha inagotables, pues para quitar la más ligera causa de dolor, Dios les hace olvidar su vida pasada sin que nada recuerden de lo que fueron. De lo contrario, cuán grande sería el martirio de los que allí moran, si se acordaran que vivieron en este mundo; que en él dejaron padres, hijos, esposos, hermanos, amigos, y se preocuparan de su suerte. La felicidad y la dicha son por esto mismo absolutas, sin asomo de preocupación; los espíritus arden en divino amor hacia el Padre celestial y entre ellos es desinteresado y sublime. El chasquido de los besos forma dulcísima armonía, como la oración obligada de las almas que sienten arder ese foco divino que a los espíritus ilumina.

Don Quijote notó que en el cielo no habían viejos, y Akiriel díjole:–La vejez es la decadencia, la debilidad, el cansancio, la tristeza, y Dios nuestro Padre que es todo amor, piedad, misericordia, no ha querido en su reino de delicias hacer que el hombre sufra de ninguna suerte, y ha limitado la edad: los mayores de treinta años que entran en este reino quedan en la

misma edad; los que vienen de menos, en la edad que tuvieron, excepto las mujeres cuya mayor edad es de veinte y cuatro años, pero ninguna rebaja de los doce, porque los niños de menos de doce son destinados para ángeles y querubines. De esta suerte, Dios no ha querido privar a los moradores de este reino de la presencia de los niños y la dicha de su compañía.

En efecto, millones de ángeles cerníanse en el espacio bajando a alegrar a los habitantes, quienes los besaban y acariciaban, reemplazando el amor paternal. Ellos como los niños, hacían mil travesuras, cantaban, metían alboroto, y eran tan lindos que, por bello que sea un niño, no alcanzaría a la milésima parte de la perfección que tienen los ángeles.

Los habitantes, por otra parte, son de belleza tan extraordinaria, que la mujer más linda de la tierra parecería un fenómeno espantable, comparada a las del sexto cielo; de igual suerte los hombres. Por consiguiente, Don Quijote y Sancho, convirtiéronse en jóvenes de treinta años de edad, tan apuestos, gallardos y hermosos, como que en el mundo no encontráramos ni remotamente semejanza.

Los manjares y néctares, tienen la virtud de comunicar placeres infinitos, pero se desvanecen después de tomarlos, como el éter, sin dejar resíduos, pero sí emociones

gratas, exquisitas, divinas e inexplicables, como que la fantasía humana, si se propusiera, empleando toda su ciencia y poder, por querer igualarlos, no llegaría a aproximarse ni a una milésima parte.

En los canales circulan góndolas y barquillas con fantásticos velámenes de telas de oro entretejidas con hilados de piedras preciosas. Las embarcaciones artísticamente construidas de metales preciosos matizados de colores inimaginables, deslízanse por la superficie de las diamantinas aguas, al son de bellos y armoniosos cantos.

El ambiente es tibio impregnado de voluptuosos perfumes que deleitan, y las desagradables impresiones de frío o de calor, son desconocidas.

En ese paraíso de infinitas delicias, el único pensamiento es el amor al Ser Supremo y el amor mútuo entre todos los semejantes, inmenso, poderoso, excelso.

Respecto a las mujeres, su fisonomía y formas son tan bellas que, baste decir, que la Venus de Milo resultaría un mamaracho grotesco al lado de ellas. ¿I sus vestidos? Figuraos un transparente vellino tejido de hilados de piedras preciosas ocultando sutil y ligeramente sus primorosas formas, sirviéndoles como de manto sus preciosos cabellos.

Maravillados estaban, Don Quijote y Sancho, de aquel paraíso de infinita dicha, al cual habíales llevado el Dios bueno y Mi-

sericordioso; pero lo que más admiraba Alonso Quijano el bueno, fué la fraternidad que entre los moradores reinaba; el inmenso amor que se prodigaban, lo cual hubo adivinado Akiriel y se expresó así:

–Tenéis razón, hermano Alonso, de admirar la paz y el amor que aquí reinan; pero he de deciros que en este cielo no entran sino los espíritus que desde miles de años hánse perfeccionado, naciendo en los diversos planetas, para purgar y alcanzar su perfección.

XIII

Los méntores de Don Quijote invitáronle para que se espiritualizara con ellos y pudiese en su compañía conocer la ciudad celestial que enseñarle querían, manifestándole que tal transformación no dependía sino de su voluntad de querer. No se hizo repetir, Don Quijote, y convertido en espíritu como sus compañeros, comenzaron a caminar por el espacio, tan velozmente, tanto que el andar de la luz que es trescientos mil kilómetros por segundo, parecería perezoso y tardo; pues lo hacían a una velocidad un millón de veces mayor, con la cual anduvieron durante algunos días, teniendo en consideración, que cada día celestial, como ya hemos advertido, equivale a treinta de los nuestros.

Entonces pudo apreciar nuestro caballero, la enorme extensión que tenía el sexto reino celestial. Cuántas maravillas y primores conoció durante el recorrido que hicieran, no podemos explicar, pero sí haremos gracia al lector, manifestando que sus compañeros quisieron enseñarle uno de los parques que para recreo y mayor esparcimiento de los habitantes existen: materializáronse en el centro mismo de aquel paseo que tendría una extensión de diez kilómetros por lado y no era sino uno de los muchos miles que hay en ese cielo.

En cuanto los habitantes que allí se hallaban, reconocieron a nuestro insigne caballero, le aclamaron con entusiasmo demostrándole la general simpatía que por él tuviéran. De momento en momento, formadas por los astros y planetas de aquel otro infinito, aparecían en el espacio, estas bellas palabras: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS. Aquellos letreros producían destellos de infinidad de variadas luces de colores tan suaves y armónicos, que ninguna fantasía sería capaz de explicar. Entonces todos se abrazaban fraternalmente.

Desaparecidas aquellas palabras, se presentaban estas otras, con nueva variedad de colores: AMAD AL SER SUPREMO, BUENO, SABIO, SANTO, PODEROSO, CUYA MISERICORDIA ES INFINITA. A continuación aparecían, la figura augusta de Jesús, res-

plandeciente, divina, rodeado de su corte de ministros, entre ellos Sócrates, y repetía las mismas palabras: AMAD AL SER SUPREMO, BUENO, SABIO, SANTO, PODEROSO, CUYA MISERICORDIA ES INFINITA. Y todos se postraban exclamando, Bueno, Santo, Poderoso, es Dios, autor único de todo cuanto existe. Ante vos nos postramos para bendecirte y adorarte.

Luego, Jesús, repetía: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS y desaparecía dejando resplandores de purísima luz y el amor encendido siempre en las almas.

Otra sorpresa más grata debía tener Don Quijote, que le llenó de placer, y es la que verá el lector:

Atónito y reconcentrado en sus pensamientos hallábase el caballero, cuando el príncipe Akiriel le dijo:—Venid hermano Alonso Quijano el bueno; gustad de esta maravilla que aún no habéis visto. Don Quijote siguió a sus compañeros; con ellos penetró en un gran espacio como de cuatrocientos metros de radio, cuyo piso era un solo diamente que formaba un telescopio de aquellas mismas dimensiones, que dominaba el espacio cosmográfico que nosotros contemplámos desde la tierra, pero los habitantes del sexto cielo veían a través de aquel inmenso instrumento que de piso les servía, toda aquella portentosa máquina en sus gigantescas proporciones y movimientos, girando

visiblemente en sus órbitas y ejes, aquellos billones de mundos que apenas divisamos como puntitos luminosos, siguiendo su rotación en sus diferentes revoluciones.

Oh portento; oh sublimes maravillas de la creación!–exclamó Don Quijote en cuanto hubo llegado a aquel lugar y visto el cosmos. Cuán grande es Dios! hemos de juzgarle por sus obras, su bondad inmensa como es inmenso y sublime cuanto ha creado con su poder y sabiduría incomprensibles!

Alzad ahora la vista, hermano Alonso–díjole Akiriel. Don Quijote obedeció y contempló aquel otro infinito superior, a través de una bóveda de diamante que cubría el lugar que hemos descrito, y, de igual suerte, era otro telescopio con el cual se miraba esa otra inmensidad en cuyo vacío giraban astros luminosos de más extensa magnitud, cuyos movimientos, así mismo, se veían. Pasmado de admiración contemplaba todo aquello sin poder hallar palabras para encarecer tan maravillosa grandeza. En ese instante, tal si los astros obedecieran a una combinación mecánica, formaron en menos de un segundo las palabras que ya hemos explicado: BUENO, SABIO, etc, AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS, máximas que, de practicarse, la sabia y santa doctrina del regenerador Jesús, en este mundo, haría a la raza humana feliz, y de la tierra un verdadero paraíso; porque no existirían ni rencores, ni

codicias, ni odios, ni desmedidas ambiciones, ni envidias, y reinaría la fraternidad que solamente el amor mutuo entre los hombres puede establecer; siendo desterrados de sus corazones, además, la soberbia el fausto y la tiranía, pasiones nefandas que envilecen a a la humanidad convirtiéndola en la peor de las fieras, la más sanguinaria, indolente y terrible.

Quiso saber también Don Quijote, acerca del Purgatorio, y rogó que algo le dijesen. El Purgatorio, querido hermano Alonso, no es como os han pintado en la tierra y habéis observado en los cuadros de las iglesias. Ese Purgatorio, no es sino creación de la humana fantasía en cuyos cuadros se muestran que las almas viven reducidas a los horribles tormentos del fuego durante muchos años.

—Entonces, cuál es hermano Akiriel, el Purgatorio?–interrogó

—Es el mismo mundo del cual habéis venido: en él habéis nacido muchas veces, como creo haberos dicho, hasta alcanzar la perfección que en efecto, alcanzado habéis. Tal es la pena que Dios ha dispuesto para el hombre, y tened de seguro, que no es pequeña como talvez podéis imaginar, aquello de nacer cien veces para ponernos en lucha perpetua contra las necesidades, contra los egoísmos, las envidias, los rencores gratuitos y las pasiones en general, que hacen tan infeliz al gé-

nero humano. La humanidad vive en un piélago de amarguras. Argüiréis acaso que el rico padece menos que el pobre; pero no es así: existe una ley de compensaciones que no falla; más esto es muy largo de tratar, y para terminar quiero exponeros lo siguiente, y es a saber:

El Todopoderoso puso en el hombre, el bello y noble sentimiento del amor, del afecto y las más exquisitas ternuras para los suyos; pero si egoísta, desamorado e indiferente se muestra con los demás, en la muerte o en la desgracia, no sucede lo mismo con aquellos que le pertenecen y por quienes se desvive Figuraos por ejemplo, la muerte de un hijo, y podéis pesar el dolor y la amargura que los padres sienten: el pesar muerde sus corazones con crueldad; la fría y sombría niebla de la tristeza envuelve sus almas en uno como sudario, puesto que ve morir al ser más amado de su existencia; al hijo que fué su amor, su ilusión, su consuelo y cuyo afecto ocupó su alma toda; por quien no hubo sacrificio que no hiciera para verlo feliz; creeis que es poco?; los hijos ven morir a sus padres, los esposos a las esposas, y estas a aquellos, etc. etc. De esta suerte, cada uno lleva el dolor y la amargura en el alma, y paladea sin cesar la copa amarga de los padecimientos. Ahora, pensad en los padres cuyos hijos resultan de criminales inclinaciones, y que, cualquier día vieran a esos

seres tan amados, en poder de la justicia y ante la inexorable espada de la ley, la sanción de la sociedad, el reproche de todos sus semejantes, siendo víctimas de la vergüenza y el desprecio. Decidme, ahora ¿qué os parece esto?

—Horrible, horrible, conmovedor–exclamó Don Quijote; qué purgatorio puede ser peor que el purgatorio de la vida?

Nuestro caballero quiso también saber si existía el infierno, a cuyo deseo el príncipe Akiriel, no tuvo inconveniente en complacer, y díjole:–entre los humanos, ha sentado su poderoso imperio, la superstición, con sus no menos peligrosos cortesanos, la mentira, la exageración y el engaño, como base de ciertas religiones que allí existen: el niño antes que a Dios conoce al demonio, porque en el momento que llora o se molesta, las madres mortificadas, sin la suficiente paciencia para soportarlos y sin tratar de averiguar los motivos que tiene para su llanto, hácenle temer con la presencia del demonio, y no solo le explican lo espantable de la figura infernal en quien creen, sino que, para que el terror y el espanto sean más eficaces, le presentan estampas horribles, con cuyos métodos desusados, alteran el carácter del niño, le amilanan y hacen que cresca supertícioso y cobarde, mientras por otra parte, cuando le hablan de Dios, de igual suerte que hicieron hablándole del demonio, también suelen ate-

rrarlo con su nombre manifestándole, que él le castigará por cualquier pequeña impertinencia y le condenará al infierno. De esta suerte, no hablándole al niño de las bondades del Creador, de su grandeza y misericordia; no enseñándole, como debieran, que la naturaleza y todo cuanto existe, es obra de su poder; que Dios es todo bondad e infinita misericordia y que a él le debemos todo, el niño crece solamente con la idea de ese terror, temiéndole siempre pero nunca amándole ni confiando en él; porque la idea que se ha formado es únicamente la de un ser que castiga por la más pequeña falta.

— También habréis quizá notado otra anomalía, hermano Alonso-continuó Akiriel-que los Santos son más conocidos que Dios y en ellos fincan los creyentes toda su fe; pero de Dios acaso no se acuerdan para nada; y la sublime doctrina, del bueno, del sabio Jesús, de amor y tolerancia, de verdad y misericordia, hállase tan falseada, tan deformada, por los malos ministros, de suerte que muy poco tiene que ver con los preceptos y las sabias máximas que el Mártir del Calvario, enseñara para la regeneración humana, y no quedaron en pié ni la tolerancia que él predicara, ni el amor que con tanto celo aconsejara de AMARSE LOS UNOS A LOS OTROS, ni el ejemplo de su caridad ardiente; y los que se llaman sus vicarios y representantes, en lugar de enseñar con los buenos ejemplos

y la práctica de las virtudes, solamente han desarrollado la intolerancia y la ira, cuando Cristo, empleó el convencimiento, por medio de la bondad y la verdad de su palabra.

Calló Akiriel, y Don Quijote repuso: Oh hermano Akiriel:–conozco todo el valor que vuestras palabras y verdades tienen; yo compadezco con toda mi alma a la humanidad que vive de tan lamentables errores y la hacen tan desgraciada. ¿Por qué la doctrina de nuestro santo y sabio Jesús, no reina entre la humanidad, pura y sublime como la predicó y enseñó a practicarla con el ejemplo; por qué sus malos ministros y sacerdotes la adulteran y deforman, con el orgullo, la soberbia, la intolerancia? Por qué no se la comprende en todo su admirable fondo de verdad, en su esencia misma, en su santidad y pureza. Por qué,El que fué todo mansedumbre, bondad, dulzura, tolerancia, no ha sido imitado por los mismos que se llaman sus vicarios, y su humildad y pobreza, su ardiente caridad, han caído en el vacío en los corazones de ciertos príncipes de la Iglesia, y lejos de ello hacen lujo de ostentar la riqueza y el fausto que Cristo aborreció, y miran con indiferencia al desvalido y al pobre? Esto embarga de tristeza mi espíritu, y la compasión para mis hermanos de la tierra, me hace padecer. Oh Dios clemente y misericordioso, compadecéos de la humanidad, y haced que la doctrina de vuestro divi-

no hijo Jesús, sea practicada con toda verdad y pureza, y predicada con celo apostólico y ardiente como El la predicó, sin que la falseen con el engaño. Haced que se conozca vuestra grandeza y sabiduría, vuestra infinita bondad y misericordia, y que abran los ojos de la razón al contemplar tus obras excelsas y te comprendan como eres. Haced que desaparezca la supertición y el engaño que envuelven en tinieblas a la humanidad que se complace en criar castigos a su capricho, dudando de vuestra clemencia.

—Yo compadezco mucho... yo... iba a continuar Don Quijote, pero en ese mismo instante, quiso Dios hacerle olvidar para siempre, como a todos los que a la gloria van, todo recuerdo, toda idea del mundo en que vivieron; porque si recordasen, su felicidad ya no sería completa. I todo cuanto acabó de hablar quedó en su mente desvanecido.

Luego volvieron a espiritualizarse, Don Quijote y sus acompañantes. Preguntáronle si quería trasladarse a la Suprema Gloria para que gozara de una dicha mejor con la presencia del Eterno Supremo Dios; porque ellos como el Caballero Andante, pertenecían también a ésa gloria.A lo cual asintió nuestro caballero; pero ante de partir quiso postrarse a los pies del humilde Jesús, y así lo hizo en unión de sus acompañantes, sin despedirse ya de Sancho, porque los dos habían olvidado, por voluntad divina, su

pasada vida de locos, y del mundo mismo nada recordaban.

Luego eleváronse a los espacios superiores y se remontaron a la Gloria Suprema.

FIN.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00007995547